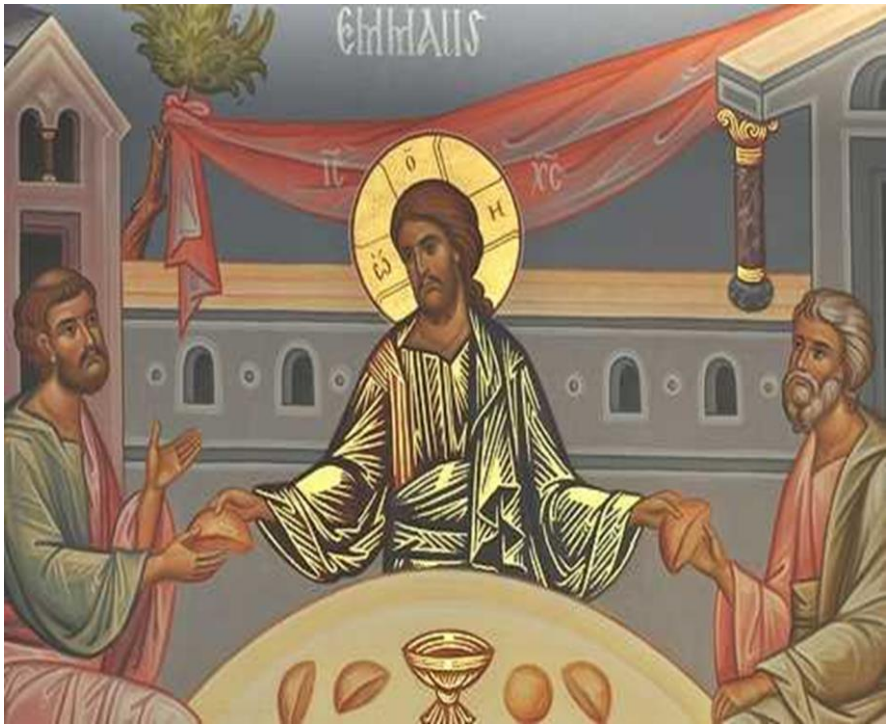
CON JESÚS DESDE EL EVANGELIO



REFLEXIONES PARA CRISTIANOS DE A PIE

Juan Manuel del Río Lerga

"Cristo Ayer y Hoy,
Principio y Fin,
Alfa y
Omega.
Suyo es el Tiempo
y la Eternidad.
A Él la gloria y el poder,
por los siglos de los siglos.
Amén"
(De la liturgia de la
Vigilia Pascual).

ÍNDICE

0- PRESENTACION	4
1- LA SAL DE LA TIERRA	6
2- LEYES Y SEMÁFOROS	8
3- A RITMO DE PEREGRINOS	12
4- ARITMÉTICA SIN DECIMALES	15
5- DEL DICHO AL HECHO	18
6- LA LÓGICA ESTÁ AL FINAL	21
7- UN FANTASMA A MEDIANOCHE	24
8- COINCIDENCIA DE HERMANOS	27
9- SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO	30
10- DIEZ MENOS CINCO	33
11- PESCADORES DE HOMBRES	37
12- INVITADOS SIN CORBATA	40
13- CON HACIENDA HEMOS TOPADO	43
14- SIEMPRE EN DOMINGO	45
15- PASARSE DE FRENADA	48
16- CLUB DE LOS DESAGRADECIDOS	50
17- NADIE SE MUERE DE VÍSPERA	53
18- CANTOS DE VENDIMIA	56
19- MÁS PASTOR QUE REY	59
20- EL MIEDO ANDA SUELTO	62
21- DE PAN Y ALGO MÁS	65
22- PONER EL CASCABEL	68
23- OFTALMOLOGÍA EN EL BARRO	71
24- COMENZAR POR CASA	74
25- DE DISTINTA MADERA	77
26- TIERRAS DIFERENTES	80
27- PACIENCIA E IMPACIENCIA	83
28- ORACIÓN DEL FANFARRÓN	86
29- EL TESORO FALTANTE	89
30- NI CON PÉRTIGA	92
31- MÁS ALLÁ DE LOS RELOJES	95
32- QUIÉN DIJO MIEDO	98
33- Y LA CASA SE LLENÓ DE MÚSICA	101
34- SOBRE VERDE MANTEL	104
35- RESERVADO EL SAQUE DE HONOR	107
36- SACERDOTES, PROFETAS, REYES	110
37- UNA BARCA EN LA ORILLA	113
38- ENCUENTRO AL MEDIODÍA	115
39- ENVIADOS A EVANGELIZAR	117
AL CIERRE	120

PRESENTACIÓN

El mundo actual vive a ritmo acelerado. ¿Acaso los antiguos no? Los grandes avances de la electrónica y de la técnica en general, son espectaculares. Sin embargo, hay una palpable sensación de que el hombre, varón y mujer, está delegando demasiadas cosas al "criterio" de las máquinas. Los robots están asumiendo trabajos que antes eran realizados por personas de carne y hueso. La electrónica, maravillosa y espectacular, lo invade casi todo.

Haber llegado a estos grandes descubrimientos, y los que vendrán, es resultado de la inteligencia pensante del hombre. Cabe la pregunta: ¿Pero, no nos estaremos dejando infatuar por los avances de la ciencia? ¿No estaremos dejándonos llevar de una sutil soberbia capaz de reeditar el bíblico *"pecado original"*, por el alejamiento acelerado de Dios, tanto a nivel personal como social? ¿No tendremos que volver a comenzar de nuevo, partiendo de cero, en un futuro no muy lejano?

Hoy se tiene la impresión de que no hay lugar ni tiempo para Dios. ¿No estaremos haciendo de la ciencia un ídolo que suplanta al verdadero Dios? La ciencia, a pesar de sus grandes avances no tiene respuesta a los grandes enigmas que tiene planteados el ser humano. El primer enigma que se le presenta al hombre, varón y mujer, es el de Dios. ¿Existe Dios? Muchos no creen en él. Otros, por el contrario, somos creyentes. Creemos en él. Tenemos fe. Pero la fe no da certeza ni evidencia absolutas, aunque sí seguridad desde la convicción personal. La fe es creer sin ver. *"¡Felices los que creen sin haber visto!"* (Jn 20,29). Es también seguimiento y deseo de alcanzar un bien deseado. Otro enigma: el del *más allá*. ¿Qué hay después de la muerte? ¿Hay algo? ¿No hay nada? La ciencia tampoco tiene respuestas. Pero el ser humano no puede ignorar ni marginar su dimensión espiritual.

Ante esta situación, el mismo Dios viene en ayuda de nuestra indigencia. ¿Cómo? Enviándonos a su propio Hijo, Jesucristo. Cristo es el rostro visible del Dios invisible. Por él tenemos acceso a Dios.

Este libro no trata de resolver enigmas insolubles. Sería perder el tiempo. Trata de reflexionar, desde el Evangelio, temas que Cristo toca en su predicación, y que nos ayudan a valorar, orientar, y dar sentido a nuestra vida. Este libro está pensado para cristianos de a pie que, como yo, y sin necesidad de grandes teologías, tratan de conocer, acercarse, y hacer de Cristo el centro de su vida.

1
LA SAL DE LA TIERRA

"Vosotros sois
la sal de la tierra"
(Mt 5,13)

Jesús se expresa y habla con palabras sencillas, para que todos le puedan entender. Y, ¡vaya que si le entienden! Hasta los sabios de este mundo que, normalmente, no suelen andar muy avispados en las cosas de Dios, le entienden. Le entendemos. Y, si no, que se lo pregunten a los fariseos. De entonces y de hoy. Que, a la hora de la hora, todos solemos tener nuestra dosis de fariseísmo.

Jesús, como buen pedagogo, al hablar a la gente emplea un lenguaje salpicado de símbolos y ejemplos, de uso común y cotidiano. Por ejemplo, y valga la redundancia: la sal. ¿Quién no conoce la sal y sus propiedades?

En su predicación, suele dirigirse en primer lugar a sus discípulos. Pero en ellos y con ellos, al mundo entero. Les dice, y nos dice, que son sal. Y no precisamente para amenizar una charla o tertulia de sobremesa. Se trata de algo mucho importante. Les dice que son *"la sal de la tierra"* (Mt 5,13). En consecuencia, que deben sazonar el mundo. Más universalismo y claridad, no cabe. Palabras más directas y comprometedoras, tampoco.

De este modo, Jesús hace la foto y marca la identidad por la que serán conocidos sus discípulos: Son sal y han de dar sabor al mundo entero. Se trata del sabor de la Buena Nueva. El sabor vital del Evangelio.

Pero, además, la sal tiene la propiedad de conservar los alimentos. Y otras cosas. Quien haya estado en alguno de los lugares donde hay yacimientos de agua salada, para extraer sal, por ejemplo, en Salinas de Añana, en la tierra alavesa, yacimiento del tiempo de los romanos, habrá visto que las vigas de madera sumergidas en el agua que sostienen las eras donde al evaporarse el agua queda la sal,

se conservan en perfecto estado después de más de dos mil años. En cambio, las vigas que con el tiempo quedaron fuera del agua salada se pudrieron. La sal es, pues, para conservar.

Pues bien, lo que la sal es para la comida, que da ese toque agradable a cualquier manjar, eso ha de ser el cristiano para cuantos le rodean, en cualquier y todas partes, en el universo mundo.

La sal del Evangelio tiene la misión de hacer que la Religión sea apetitosa y agradable. Que tenga el sabor de Dios. De lo contrario, no es religión. Y menos la verdadera. Sal para alegrar la vida. Que la alegría nacida de Dios, es fuente de gozo y de bien. Pero si falta la sal puede entrar la corrupción.

La sal tiene, además, otra propiedad: es discreta. No se echa sal a voleo en la comida. Se perdería la sal y la comida. Una pizca es suficiente. Porque actúa eficazmente. Así el cristiano: No va por la vida a son de trompetas para ser portada de cualquier telediario. El cristiano, si de verdad quiere ser sal de la tierra, ha de ser humilde, y actuar por dentro, sin hacerse notar, pero sin dejar de estar.

Jesús no obliga a nadie a seguirle. Respeta la libertad personal de cada quien. Pero pone las condiciones del seguimiento. Exige. Como las vigas de madera, que sumergidas en el agua salada se conservan, así el cristiano. Sumergido en la Sal del Evangelio, no solamente se conserva él, conserva también cuanto está a su alrededor. Conserva y sostiene la era sobre la que cristaliza la sal que luego se exporta al mercado de cualquier parte del mundo. Feliz exigencia la que marca Jesús en el Evangelio.

2
LEYES Y SEMÁFOROS

"¡Si no sois mejores
que los letrados y fariseos,
no entraréis
en el reino de los cielos!"
(Mt 5,20)

¡Vaya título, ¿no?! Tiene su explicación. Hay dos palabras: antigua una, moderna la otra. Tan distintas ambas por fuera, y tan parecidas por dentro. Tanto que, algún parentesco debe haber. La primera se llama *Ley*, la segunda responde por *Semáforo*. Muy conocidas a nivel internacional. Afectan, y mucho, a las personas. De hecho, su razón de ser son las personas. Más, están al servicio de las personas.

Vamos con la ley, a veces en singular, a veces en plural. Por *Ley*, entendemos una norma, generalmente de orden jurídico. Sirve para regir la sociedad, ya que ésta se organiza y rige por, y mediante, la ley, o leyes. Desde tiempo inmemorial. *Semáforo*, en cambio, es un vocablo moderno. Todos conocemos esos postes en los cruces de las calles y carreteras. Ya sea en el centro de la calzada, en alto. O bien, a ambos lados de la calle. Y sus tres luces típicas: verde, roja y ámbar. Señales para controlar el tráfico, de vehículos y personas. El semáforo no es exactamente una ley, pero algo debe tener del ADN de la misma. Es una alerta de seguridad.

Pues bien, por principio, las leyes están dadas para ser cumplidas. Su cometido es que todo funcione bien. Van enfocadas al bien de las personas. Por lo mismo, y para comenzar, las leyes deben ser justas. De lo contrario serían otra cosa. Hay leyes referidas al orden civil. Otras a lo religioso. Éstas, tienen que ver con las personas en cuanto al tema de la religión, sea ésta la que sea. Para esto, nos situamos en la Biblia, sobre todo en el Evangelio. Y si hablamos de la Biblia, estamos hablando de la Ley de Dios. Que es universal.

Cristo, cuando alude a los Diez Mandamientos, promulgados en el Antiguo Testamento, los reduce a dos: amar a Dios y amar al prójimo. *"El más grande es el primero, pero el segundo es semejante al primero"* (Mt 22, 38-39). Con lo cual, aun esos dos terminan siendo uno solo.

La Ley de Dios es universal. Afecta a toda persona, sea de la religión que sea, y aunque no sea de ninguna. Es más, la Ley, la misma que entendemos como los Diez Mandamientos, en realidad son de son de ley natural. De modo que, aunque no estuvieran inscritas en la Biblia, lo están en la conciencia, tanto personal como universal, de la humanidad. Por consiguiente, afectan a todos sin excepción. Séase creyente o séase increyente o ateo. Que yo deba respetar la vida de los demás, no depende de si soy o no creyente, o si soy ateo. Es de ley natural. La ley natural está por encima de cualquier religión. Por encima de cualquier increencia. En cambio, hay leyes que no son de ley natural, sino de lo que nominamos como ley positiva. Por ejemplo, las Bienaventuranzas.

Ciñéndonos al ámbito bíblico, sobre todo el Nuevo Testamento, vemos cómo actúa Cristo cuando habla a la gente. Les cuenta lo que se dijo e hizo en el Antiguo Testamento. Y acentúa lo que se debe hacer para que la persona pueda realizarse como persona. De tal manera que el cumplimiento de las leyes no se convierta en esclavitud, sino en liberación y seguridad de la persona. Las leyes están al servicio y para bien de las personas, y no al revés. De ahí que el Evangelio sea Buena Nueva. Porque enseña a la persona a ser libre, con la libertad de los hijos de Dios.

Cristo toca, pues, el tema de la Ley. Más, defiende la ley. Llega a afirmar que *"no ha venido a suprimir ninguna ley, sino a dar cumplimiento"* (Mt 5,17). Con lo cual tenemos que la ley, o leyes, son necesarias. Pero vaya por delante que no es suficiente con una fidelidad material y externa de la Ley. Por encima de toda ley está la persona. Por lo mismo, Cristo exige una fidelidad más profunda, interior, desde la propia libertad. ¿Por qué? Por lo dicho. Las leyes se han dado para el bien de personas. Y, en ese bien, está garantizar y preservar la vida.

Y para que nadie tenga dudas de lo que dice, presenta varios ejemplos concretos. Lo hace empleando un modo de hablar llamado

antitético: *"Habéis oído que se dijo a los antiguos... Pero yo os digo…"* (ver Mt 5,17). Es decir, no solo afirma, sino que reafirma la Ley, pero dándole un sentido nuevo. Lo que significa que las leyes no pueden quedar en papel mojado, ni que se vicien o prostituyan.

Retomando el título de esta reflexión, tendríamos: La enumeración de lo que se dijo, equivaldría a lo que en el título hemos denominado como *Ley*. Y en el: *"Pero yo os digo…",* tendríamos la otra palabra: *Semáforo*. De esta manera, se introduce un matiz, muy importante. La señal de seguridad, si la respetas. El accidente y sus consecuencias, si no lo haces. En *verde*: se puede pasar. En *rojo*: no se puede pasar. En *ámbar*, ¡alerta!

En cierta ocasión habló Jesús del homicidio, del adulterio, del divorcio, y del perjurio. Pero añadió algo de enorme importancia: *el perdón y el amor*. De hecho, él pone el Amor como centro y sentido total del Evangelio. Y es que, el cristianismo consiste, no en hacer *cristianadas*, sino en *amar*. Y amar como Dios nos ama. El odio y la venganza no son cristianos, no casan con el Evangelio.

Y bien, y sin olvidar nuestra metáfora de la ley y el semáforo, Cristo señala algunas antítesis más. Por ejemplo, cuando toca el tema del homicidio, dice: *"Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás... y el que mate será procesado..."* Ahí tendríamos la ley. Pero añada la antítesis: "*Pero yo os digo".* Ahí meteríamos la imagen del semáforo*: "Todo el que esté peleado con su hermano será procesado..."*.

Un homicidio es una auténtica tragedia. Es llegar al sin sentido y al sin remedio. Y Cristo, hilando más fino, previene. Indica que, aunque no se llegue a ese fatal extremo, la simple enemistad entre las personas chirría con la claridad y exigencias del Evangelio.

Hablando del adulterio, proclama: *"Habéis oído que se dijo: no cometerás adulterio..."* Pero yo os digo: *"El que mira a una mujer casada deseándola, ya ha sido adúltero con ella en su interior...".* Con lo cual, condena no solo el acto consumado, sino también el deseo. Es decir, el adulterio de corazón.

En el tema del divorcio se encontró con la réplica de los fariseos. Ellos alegan que Moisés *"permitió"* el divorcio, en ciertos

casos. Cristo responde tajante que *esa no es la ley de Dios*. Que si Moisés lo permitió fue en razón de la presión que ejercieron sobre él. En consecuencia, anula la actuación de Moisés, y afianza la ley del principio, que es la ley de Dios. *"Yo os digo: "El que se divorcie de su mujer, la induce al adulterio y el que se casa con la divorciada comete adulterio"*. Afirma, sin paliativos, la indisolubilidad del vínculo matrimonial.

3
A RITMO DE PEREGRINOS

"Ese mismo día,
dos de los discípulos
iban a un pequeño pueblo
llamado Emaús"
(Lc 24,13).

Salir de casa por la mañana temprano puede deberse a diversas causas. Se puede salir para hacer footing. Ir a correr está de moda. Hay que estar en forma. Puede deberse a que se emprende una peregrinación. Se peregrina por motivos religiosos. También ecológicos. Otra palabra de moda. O, simplemente, se va al trabajo. Es lo normal.

Ninguna de estas circunstancias corresponde a la realidad. ¿Entonces? En el *Evangelio,* en la versión de san Lucas, se habla de dos discípulos que, saliendo temprano de Jerusalén van a su aldea: Emaús. Población que ha pasado a la historia gracias a ellos. De lo contrario, quizá ni tuviéramos noticia de esta aldea. Pero la menciona el evangelio. Y los arqueólogos, que para eso están, se han dado a la tarea de dar con ella. Estos arqueólogos en cuestión son: Israel Finkelstein, de la Universidad de Tel Aviv, y Thomas Römer, profesor de estudios bíblicos en el College de France. Tal vez les acompañen alguno más. En todo caso, ellos sugieren que la colina de Kiriath Yearim y la ciudad adyacente de Abu Ghosh deben identificarse como Emaús, según noticias de prensa. Vale. Que arqueólogos tiene la ciencia que sabrán descubrir piedras para la historia.

El asunto es que, en este caso, no se trata de peregrinos, en el sentido propio del término, sino de dos discípulos de Jesús, a los que habría que calificar de discípulos desesperanzados. Porque, ¡oh, sorpresas que da la vida!, esa misma mañana estaban llegando a oídos de los discípulos noticias sorprendentes. Impactantes. ¡Cristo está vivo! ¡Ha resucitado! La noticia llega de boca de las mujeres que han madrugado para ir al sepulcro. Sea por dejar aquello aseado, sea por desahogar sus sentimientos de amistad al pie de la tumba. Pero

se han encontrado con la sorpresa de que el sepulcro está vacío. Y se arma el revuelo. Pedro y Juan salen disparados para saber qué ha pasado en realidad.

Noticia tal, noticia de envergadura como ésta, ¿no era motivo más que suficiente para aparcar las prisas y esperar a ver qué hay de verdad en lo que las mujeres dicen? ¿O es que lo han tomado como cosas de mujeres? ¿Tan poco crédito merecen las pobres mujeres? ¿Qué prisa tenían por ir a la aldea? ¿No podían en todo caso ir un poco más tarde? Lo dicho, discípulos desesperanzados.

Ha comenzado a calentar el sol. Llevan ya un buen trozo de camino recorrido. La tradición los califica de peregrino. ¿Peregrinos? El que viene detrás, ése sí es un Peregrino. Jesús les da alcance. Para terciar en la conversación les pregunta que de qué van hablando. ¡De qué va a ser! ¡De lo acontecido en Jerusalén! ¡Vaya por Dios! O sea, que están al loro, pero se han marchado. ¿Es esto lógico? ¡Despiste histórico! O despistados para la historia.

Lo curioso es iban tristes, desanimados, decepcionados, frustrados. ¿Frustrados de qué y por qué? Han abandonado a los demás compañeros y vuelven a sus casas. ¿A qué? ¿A cuidar las ovejas? Suponiendo que las tuvieran. ¿O pensaron que todo había sido un sueño de primavera? Pues de ese sueño los despertó el mismo Cristo. Aparece de pronto junto a ellos, y con infinita paciencia comienza a catequizarlos. Les da un repaso bíblico de arriba abajo. ¡Que se enteren!

Cristo camina con ellos, en su mismo caminar. Se acomoda a su paso. Y cuando llegan a la mentada aldea hace ademán de continuar el camino. Emaús es sólo lugar de paso. No es para quedarse. Pero todos llevamos algo bueno en lo más recóndito del alma. Le invitan a que se quede. Que ya es muy tarde. Además, debe tener hambre. Ellos también. Y en la Cena, tras el gesto habitual de bendecir el Pan, lo reconocen. ¡Gloria a Dios! Siempre hay alguna película que acaba bien. Pero no se trata aquí de una película, sino de una feliz realidad. ¡Cristo vive! ¡Ha resucitado! Él desaparece de su vista. Y ellos desandan el camino. Ahora sí. Ahora tienen ellos, de primera mano, la gran noticia que les urge dar a los demás compañeros. Sólo que la exclusiva se les ha esfumado. Los de Jerusalén se han enterado con anterioridad. Da igual. Lo importante

es que se trata de la gran noticia. ¡El Resucitado se ha hecho peregrino en nuestro mismo camino!

Hay un dato muy a favor de los discípulos de Emaús: Ellos han sabido escuchar al Maestro. Lo han escuchado con interés, y sus corazones han comenzado a "*arder*". Nunca es tarde, ahora sí que sí, si la dicha es buena. *"Sus ojos se abrieron"* (Lc 24,31. Jamás lo podrán olvidar. Felices ellos.

4
ARITMÉTICA SIN DECIMALES

"¿Cuántas veces
tengo que perdonar
a mi hermano las ofensas
que me haga?"
(Mt 18,21)

Casi es una excepción, pero a veces se encuentra uno con alumnos que están encantados con una, diríamos, no muy bien vista *asignatura*. Son excepción. Es la misma que a otros muchos se les atraganta: *las matemáticas*. ¡Ay, las matemáticas…! ¡Azote de muchos estudiantes, pesadilla de tantas generaciones! ¡*Las mates*…!, que dicen, simplificando, los chicos y chicas. Asignatura escolar que sabe de muchos septiembres. Pesadilla insidiosa de las aulas. Ocupan el primer lugar en el podio de los disgustos. Son las que más suspensos reparten. Más que la pedrea del Gordo de Navidad. Si se tratara de otra cosa, pongamos, melones o sandías, la cosecha sería espléndida. Pero se trata, pobre de mí, de las matemáticas, convertidas en auténticas pistas de hielo donde tantos alumnos patinan y se van al suelo.

Hay quien echa la culpa de tanto fracaso escolar en esta asignatura a los profesores. Si tanto alumno suspende, se dice, es que el profesor es malo. Otros piensan que los malos son los alumnos. Y otros, que debería impartirse cuando el alumno tenga más edad y, por consiguiente, más capacidad discursiva. A fin de cuentas, las matemáticas son conocimiento y racionamiento. Por consiguiente, pura filosofía. No faltan opiniones para todos los gustos y en todas direcciones. Difícil ponerse de acuerdo. Quizá las cosas funcionen mejor en la rama de las matemáticas, la aritmética.

Pues sí, difícil ponerse de acuerdo. Como difícil es ponerse de acuerdo en otra realidad tan importante y vital como es el *perdón*, del que Cristo nos habla expresamente en el Evangelio.

Todo comenzó con una pregunta que el apóstol Pedro le hace a Cristo. Posiblemente ese día Pedro se había levantado con el pie izquierdo, y hasta puede que alguna desavenencia tuviera con su hermano Andrés. Porque le dice a Jesús: *"Oye, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces he de perdonarle?"* (Mt 18,21). Interesante e interesada pregunta. Da la casualidad, además, de que Pedro era un buenazo. Y, porque lo era, saca entonces de la mochila de sus buenos sentimientos, un trocito de esa bondad que le caracteriza: *"¿Hasta siete veces?"* (Mt 18,21). No cabe duda, es una medida generosa. Pedro no es rencoroso. Pero…

Pero Cristo le contesta que, ¡naranjas de la china! ¡No, Pedro! ¡No! ¡Nada de siete veces! Has de perdonar *"¡Hasta setenta veces siete!"* (Mt 21. Y aquí, la profesionalidad del Maestro está garantizada. Es el alumno quien debe hilar más fino.

Estamos, pues, ante el tema del perdón. Importante. Donde la aritmética de Dios difiere de la nuestra. ¿Es posible? ¡Ya lo creo! Decimos: dos y dos son cuatro. También para Dios dos y dos son cuatro. Pero, siempre hay un pero, resulta que nosotros, estamos de acuerdo con esa definición en la teoría. La práctica es harina de otro costal. Suele oírse esta afirmación: "Yo, no miento; bueno, a veces digo *mentiras piadosas*". Vamos a ver. Las mentiras piadosas no existen. O son mentiras, o no lo son. Poner a la mentira un manto de piedad desentona, no le va. Es como si alguien dijera: "Yo, que soy de la especie humana, también soy de la especie de los anfibios". ¿Desde cuándo? Una cosa es que las dos especies sepan moverse en el agua, lo cual es verdad, y otra que estén unidas como siameses, eso es mentira. Una cosa u otra.

Dicho lo cual, sigamos escuchando el precioso diálogo entablado entre Pedro y Jesús. Uno, Pedro, pone barreras al perdón. Es como decir que está de acuerdo en que dos y dos son cuatro, y al mismo tiempo al cuatro le pone decimales. Y, para colmo, a la baja. Aritmética imperfecta, la del apóstol. El otro, Cristo, no admite decimales en el perdón. O todo o nada.

Perdonar no es fácil. Suele decirse: *"Yo perdono, pero no olvido"*. O sea, hablando en plata, no perdonas. En el fondo, estás aguardando el momento de la revancha. Pero, mira por dónde, resulta que Dios no

tiene memoria. Y olvida de verdad nuestras infidelidades y pecados. Perdona para siempre. Porque el perdón verdadero no tiene límites.

Setenta veces siete, en la aritmética de Dios, significa *siempre*, sin excepción. Pedro propone hasta *siete*. Medida sin duda de generosidad. Significa *muchas veces*. Cristo, por el contrario, exige un perdón sin límites. Siempre.

Que cuesta perdonar, cuesta. Y si no, a la experiencia me remito. Pero hay algo más. Si quiero ser perdonado debo perdonar. Ítem más. El perdón está condicionado. Si no perdono no seré perdonado. Pues resulta que, lo que hacemos a los demás Dios lo hará con nosotros. *"Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo si cual no perdona de corazón a su hermano"* (Mt 18,35). Lo dicho, en la aritmética de Dios no hay decimales. Dios perdona a tiempo completo. Y eso mismo pide que hagamos nosotros.

Y, por si quedara alguna duda. En el Padre Nuestro, que Cristo nos enseñó, se dice taxativamente: *"Perdónanos... como nosotros perdonamos..."* (Mt 6,12).

¿Y por qué hay que perdonar? Porque el perdón es cuestión de amor. Más ama el que más perdona. Y nadie ha perdonado tanto como Dios, ni nadie ha amado tanto como Dios. De modo que, la aritmética de Dios sólo sabe de enteros. Los decimales son nuestros.

5
DEL DICHO AL HECHO

"Hijo, ve hoy
a trabajar en la viña"
(Mt 21,28)

Estaban parcheando la carretera. Con el alquitrán, los trabajadores iban tapando los baches. Las señales indicaban que había que circular a muy baja velocidad. Primer letrero a la vista, indicando precaución a los conductores: *"Hombres trabajando"*. A corta distancia del anterior, otro letrero: *"Hombres trabajando*". En el tercero habían añadido: *"Y mujeres"*. ¿Dónde? No se veía ninguna.

De todos modos, el mundo está lleno trabajadores. Y trabajadoras. Lo mismo que está lleno de buenas palabras, buenísimas intenciones. Y de constantes claudicaciones e incumplimientos. Unos trabajan. Otros escurren el bulto. Hay mucha mentira, mucha palabrería. Exceso de eslóganes y discursos. Abunda la hipocresía, y la mentira. No todo es lo que parece. Aquel viejo refrán: *"Del dicho al hecho hay un gran trecho",* está muy bien reflejado en el Evangelio.

Resulta que aquel buen hombre tenía dos hijos. Un día le dice al uno: *"Hijo, ve hoy a trabajar en la viña"* (Mt 21,28). Holgazán como él solo, y muy frescales, éste le responde: *"¡No quiero!"*. (Mt 21,29). ¡No me da la gana! Rápido de reflejos, y muy sincero al mismo tiempo, suelta lo primero que le sale del corazón. Coherente consigo mismo, expresa lo que siente: *"¡No quiero!"*. Tal vez la respuesta se debiera a que se encontraba cansado. También es más que posible que se debiera a que estaba harto de lo que veía en su entorno. Que tonto no era. Su entorno era su hermano. Y bien, aunque aparentemente rebelde, resultó ser sincero. Y humilde. De pronto, recapacita: ¡Pero qué barbaridad! ¿Qué manera de contestar a mi padre es ésa? Se ha dado cuenta de que ha actuado mal, y rectifica. Toma los aperos y se va a trabajar. Seguro que el vino de la cosecha de ese año fue de mejor calidad que las anteriores.

El otro hijo, listo como él solo, situado en la primera línea del frente de cumplidores del deber, y de reflejos más rápidos que una centella, contesta a la orden de su padre: *"Ahora mismo voy"*. ¡A sus órdenes, mi capitán! ¡Sí, sí…! ¡Ya, ya…!, añadimos. El *ahora mismo* se transforma, por arte de birlibirloque, en el día de *"san jamás"*. Aún está la viña esperando su presencia. No fue. Bonitas palabras. Qué gran verdad encierra aquello de: *"Del dicho al hecho hay un gran trecho"*.

Este hijo era un trepa. Su actitud resulta de acuciante actualidad. Sobre todo, si el axioma lo aplicamos concretamente, y con permiso, a la política en general, aunque salvando raras excepciones. Que también las hay. Y es que, resulta muy atinado el dicho aquel de que la política consta de dos elementos fundamentales: el pueblo y los políticos. Sin pueblo y sin políticos, apaga y vámonos. Naturalmente, *el pueblo* está para *cumplir* las leyes emanadas de los políticos. ¿Y los políticos? Pues para que el pueblo las cumpla. Pues solo faltaba… Esta situación, lamentablemente, no es exclusiva de este gremio. Puede aplicarse también a otras muchas entidades y circunstancias.

Tras exponer la parábola, Jesús pregunta: *"¿Quién de los dos hizo lo que quería el padre?"* (Mt 21,31). Es evidente que no es de tener en cuenta aquel que dice sí, sino aquel que cumple lo que se le pide. Un sí, en esta ocasión, es como cuando, caso imaginario, dos individuos subieron al palco en una fiesta del pueblo. Uno era un científico famoso, pero desconocido para la mayoría de los concurrentes. Iba vestido con ropa muy normalita. Apenas nadie se fijó en él. El otro, casi analfabeto, pero guapo, iba elegantemente vestido. Lucía, además, una corbata preciosa que llamaba la atención. Foto apta para las revistas del corazón. Recibió una salva impresionante de aplausos. Se cumplió el dicho antiguo: *Aunque la mona se vista de seda… Intelligenti pauca*. Así funciona la sociedad.

Pues bien, tan claro había quedado el tema expuesto por Cristo a los oyentes que, a la pregunta: *"¿Quién de los dos cumplió la voluntad de su padre?"* (Mt 21,31), todos, a una sola voz, responden: *"El primero"*. No quedaba espacio para las dudas. Aquel hijo cambió su *no* inicial por un *sí* sin paliativos. Y cumplió con su deber.

Buena catequesis social, una vez más, la de Cristo, dirigida a todos los públicos, de entonces y de ahora, creyentes y no creyentes. El Evangelio es irrebatible. Es diáfano.

Estos dos hijos de la parábola representan a los dos grupos más significados del tiempo de Jesús. De un lado, estaban los *"pecadores",* cobradores de impuestos, prostitutas, y gente de a pie. Del otro, los *"justos"*. Los *"buenos",* entre comillas. O sea, los practicantes de la Ley, entre comillas también, pero que, a la hora de la verdad, rechazan a Cristo. Autoencerrados en su jaula de cristal, elaboran leyes para que las cumplan los demás.

De Cristo a hoy, no han cambiado mucho las cosas en este sentido. La parábola sigue estando de actualidad.

6
LA LÓGICA ESTÁ AL FINAL

"Id también vosotros
a mi viña"
(Mt 20,4)

Lo cuenta san Mateo en su Evangelio. Además, en exclusiva. Está en el capítulo 20. Se trata de un señor propietario de una viña. Necesita trabajadores. Según la antigua usanza, sale a la plaza del pueblo, donde los jornaleros se reunían temprano para ver si alguien los contrataba. Entonces, como hoy, había mucha gente en el paro. ¡Vaya que si había! Hombre bueno como era, le dio lástima ver tantos hombres de brazos cruzados, sin trabajo. A todos los contrató y los mandó a trabajar a su viña. Previo sueldo apalabrado.

A media mañana, debía ser la hora de ir a tomar un café en el bar, sale a dar una vuelta por la plaza del pueblo. ¡Oh, sorpresa! Encuentra otro grupo de hombres parados, recostados en la pared. Los pobres aguantaparedes de toda la vida. Gente afiliada al sindicato internacional del paro.
-¡Pero, hombre! ¿Qué hacéis aquí? Sobraba la pregunta. También la respuesta.
-¡Hala, majos, a mi viña! Más contentos que un niño con zapatos nuevos, a la viña que se fueron.

Avanzada la tarde, el buen hombre vuelve a dar otra vuelta por el pueblo. Quién sabe si, pionero en el adelantamiento de los tiempos, tenía mascota y la sacó a pasear.
-¡Buenas tardes!
-¡Buenas tardes!
-¡Ah!, ¿que nadie os ha contratado? ¡Hombre!, pues ya lo siento. Un poco tarde es ya. Pero, ¡bueno!, id también vosotros a mi viña!

Con media docena de hombres así, pronto se terminaba el paro. Aquí y en La Patagonia. Pero es ahora cuando se arma la de san

Quintín. A la hora de pagar los salarios, comienza por los últimos. Todos mirando, a ver cuánto les daba.
-¡Anda!, ¡un denario! ¡Es lo que contrató con nosotros!, dijeron los primeros. ¡Qué bien! ¡Así que a nosotros…!

El fiasco que se llevaron fue más grande que el Empire State. También a ellos, los primeros, los que habían soportado el calor del día, les dio un denario. La protesta fue in crescendo. Como un tsunami.
-¡*"Esos han trabajado solo una hora y los has tratado igual que a nosotros!"* (Mt 20,12).
-¡Eso, a vosotros, qué os importa! *"¿Es que no tengo derecho a disponer de mis bienes como me parezca? ¿Por qué tomas a mal que yo sea bueno?"* (Mt 20,15).

A la vista de esta parábola, no queda más remedio que concluir: La lógica de Dios no coincide con la lógica de los hombres. Cada personaje que Cristo presenta en sus parábolas representa un modelo real. De modo que, el dueño de la viña es Dios. Y Dios es siempre generoso, nosotros cicateros. Dios no nos da en razón de lo que merecemos. En tal caso, nos quedaríamos a dos velas. Tiene mucha miga esta parábola.

Dios no es un negociante que contabiliza los créditos para luego pagar conforme a lo producido. Tampoco pone fichero a la entrada de la oficina para ver cuántas horas hemos trabajado. Dios es un Padre, que ama a todos sus hijos por igual. Y quiere que nos amemos de verdad. Eso es lo que le preocupa: que nos amemos. Dios no mide el tiempo por horas, sino por eternidad. Y nos da mucho más que lo que merecemos.

La viña en cuestión, es el Reino de Dios. Todos estamos llamados a trabajar. El salario es para todos el mismo: la salvación. La decisión de ir o no a la viña, es nuestra.

A nivel del desarrollo de la Historia de la Salvación en el tiempo, tal como san Mateo presenta los acontecimientos, bien se puede concluir que los primeros trabajadores llamados a la Viña eran los cristianos. Y más en concreto, los cristianos oriundos del judaísmo. Luego vienen los no-judíos, es decir, todos los hombres. Porque para Dios no hay judíos o griegos, esclavos o libres (ver Gálatas 3,28), ni

cristianos de primera o de la última hora. Tampoco hay escalafón de antigüedad. No cuenta la raza, ni la clase social. Tampoco cuenta si llevamos corbata o una camiseta sport. Todos son hijos amados del mismo Padre.

Unos han sido llamados a primera hora. Aunque no por más madrugar amanece antes. Otros, siendo ya talluditos. Los que ven pasar el tiempo apoyados en la pared del paro y del aburrimiento. Y otros, a la edad de tomar sopitas calientes, por falta de piezas dentales. Atardecer de la tarde.

Dios no mira el tiempo desde un cronómetro, sino desde la atalaya del amor. Y a todos nos dice: *"Id también vosotros a mi viña"*. La lógica de Dios comienza por el final.

7
UN FANTASMA A MEDIA NOCHE

"Los discípulos
al verlo caminar
sobre el agua
se asustaron"
(Mt 14,26)

Cristo tenía a los discípulos en constante movimiento misionero. El trabajo era agotador. Tanto él, como ellos, necesitaban descansar. Así que optó por enviarlos a la otra orilla del lago. Y aunque de esto nada les dijo, en realidad está claro que su intención era para que descansaran, al menos por un rato. También él necesitaba el descanso. Así que, se retiró de la multitud y se fue a la soledad del monte a orar. Al terminar, era ya noche cerrada. Y va, y se le ocurre, ¡santo cielo, qué ocurrencias tiene el Señor!, se le ocurre ir al encuentro de los discípulos. A golpe de remo, la barca andaba ya por la mitad del lago.

El quid de la ocurrencia de Cristo de ir al encuentro de los discípulos no está en que fuera ya noche cerrada, sino en el camino que se le ocurrió tomar. ¿Por tierra? Era lo lógico. Debió pensarlo. Pero era dar mucho rodeo. Así que optó por otra vía: la línea recta. Dicen que es la más corta. Así que, ni corto ni perezoso, se lanzó al agua. Pero no a nadar, sino a caminar. ¡Hale, a caminar! El agua fue su mejor alfombra.

Lo dicho, ¡qué cosas se le ocurren al Señor! Esto, los discípulos, no se lo podían imaginar ni de broma. Bastante tenían con remar sobre el lago siendo ya noche cerrada, sin más luz que la de las estrellas. ¿En qué estaría pensando Pedro en ese momento? Lo más normal, en su mujer y sus hijos. Los mismos a los que más de una vez, cuando no querían irse a dormir, les diría: Mirad, que viene el *coco* y os va a llevar. Clásico recurso de tantos padres de ayer y de hoy.

Bien, como es bien sabido, todo mundo niega la existencia de los fantasmas, pero a fe que no faltará quien crea en ellos. Que para eso está el dicho popular de mis queridos amigos gallegos y gallegas con respecto a las brujas, mejor llamadas en Galicia *meigas*: *"Eu non creo nas meigas, mais habelas, ainas"*. Tampoco los discípulos creían en los fantasmas. ¡Claro que no! Pero haberlos…

El grito debió retumbar como un trueno bajo la bóveda del firmamento: *"¡Es un fantasma!"* (Mt 14,26), gritaron al unísono. Y Cristo, al que no le faltaba el sentido del humor, debió pegar la carcajada del siglo. Hasta los peces se sobresaltaron. A continuación, Cristo se identificó: *"Tranquilos, ánimo, soy yo, no tengáis miedo"* (Mt 14,27).

El silencio que siguió fue tal que dejaba oír la melodía producida por el viento al rasgar las olas del lago del Arpa. Que así se llama el famoso lago de Genesaret, por su forma de arpa.

A continuación, el patrón de la barca, Pedro, temblando como un junco, se atrevió a balbucir entre dientes: *"Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua"* (Mt 14,28). *"¡Ven!"*. ¡Buena la hemos armado! Pedro mira a un lado y a otro. Luego al agua. Se agarra la nariz para que no le entre agua. Y salta. Pero no se hunde. Su sorpresa fue de antología. Tras unos instantes de vacilación comienza a caminar hacia donde está Cristo. Aún no tiene claro si no será, efectivamente, un fantasma. La duda hunde a cualquiera. Y comienza a hundirse. ¡Qué remedio! Entonces grita, con angustia: *"¡Señor!, ¡sálvame!"*.

Pasado el susto, y subido a la barca por manos de Cristo, comienza a entender más a fondo que su vida en adelante va a tomar otro rumbo, va a tener otra misión.

Cuánto provecho se puede sacar de este pasaje. Está lleno de matices. Contiene una simbología preciosa. El miedo es nuestro, nos pertenece. La barca es de Cristo. Él es el timonel. La barca es tan larga y ancha como el mundo, donde cabemos todos. Los fantasmas: "haberlos los hay…", sólo en la imaginación. El lago está lleno de pesca abundante. No faltarán las tinieblas, la oscuridad, la confusión, la inseguridad. Es la noche. Pero Cristo navega en nuestra propia historia. No importa si hay viento y olas. El mundo presenta muchas

hostilidades que golpean continuamente contra la barca. No obstante, igual que Pedro, también nosotros podemos gritar: *"¡Señor, sálvame!"*.

Este pasaje, narrado por san Mateo, nos enseña que la línea recta, la más corta para encontrarnos con Cristo, sigue estando hoy en el lago, bíblico y simbólico lago de Genesaret, testigo de tantos episodios que llenan de luz el Evangelio, donde el Maestro siempre nos aguarda en medio de nuestra noche existencial, tan llena a veces de fantasmas, y nos dice: *"¡Ánimo, que soy Yo, no temáis!"*. (Mt 14,27). Lejos de ser un "fantasma", Cristo es nuestro único Salvador. Eso sí, nos dirá: *"Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?"* (Mt 14,31). Los fantasmas están en nuestra conciencia, tantas veces atormentada por el pecado.

Sobre el silencio apacible del lago, lugar de encuentro con Cristo, seguirá sonando por siempre la música del arpa, con sabor a música de sueños celestiales.

8
COINCIDENCIA DE HERMANOS

"Hijos mío,
tú estás siempre conmigo,
y todo lo mío es tuyo"
(Lc 15,31)

Aun aquellas personas distanciadas de la práctica religiosa, y de la misma religión cristiana, si han leído el Evangelio habrán podido darse cuenta cómo en el actuar de Cristo destacan siempre los temas positivos. Entre ellos, uno que es fundamental y muy sobresaliente en él: la Misericordia.

Pero antes de proseguir, me viene a la memoria aquel ejemplo clásico. Eran dos hermanos. Uno estaba casado, el otro soltero. Los dos vivían desahogadamente en cuanto al tema económico. Estaban bien. Cada uno llevaba su vida. No les faltaba nada. Da la casualidad que ese año hubo oportunas lluvias a su tiempo, y las cosechas de trigo habían sido abundantes. El hermano menor, pensó y se dijo:
-Me va muy bien. Tengo trigo más que suficiente. A mi hermano mayor también le va bien. Pero, en fin, está casado, tiene hijos, y quién sabe si el día de mañana podrá tener necesidad. Así que, le voy a dar una parte de mi trigo sin que se entere.

El hijo mayor, a su vez, se dijo:
-Me va muy bien. Tengo una esposa y unos hijos que da gusto verlos. No nos falta de nada. Sé que a mi hermano pequeño también le va bien. Ha habido buena cosecha. No le falta de nada. Pero está soltero. Quién sabe si el día de mañana pueda verse en apuros económicos. Como tengo exceso de trigo, ya sé lo que voy a hacer. Le voy a regalar una parte de mi trigo sin que se entere.

Dicho y hecho. Cada día, a eso de la medianoche, el hermano mayor llenaba un saco de trigo y lo llevaba al granero de su hermano soltero sin que nadie se diera cuenta. Así, una noche y otra noche. Eso mismo comenzó a hacer el hermano soltero. Noche a noche, sin

que nadie lo advirtiera, fue llevando sacos de trigo al granero de su hermano casado. Los dos sentían la satisfacción que deja el hacer una obra buena. Hasta que una noche, de pronto, se encuentran los dos hermanos a medio camino entre granero y granero. La sorpresa fue enorme. Se quedaron paralizados. Se miraron. Se sonrieron con un ictus extraño en sus rostros.

No hicieron falta palabras. Ambos se entendieron perfectamente con solo mirarse. Se fundieron en un fuerte y largo abrazo, mientras lágrimas de fraternal amor y emoción corrían libremente por sus mejillas.

Pero es obvio que las cosas no siempre funcionan así de bien. Hay familias donde los hermanos se quieren. Y las hay, donde las pequeñas rivalidades, envidias, rencores, abundan. Hasta acabar, más de una vez en peleas entre hermanos.

También el Evangelio habla de dos hermanos. Ahí, la cosa tiene tintes más dramáticos que los de la anécdota. Solía llamarse la Parábola del hijo pródigo. Hoy se la nombra como la Parábola de los hijos pródigos, en plural. Así comienza Cristo la narración de esta sublime parábola: *"Un padre tenía dos hijos"* (Lc 15,11). Hasta ahí normal. De pronto, el relato cobra un nivel dramático, pues resulta que el hijo menor, ni corto ni perezoso, se presenta a su padre y le exige: *"Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde"* (Lc 15,12). Menuda sorpresa debió llevarse el padre. ¿Estaré soñando?, seguramente pensaría. No, no. No soñaba. Eran hechos consumados. Era como una puñalada en el corazón del buen hombre. Porque en realidad, es como si el hijo le dijera: ¡Para qué vamos a esperar a que te mueras, a que abramos el testamento, mejor ahora! El pobre padre, para no hacer más difícil la situación, les repartió la herencia, con profundo dolor de su corazón.

Y prosigue Cristo la narración diciendo cómo ese hijo, un perfecto calavera, se fue a un país lejano, es decir, a donde nadie lo conociera y poder así pecar a sus anchas sin que nadie lo señalara.

Como el dinero es lo primero que se termina, y con él los amigotes, este hijo se vio de pronto solo, humillado, y muerto de hambre. Se lo pensó, y optó por regresar a su casa. No como hijo, sino como un trabajador a sueldo, para poder comer. Fue consciente

de la magnitud de su pecado. Pidió perdón, no para que el padre lo recibiera, sino porque cayó en la cuenta de su tremendo error. Estaba arrepentido de su pecado. ¿Qué le diría a su padre? La verdad: *"Padre, pequé contra el cielo y contra ti; no merezco ser llamado hijo tuyo"* (Lc 15,21). El padre, lleno de alegría porque había regresado a casa, ni caso hizo de sus palabras. Por el contrario, mandó vestirlo de arriba abajo con las mejores galas. Y, además, ordenó celebrar un banquete por todo lo grande. Con música de mariachis, permítaseme la licencia, y todo. Una fiesta sonada de verdad.

Pero, hete aquí, que cuando el hermano mayor vuelve de trabajar en el campo y se entera del por qué de la fiesta, le entra un cabreo de mil demonios. Se niega a entrar. Se niega a recibir a su hermano, que ha regresado. El padre le implora que entre: *"Hijo mío, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo"* (Lc 15,31). Al tiempo que le decía esto, seguro que le dio unas cariñosas palmaditas en la espalda. Ni por esas. Se negaba a entrar. Y el Evangelio no dice si llegó a entrar.

Con razón que a esta parábola se la conoce actualmente como la *Parábola de los hijos pródigos*. Porque si uno, el pequeño, derrochó y dilapidó a manos llenas la fortuna, el otro, el mayor, esparció en rededor suyo todo el rencor y el odio acumulados en su alma.

Y si bien es cierto que, a pesar del coprotagonismo dramático de los hijos, no son ellos los actores principales, el verdadero protagonista es el Padre, todo amor y misericordia, cabe una pregunta, aunque Cristo no lo aclara: ¿Por qué se fue de casa el hijo menor? ¿Tan malo era? ¿O, no estaría harto de su hermano? En el mundo hay muchos hermanos. Pero un solo Padre. Y, éste, con mayúscula.

9
SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

"Este es mi Hijo muy querido,
en quien tengo puesta
mi predilección: escuchadlo"
(Mt 17,5)

El título de esta reflexión, pese a su coincidencia literalmente exponencial, nada tiene que ver, ni con *Sueño de una noche de verano,* de William Shakespeare, escrita hacia el 1595, pues aquí no hay ningún Teseo, duque de Atenas, ni Hipólita alguna, reina de las amazonas. Ni tampoco tiene ver con la célebre obertura de Félix Mendelssohn, tantas veces escuchada, desde el siglo XIX hasta nuestros días. Obra que a mucha gente les resultará románticamente evocadora. Y más, si puede escucharse a la luz de las estrellas, efectivamente, en una noche calurosa de verano.

Lo que sigue, puede que nos resulte evocador. Ojalá. Porque todo lo que sucede en el Evangelio tiene siempre una repercusión tan personal que nos hace estar muy atentos a lo que Cristo dice y hace. Pero, de romántico, el pasaje que sigue no tiene nada. En esta reflexión nos centramos en la Transfiguración del Señor, acontecida en el monte Tabor.

Para comenzar, y tal como acontece a lo largo del Evangelio, este pasaje de la Transfiguración es una catequesis para que, tanto los discípulos entonces, como nosotros ahora, nos demos cuenta de quién es Jesús. En primer lugar, es *el Hijo amado de Dios*. En segundo lugar, aquel *a quien debemos escuchar*. Vamos pues al pasaje. Está en el capítulo 17 del Evangelio de san Mateo.

Como acontece en toda la Biblia, también aquí. Es un pasaje lleno se simbolismo. La vida, siendo tan bella, tiene a veces mucho de cuesta arriba. No todo es llano. Hay también montes y montañas que subir. En la vida hay montes arduos, difíciles, que es necesario

afrontar y escalar. Todo un símbolo. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo testamento, son nombrados unos cuantos montes, por acontecimientos singulares. Recordemos, por ejemplo: el monte Moria, donde Abraham debe sacrificar a su hijo Isaac. El Horeb, el Sinaí o el monte Nebo, con Moisés como protagonista. O el Carmelo, con el profeta Elías.

En el Nuevo Testamento, tenemos el Monte de las Bienaventuranzas, donde Cristo expone lo que podemos llamar su Carta magna, para sus seguidores. O el monte Calvario, donde entrega su vida como Redención, en la Cruz.

No obstante, en este momento nos situamos y acercamos al monte Tabor, donde Cristo deja entrever una anticipación de su gloria tras la Resurrección y Ascensión. Aquí nos quedamos, como si estuviéramos contemplando una hermosa obra de teatro en una apacible noche de verano Sólo que aquí el teatro, lo ficticio, da paso a la realidad.

La escenografía es ideal y perfecta en lo alto del Tabor. Este monte está situado en la Baja Galilea, al este del Valle de Jezreel, a 17 kilómetros al oeste del Mar de Galilea, es decir, el famoso lago de Genesaret, o Tiberíades. La altura del Tabor es de 575 metros sobre el nivel del mar.

Pues bien, Cristo ha subido al Tabor acompañado únicamente por tres discípulos de su más absoluta confianza: Pedro, Santiago y Juan. El Evangelio no dice si la subida fue por la mañana o por la tarde. Solo que, una vez arriba tiene lugar la escena, escena que jamás olvidarían ninguno de los tres discípulos. *"Allí se transfiguró en presencia de ellos: su rostro resplandecía como el sol y sus vestiduras se volvieron blancas como la luz"* (Mt 17,2).

Esta escena debió sobrecoger, hasta dejar totalmente deslumbrados, a los tres discípulos. No habían logrado aún salir de su asombro cuando, de inmediato, tiene lugar otra escena: *"De pronto se les aparecieron Moisés y Elías, hablando con Jesús"* (Mt 17,3). Aquello se animaba. Parecía un sueño. Una sensación de bienestar recorrió enseguida sus cuerpos. Algo así como cuando en una apacible y agradable noche de verano estamos en el campo, a la intemperie, escuchando una sinfonía favorita.

Tan a gusto se sintieron que, de pronto, ellos también, entran en escena como actores. Entonces, Pedro, toma espontáneamente la palabra, que, por cierto, nadie se la ha dado, y entra en directo y a todo color, exclamando: *"Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres, levantaré aquí mismo tres carpas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías"* (Mt 17,4).

No estaba el texto en el guión. Ni se lo soplaron desde bastidores. Le salió del alma. En el paroxismo de la felicidad, el bueno de Pedro, tan espontáneo siempre dice lo que siente en su corazón. Los otros dos mientras tanto permanecían callados. Estaban alucinados, como viendo visiones. Y de verdad que sí, una visión, y muy real es lo que estaban viendo.

Y es en ese momento cuando suena otra voz, sorpresiva y bien timbrada. Es la voz de Dios, la voz del Padre: *"Este es mi Hijo muy querido, en quien tengo puesta mi predilección: escuchadlo"* (Mt 17,5). ¡El Padre! Abiertamente proclama y declara la identidad de Jesús. Que todos sepan quién es Cristo, su Hijo.

De este pasaje deducimos que la fe del discípulo, del seguidor de Cristo, comienza por la escucha de Cristo. Él es Palabra del Padre. Cristo da a conocer al Padre. Pero antes, es el mismo Padre quien da a conocer al Hijo. Y, el monte Tabor, con todo su simbolismo, nos indica que para escucharlo es necesario *"subir con Él a la montaña",* donde se producen los grandes encuentros con Dios. Es ardua la cuesta, pero la cumbre es espléndida-

Concluyendo: en la cima del Tabor es donde aprendemos a despojarnos de nuestras viejas ropas y revestirnos de la luz de Cristo. Experimentamos al mismo tiempo que lo ocurrido en el monte Tabor no es el *Sueño de una noche de verano*, sino la más sorprendente y maravillosa realidad. El Padre nos revela la identidad de Cristo: es su Hijo amado. Intuimos lo que nos espera y cómo seremos en la eternidad: *"Sus vestiduras se volvieron blancas como la luz"* (Mt 17,2). Somos y seremos hijos en el Hijo, revestidos de la Luz de la Verdad.

10
DIEZ MENOS CINCO

"Estad prevenidos
porque no sabéis
el día ni la hora"
(Mt 25,13)

La proclamación e instauración del Reinado de Dios fue la tarea primordial y nada fácil de Cristo. Tarea que le costó la vida. Porque por más que viniera como Salvador, quizá y por lo mismo, tuvo que enfrentarse contra todas las fuerzas del mal. Las cosas suceden a un ritmo normal. Y es sabido que el mal se camufla muchas veces de bien. Está oculto, pasa desapercibido, está agazapado. Al igual que una serpiente pronta para clavar sus colmillos de muerte.

Es pues natural que Cristo hable constantemente del Reino de Dios, con inmensa pasión y amor. Pero esto de *Reino de Dios*, por lo mismo que nada tiene ver con los reinos de la tierra, es un concepto aparentemente fácil, pero difícil de comprender. Se trata de una realidad que está *más allá*. Y, sin embargo, nos incumbe personalmente. Es necesario por consiguiente asimilar y personalizar dicho concepto. Para eso, Cristo se vale de comparaciones. Dice: *"El Reino de los cielos se parece a…"*. Expresión que emplea muchas veces.

En esta ocasión vamos a situamos en el capítulo 25 del Evangelio de san Mateo. Recoge las palabras de Cristo*: "El Reino de los cielos será semejante a diez jóvenes que fueron con sus lámparas al encuentro del esposo. Cinco de ellas eran necias, y cinco, prudentes"* (Mt 25,1). Diez en total. Jóvenes ellas. Llenas de vitalidad. Fueron invitadas a una boda. Alegría y fiesta sin igual. Lo típico de una boda. Hasta ahí, todo normal. Eran diez, conviene recalcarlo. De pronto el diez se nos desploma, se parte en dos: cinco más cinco. Cualquiera podrá decir: cinco más cinco igual a diez. Pues no. El diez se queda en cinco. Mientras cinco son calificadas de prudentes, las otras cinco quedan estigmatizadas como necias. Es un calificativo fuerte. De

tarjeta roja directa. Expulsión directa para esas cinco. Así que el diez se nos reduce a cinco. Pero, ¡qué cinco! Da gloria verlas.

¿Cuál ha sido la causa de la descalificación de cinco de ellas? ¡El aceite! ¿El aceite? Sí, el aceite. Veamos. Una vez más nos encontramos aquí con el lenguaje de los signos, de los símbolos. Tan socorridos en toda la Biblia. En este caso, el aceite simboliza la prudencia. O sea, tener sentido común. Estamos en un tiempo donde aún no se había descubierto la electricidad. Había que alumbrarse con candiles, o lámparas de aceite. Con lo cual, había que llevar consigo, junto con la lámpara o candil, cuya mecha mantenía la llamita encendida gracias al aceite, el mejor combustible conocido entonces, más aceite por aparte. Así, el candil nunca quedaba sin aceite. Hoy diríamos, *quedarse sin pilas*. Las necias llevaron el candil, solo faltaba, pero se les hizo engorroso llevar también aceite de repuesto. A cuerpo gentil es más fácil moverse, ir, venir, bailar, alternar. Y a cuerpo gentil que fueron.

Eran necias, lo dice el Evangelio. Pero no tontas. Que son dos cosas bien distintas. De modo que, sabiendo que la fiesta de la boda a la que están invitadas se va a prolongar, piden aceite prestado a las prudentes. *La batería* andaba ya muy baja. Las prudentes, precisamente por serlo, se niegan en redondo a compartir su aceite: *"No va a alcanzar para todas. Es mejor que vayáis a la tienda a comprarlo"* (Mt 25,9). Qué remedio. Fueron. Mientras tanto, la fiesta comenzó. Se cerraron las puertas. Para que no entren los intrusos. Las necias, al llegar, se encuentran con las puertas cerradas. Se quedan fuera. Y por más que aporrean la puerta: *"Señor, señor, ábrenos"* (Mt 25,11), no solamente no les abrieron, sino que encima tuvieron que escuchar aquel tremendo desaire: *"Os aseguro que no os conozco"* (Mt 25,12). Así que pudieron quedarse ni en *el banquillo*. ¡Fuera del campo! ¡Qué dura debió resultarles la situación!

Las jóvenes prudentes, previsoras, representan a las personas que están atentas a que la llama de su fe continúe alimentándose con el aceite de reserva que nunca debe faltar: la Oración, los Sacramentos, la Palabra de Dios. Porque la vida puede traer, y trae, más de un imprevisto, más de un sobresalto, más de una sorpresa. Es importante la prudencia. El sentido común. El mismo del que carecían las necias.

Hablando de prudencia, me viene a la memoria una simple anécdota de aquel lejano día en determinado seminario. Alumnos del curso primero. Chavales con un promedio de doce años. Alguna pequeña travesura, debieron hacer. Porque el director, hombre rígido, propio de otro tiempo, los castigó a estar toda la tarde en riguroso silencio, en los patios del colegio, mientras los demás seminaristas iban esa tarde de paseo. Quince eran los castigados. Sobrepasaban a las diez del Evangelio. Habría transcurrido cosa de una hora. Todos en silencio. ¿En silencio chavales de doce años? De esos milagros no habla el Evangelio. De pronto, ¡ojo al cristo!, que dicen en Guatemala. El director que se presenta. Los quince: ¡¡Ay, madre!! El director, semblante serio, porte estilo militar: ¡¿Habéis hablado?! Silencio en el ambiente. Por segunda vez: ¡Pregunto que si habéis hablado! Entonces uno, temblando, rompe el silencio y dice: Sí, reverendo padre. Hemos hablado algo. Se echó a llorar. ¡Pero también hemos rezado a la Virgen…! Bendita ocurrencia. Se miraron unos a otros, adivinando lo que vendría a continuación. ¡Habían quebrantado la orden de guardar silencio! Pero, ¡oh, bendita ocurrencia!: *Pero también hemos rezado.* Fue la salvación. Porque el director, que, aunque rígido él, era muy devoto de la Virgen, se compadeció: ¡Hala, ya podéis hablar! No sé si la anécdota tiene mucho o poco que ver con las cinco chicas prudentes del Evangelio. Algo de la prudencia compartida creo que sí.

A su vez, las jóvenes necias, poco previsoras, casquivanas, representan de algún modo a quienes se ponen el mundo por montera. Van por la vida con total despreocupación, como quien nunca ha roto un plato, pensando que en caso de apuro siempre habrá alguna alma caritativa que les preste *su aceite*. Sin embargo, la vida cristiana es estar en vigilante espera del esposo, Cristo, que nos invita a la fiesta de bodas en el Reino de Dios, donde el aceite de la fe alumbrará para que la luz de la alegría no falte jamás.

Quien espera al Señor con la lámpara encendida entrará en el banquete. Esto está claro. Pero, al mismo tiempo nos advierte para que nos falte el aceite, que representa a la fe, pero también, para que estemos atentos y podamos reconocer el rostro y la voz de tanta gente marginada, o falta de amor, como hay en el mundo. Y es que, Cristo se presenta en la figura, precisamente, del pobre, del marginado, del que sufre…, y nos dice: *"Por tanto, velad, porque no*

sabéis el día ni la hora" (Mt 25,13). En cambio, sí sabemos que de diez, solo quedaron cinco, con el aceite suficiente para guardar la fe.

11
PESCADORES DE HOMBRES

"Os haré pescadores
de hombres"
(Mt 4,19).

Los judíos la llamaban, despectivamente, *"Galilea de los gentiles"*. ¡Vamos!, que no gozaban de buena fama los pobres galileos. ¿Por qué? Parece ser que su distintivo no era precisamente la práctica religiosa. Hoy diríamos que *"no iban a misa"*. Como si con ir a misa estuviera todo resuelto. Es importante ir a misa. Pero, previo al ir o no ir a misa, está el mandamiento de amar a Dios y amar al prójimo. Eso es lo primero y fundamental.

A la pobreza religiosa se unía otra pobreza: el ser una región pobre y oprimida, lejos del centro económico, político y religioso. Sin embargo, detalle importante, Cristo la convirtió en el centro de su actividad misionera. Eso, sí, fue directo al corazón de sus habitantes y les dice de entrada y sin paliativos: *"Convertíos"* (Mt 4,17). ¿Por qué? ¿Cuál es el motivo de que haya necesidad de convertirse? *"Porque está cerca el Reino de los cielos"*. Y el Reino de Dios no casa con el pecado. Necesidad primera, pues, la conversión. Pero, además, añade: *"Os haré pescadores de hombres"* (Mt 4,19). Es decir, los implica en el desenvolvimiento y vitalidad del Reino.

Invitados al Reino son los discípulos. Y los galileos. Y nosotros. Todos. Cristo, al inaugurar el Reino, continúa invitando, continúa llamando. Nos pide renunciar a muchas de nuestras cosas, no porque no tengan valor, sino porque son secundarias y no alcanzan el valor del Reino. El Reino de Dios está por encima de todo lo demás.

Como seguidores de Jesús, se nos pide anunciar la Buena Nueva, y manifestarla con signos de salvación. En primer lugar, nuestra disponibilidad. Por eso nos dice: *"Os haré pescadores de hombres"* (Mt 4,19).

El mismo Jesús comenzó él mismo por dejarlo todo. Se desprendió de la familia, se marchó de Nazaret, *"donde se había criado"* (Lc 4,16), y comenzó su tarea y misión junto al lago de Genesaret. Su actividad comienza prácticamente en Cafarnaúm**,** que la convierte en el centro de su incansable actividad apostólica. De modo que sus primeros destinatarios, y también colaboradores, son los pescadores del lago, gente sencilla, sin estudios. Pero gente que lucha por la vida. Que están dispuestos a superarse.

Es a la orilla del lago donde va llamando, e invitando a seguirle, a sencillos pescadores, como son Pedro, Andrés, Juan, etc. Y éstos, cuando oyeron su llamada, lo dejan todo y le siguen: *"Venid y seguidme y os haré pescadores de hombres. Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron"* (Mt 4,18-22).

Lo más curioso, Cristo no les promete "el oro ni el moro". No les ofrece un sueldo. Ni seguridad social. Ni nada de nada, de cuanto suelen ofrecer los políticos cuando están en campaña electoral. Como aquel de cierto país centroamericano que ofrecía "una vaca" a cada paisano que le votara. Pues, le iban a faltar prados para tanta vaca. Lo malo que, somos tan ingenuos que nos creemos tanta chorrada.

La llamada del Señor va en serio. Se trata de que todos los hombres, varones y mujeres, seamos y formemos comunión con el Padre y entre nosotros mismos. De ahí que el Reino de Dios no sea una entelequia, sino la presencia de Dios entre los hombres y en el mundo. Y de ahí también que la invitación sea para hacernos más auténticos, más sinceros. En definitiva, para que estemos más cerca de Dios y de nosotros mismos.

Y, si Cristo nos pide conversión, y conversión significa rectificación, es para que ajustemos nuestra vida al plan de salvación que Dios nos ofrece. Es necesario que Dios ocupe el primer lugar en nuestra vida.

¿Qué nos pide la conversión? Nos pide "*despojarnos del hombre viejo para revestirnos del hombre nuevo, creado según Dios, en justicia y santidad"* (Ef 4,24). Esto no es posible si no asumimos la mentalidad del Evangelio. Sólo así podremos ver el mundo, y cuanto nos rodea, con los ojos de Dios. Tampoco es posible la conversión sin fe, ya que

la fe es ponernos en las manos de Dios, y hacer realidad lo que Cristo nos enseña en la oración del Padrenuestro: *"Hágase tu voluntad"* (Mt 6,10). Fe, significa y es también ponernos en las manos de Dios.

En definitiva, no se trata de una adhesión sentimental a Cristo, ni de una respuesta intelectual a su llamada. Se trata de entregarle, desde nuestra pequeñez y humildad, todo nuestro ser. Humildad. Porque el Reino de Dios no es para los soberbios, sino para los humildes. Son los humildes los que cuentan con Dios y se entregan al servicio de los más necesitados. Humildes eran aquellos pescadores del lago, y Cristo los convirtió en columnas de su Iglesia.

Y es que, la fe, don gratuito de Dios, todo lo ilumina y fortalece. No es conquista nuestra. Pero nos exige una respuesta viva y activa. Hay que ponerse en camino, dejando la barca, las redes, y todo lo que haga falta, para seguir la voz del Maestro.

Fe y Vida van siempre juntas. La fe, aunque sea pequeña, que, por más vueltas que demos, siempre será pequeña en nosotros los humanos, crece y se hace fuerte si la cultivamos con la oración, y con el servicio activo a la comunidad. Es decir, con la práctica de la oración, de la caridad, de la justicia, del amor fraterno. Es cuestión de cambiar de lago. Como los discípulos. Dejaron el lago de Genesaret para ser pescadores de hombres en el mundo universo.

12
INVITADOS SIN CORBATA

"Id a los cruces de los caminos
y a todos los que encontréis
invitadlos a la boda"
(Mt 22,9)

Más de una vez he oído a distintas personas comentar que no desean ser invitados a una boda. Preguntados por qué, han respondido: porque sale cara la invitación. ¿Cómo…? Sí, y es lógico, hay que llevar algún regalo. No puede ser un regalo cualquiera. Tiene que ser un buen regalo. Pero eso…, sale caro. Y, hoy en día, según corren los tiempos, la economía familiar no está para muchas alegrías.

Pues, mira por dónde, en el capítulo 22 del Evangelio, según san Mateo, se nos habla de un banquete de bodas. Un banquete al que no había que llevar regalo alguno. Ni siquiera ir de corbata. Pero vayamos por partes, que el relato tiene sus bemoles, dicho sea, en lenguaje coloquial.

Sabemos que el Evangelio está lleno de simbolismos. Cuando Cristo habla, por ejemplo, del Reino de Dios, lo hace mediante símbolos. En distintas ocasiones recurre al simbolismo, tan familiar, de un banquete. Generalmente un banquete de bodas. Con tal simbolismo, y tratándose de una boda, a veces el Novio resulta ser el mismo Cristo. La Novia, la Iglesia. Los invitados, la Humanidad. Todos nosotros.

En esta ocasión, se trata de un rey. Ha organizado un gran banquete porque se le casa el hijo. Una boda real. Una boda por todo lo alto. Pero de pronto, ¡tierra trágame!, se le chafan todos sus planes. El banquete está listo, pero los invitados, por imposible que parezca, le dan el plantón. El plantón del siglo. No acude al banquete ni el apuntador. Dicho sea, también, en lenguaje coloquial. ¿Qué ha pasado? Pues que los invitados tienen más cara que "un saco de ochenas", como se decía antiguamente en Navarra. Cada quien se va

a sus asuntos, sin importarles ni rey ni príncipe. Habría que ver la cara que le debió quedar al rey.

Imperdonable sería que esto se lo hicieran a ningún rey de la tierra. Vamos, que no hay caso igual conocido en la historia, al respecto. Pero, es más. Aquí, la cosa se complica. Entendemos que el Rey, con mayúscula, es el mismo Dios. El Hijo, Cristo. La Novia, la Iglesia. Y el banquete, la felicidad que Dios quiere para todos. Banquete mejor y más abundante, imposible.

¿Qué hace entonces el Rey? El banquete está preparado, todo está listo. Pues, como dicen las amas de casa, que la comida no se puede tirar, sobreponiéndose al disgusto, indica a sus sirvientes que salgan a las encrucijadas de los caminos, donde se reúnen todos los parias del mundo, y que los inviten. Así lo hacen. Y la sala de llena de comensales. El mundo está lleno de pobres. Felices, contentos, disfrutan de lo lindo. Jamás habían podido imaginar, ni en sueños, que un día serían invitados a un banquete de bodas, y, nada menos que por el mismísimo Rey.

Situémonos en la realidad de los hechos. Estos parias, perdidos por los caminos de la humanidad, no tienen regalo alguno que llevar. ¿De dónde?, si son pobres de solemnidad. Tampoco nadie les ha pedido nada. De modo que se presentan tal como son y están. No pueden ir de etiqueta. No tienen ni para ponerse una corbata. Lo único que tienen, eso sí, es la alegría de haber sido invitados. De haber sido acogidos con los brazos abiertos. Y de, al menos una vez en la vida, poder comer opíparamente. Y en caliente.

A un nivel histórico, entendemos, los *primeros convidados,* aquellos que dieron el plantón, fueron los líderes de Israel. Les importó más sus propios intereses. Estaban más que satisfechos con su estado social y su perfecta organización religiosa. En consecuencia, se quedaron sin experimentar la alegría, y sin tan siquiera saber qué se siente al compartir con los demás el banquete de bodas, nada menos que del Hijo del Rey.

Un detalle llama la atención. Resulta que, entre todos los invitados hubo uno que tuvieron que sacar de la sala del banquete rápidamente y a empujones. ¿No llevaba traje apropiado? Ninguno lo llevaba. ¿Entonces? Soez y engreído, debió armar la marimorena.

Lejos de estar agradecido, debió de encararse con todos, tratando de romper la alegría, la paz, la convivencia, y el buen rollo de la fiesta. Malo, muy malo es no sentirse agradecido, y, por el contrario, mostrarse engreído, o violento, y romper la alegría comunitaria.

Para construir el Reino de Dios no hace falta llevar corbata, y sí una buena dosis de humildad, recordando de dónde venimos: *"Id a los cruces de los caminos y a todos los que encontréis invitadlos a la boda"* (Mt 22,9). Aquel fue expulsado, no por no llevar vestido adecuado, o corbata, sino por no tener la disposición correcta para participar de la fiesta, como es el agradecimiento con el que lo ha invitado, y la alegría comunitaria con los demás invitados.

Cabe preguntarse, a la luz de este pasaje evangélico: ¿No nos creeremos con derecho a ser convidados al banquete del Reino porque de vez en cuando participamos en acontecimientos puntuales de ciertas costumbres de culto, como pueden ser las procesiones y cosas semejantes? Ningún derecho nos asiste, llevemos, o no, corbata. La invitación al banquete de la salvación es don gratuito de Dios, que sabe encontrarnos en las encrucijadas de los caminos.

13
CON HACIENDA HEMOS TOPADO

"¿Es lícito pagar impuestos
al César o no?"
(Mt 22,17)

Dicen los historiadores que Ciro, Rey de Persia, fue un excelente comandante y político de cabeza bien amueblada. Que conquistó todos los imperios de oriente, incluyendo Babilonia. Y que, en el año 538, después de conquistar Babilonia, permitió a los judíos volver a su propia tierra y comenzar a reconstruir el templo y la derruida ciudad de Jerusalén. Todo eso, y más, dicen los historiadores. Y es de agradecer, sobre todo eso de "cabeza bien amueblada", producto escaso en la feria de las vanidades.

Este ilustre personaje, Ciro, que no era judío, sino un pagano, pero del que *"Dios se sirvió para someter ante él las naciones",* como dice el profeta Isaías, calificándolo de *"ungido del Señor"* (Is. 45,1), se convierte en instrumento de Dios. De un Dios que no conoce. No importa que no conozca a Dios. Dios, en cambio, sí nos conoce a nosotros. Este personaje, digo, me lleva a pensar en algo que es de primero de primaria: para ser un buen político lo que cuenta no es la religión, sino tener la cabeza bien amueblada y una conciencia recta. Ahora bien, tener una conciencia recta difícilmente podrá darse si no se cree en Dios. Ciro no conocía al Dios que adoraban los judíos, otro dios sería el suyo, pero Dios lo convierte en instrumento suyo. De este modo, Ciro ha pasado a la historia como un buen gobernante.

Este pasaje de la historia me remonta a otro momento más reciente en el tiempo. Ocurre con frecuencia que cuanto peores son los gobernantes más oprimen al pueblo a base de impuestos. Es evidente que los impuestos son necesarios. Nadie, en su sano juicio, estará en contra de los impuestos justos. Pero sí hay que estar en contra de los abusos.

Pues bien, en el Evangelio también aparece el tema de los impuestos. Esto de los impuestos, como pesada cruz, viene de antiguo. Los judíos tuvieron que soportar los impuestos abusivos tanto por parte de los romanos como de las mismas autoridades judías. Y un día de tantos, un grupo de personas se le acercan y le preguntan a Cristo: *"¿Es lícito pagar impuestos al César o no?"* (Mt 22,17). Más que pregunta económica, se trata aquí de una pregunta política. Como ocurre siempre que hay varios partidos políticos en contienda, la gente se divide. También entonces. Fariseos y herodianos andaban a la greña con respecto a este tema. Unos, los herodianos, a favor de los romanos. Éstos, traían al pueblo más derecho que una vela. Los otros en contra. Y la pregunta al canto.

Cristo sabe perfectamente que la pregunta está envenenada. Si responde que sí hay que pagar, lo acusarán de colaborador de los romanos. Si contesta que no hay que pagar, se convierte en un subversivo. No se deja caer en la trampa. Sabe que la pregunta no versa sobre la economía, sino sobre la política, caballo de batalla de todos los tiempos. Es una pregunta abiertamente malintencionada y política, de la peor política. Así que, pide una moneda y, a su vez, pregunta: *"¿De quién son esta cara y esta inscripción?"* (Mt 22,20). Le responden que del César. ¡Ah!, ¿sí? *"Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios"* (Mt 22,21). Y punto.

Como suele decirse, fueron por lana y salieron trasquilados. Ellos se situaron en la plataforma de la política. Y Cristo los colocó en la plataforma de la religión. Lo cual significa que si no nos situamos en la dimensión de Dios nunca sabremos lo que es justicia, y de ese modo, los impuestos siempre serán abusivos e injustos.

"Dar a Dios", significa devolver a cada uno lo que le pertenece. Si Hacienda ha abusado, en justicia debe devolver. *"Dar al César",* significa que el ciudadano no debe defraudar a Hacienda. Los impuestos son necesarios. Pero deben ser justos.

A Dios, y sólo a Dios, hay que darle Adoración. Nunca al César de turno. De modo que, Cristo no niega el pago del tributo. La religión y el culto a Dios no exime ni suprime las obligaciones de los ciudadanos para con la nación correspondiente. Y los políticos no pueden pretender igualarse a Dios y exigir del pueblo un culto idolátrico, es decir, déspota.

14
SIEMPRE EN DOMINGO

"¡Señor mío y
Dios mío!"
(Jn 20,28)

Siendo Jesús, en cuanto hombre, judío, religioso practicante, observante de las leyes de la religión judía, asistente asiduo a la sinagoga y al templo cada sábado, día sagrado para los judíos, no obstante, conviene destacar un detalle. El siguiente. Tras morir en la cruz, lo lógico era haber resucitado en sábado, el día sagrado para los judíos, bíblicamente hablando. Sin embargo, resucitó en domingo, primer día de la semana, un día cualquiera, primer día laborable.

Este detalle, que posiblemente haya pasado desapercibido a más de un teólogo biblista, no deja de ser altamente significativo. ¿Qué es lo significativo? Pues que con Cristo ha culminado el Antiguo Testamento, y ahora comienza el Nuevo. Que la religión antigua da paso a la nueva. Y que el Sábado, altamente importante en sus reminiscencias bíblicas, da paso al Domingo para ser, de ahí en adelante, el día sagrado de los tiempos nuevos que Cristo inaugura con su Resurrección.

Cristo, al resucitar en domingo, nos está indicando que a partir de él empieza un tiempo nuevo y definitivo. Cristo es el centro del cosmos y de la Historia. Toda la Creación culmina en él.

Desde el punto de vista de la Historia de la Salvación, comenzada en el Antiguo Testamento, lo lógico era haber resucitado en sábado, día sagrado, bíblicamente hablando. Pero, no. Sino que resucitó en domingo. Este cambio no es casual. En adelante, a partir de Cristo, el domingo, día primero de la semana como lo llama el Evangelio, pasa a ser el día sagrado y más importante, indicando que todo va dirigido a Dios. Cristo es el camino hacia Dios. Y el hombre, varón y mujer, necesita orientar toda su vida hacia Dios.

Pero las cosas no suceden por casualidad. La impostación del Domingo como día sagrado comienza con una escena impactante el mero día de la Resurrección.

Conocidos los primeros acontecimientos sucedidos por la mañana de madrugada, con María Magdalena y otras; con Pedro y Juan; y con los discípulos de Emaús, llegamos a la noche de ese día. Los discípulos están reunidos, a puerta cerrada, asustados, nerviosos, desorientados, y de pronto, Cristo se hace presente en medio de ellos, sin tan siquiera llamar ni abrir la puerta. Su Cuerpo ya no es el cuerpo mortal, sino resucitado, inmortal.

Su saludo, y que en adelante será habitual: *"La paz con vosotros"* (Jn 20,19). Cristo es el sembrador de la paz. La misma que los humanos necesitamos. Para adquirirla, necesitamos acudir a Cristo. También los apóstoles necesitan llenarse de paz. Sus almas, todo su ser, reflejan las adversidades sufridas tras la crucifixión de Jesús. No saben qué va a ser de ellos en adelante. Pronto lo van a saber.

La sorpresa, qué duda cabe, debió ser impactante. Ver al Resucitado de pronto, sin que muro ni pared pueda impedir su entrada, no es cosa de todos los días. Mejor, de ningún día. Pero ahora Cristo está en otra dimensión que transciende la cotidianidad y lo humano.

Tras el saludo, no solo ofrece la Paz a los discípulos, y en ellos a nosotros, les ofrece también el Perdón, les entrega el Espíritu Santo, y los envía como Mensajeros de su amor y salvación universal: "*Como el Padre me ha enviado así os envío también Yo"* (Jn 20,21). Todo esto tiene lugar en Domingo. Siempre en Domingo. Porque al siguiente Domingo vuelve a repetirse la escena. Sólo que en esa ocasión estará también Tomás.

Pues bien, detengámonos en Tomás. Al bueno de Tomás se le ha calificado de incrédulo. No deja de ser una exageración semítica. Porque eso de *incrédulo* está por ver.

En el segundo Domingo, cuando Cristo vuelve a aparecérseles, se dirige directamente a Tomás: *"No seas incrédulo, sino creyente"* (Jn 20,27). Me pregunto: ¿Acaso le faltaba fe a Tomás? Pienso que no. Tomás quería, necesitaba, una certeza personal. Que no le cuenten

cuentos chinos, por así decir. Hay que tener en cuenta que la fe no da certezas metafísicas, aunque sí seguridad y confianza para afrontar las cosas que no vemos ni sabemos. Cuando estemos viendo a Dios directamente, ya no necesitaremos la fe, ni la esperanza. Solo el amor, como bien lo expresa san Pablo en la 1ª carta a los corintios.

Cuando Cristo le dice que sea creyente, no es porque a Tomás le falte fe. Le está diciendo que debe fiarse de lo que los demás compañeros le han contado. A fin de cuentas, la fe se transmite por la palabra. Que se fíe de la Comunidad, cuyo centro es Cristo Resucitado. De ahí que añada el Señor: *"Dichosos los que crean sin haber visto"* (Jn 20,29).

No se trata, pues, de una fe metafísica. Esta desaparece en el momento mismo en que se está contemplando con los propios ojos el objeto de deseo. En el instante en que Tomás está viendo a Cristo directamente, le sobra la fe. Porque deja de ser fe. Pero permanece la necesidad de fiarse de los compañeros. La necesidad de integrarse en la Comunidad.

De ahí la reacción inmediata de Tomás: *"¡Señor mío y Dios mío!"* (Jn 20,28). Y Jesús recalca: *"Bienaventurados los que crean sin haber visto"* (Jn 20,29). Es decir, hay que contar también con el criterio, o las palabras de los demás. Somos una comunidad creyente. La presencia de Jesús resucitado es la fuente de la paz, y la fuerza intrínseca que une a la Comunidad creyente.

El Sábado dio paso al Domingo, el día del Señor. Y el Día del Señor es *siempre en Domingo*. *"Shalom"*.

15
PASARSE DE FRENADA

"Al que tiene se le dará
y le sobrará,
pero al que no tiene,
se le quitará hasta lo que tiene"
(Mt 25,29)

Es peligroso, muy peligroso, pasarse de frenada cuando se va conduciendo un vehículo. No echar el freno a tiempo puede producir un susto mayúsculo, de miedo, o un accidente mortal. Pasarse de frenada, frase muy socorrida en determinadas ocasiones, como puede ser en una conversación, en una tertulia, o en cualquier otro momento, es punto referencial para ponernos sobre aviso de algún peligro. Es válida no solamente para hoy, acostumbrados a las grandes velocidades, tipo *Fórmula 1*, tanto dentro como fuera de un circuito. Lo fue igualmente en el pasado. Pensemos, por ejemplo, en cualquier auriga del tiempo de los romanos conduciendo su biga en el anfiteatro romano. Imaginemos un Ben-Hur que, de pronto, se despista, se descuida y no frena a tiempo sus caballos. Se estampará irremisiblemente, de lleno, contra las vallas.

Sin embargo, en esta ocasión, y sin que sirva de precedentes, la expresión pasarse de frenada no se refiere a ningún vehículo actual o del pasado, sino a una persona concreta. Que también las personas podemos pasarnos de frenada. Está en el capítulo 25 del Evangelio, según san Mateo, en la *parábola de los talentos*. Cuenta Jesús que un *"señor",* de buena condición social sin duda, tuvo que hacer un viaje. Pero antes de marchar, se preocupó de invertir bien su dinero. Lo puso en buenas manos para que produjera sus intereses. Que un dinero escondido en el colchón, según cuentan de nuestras abuelas, no produce, no crece.

A uno de sus criados dejó cinco talentos, moneda de aquel tiempo, a otro dos y a otro uno. Al volver les pidió cuenta de su gestión. Todos habían llevado a cabo bien la encomienda. Todos,

menos uno. Cabalmente, el que se pasó de frenada. ¿Por qué y en qué se pasó? Mientras los otros actuaron diligente y exitosamente, éste guardó el dinero en el colchón. A falta de abuela, lo hizo él. Al pedirle cuentas, desempolvó el dinero, lo devolvió a su dueño, tal cual. No lo había invertido ni en bienes raíces ni sin raíces. En nada. Y encima, en el colmo de su desfachatez, le soltó una sarta de improperios a su amo, que hizo temblar el mundo. Vamos, que cogió la directa de la estupidez humana y lo puso verde. Sacó a relucir al sol todos sus defectos endémicos: orgullo, soberbia, encono, y mala educación. En una palabra, se pasó de frenada. Y, naturalmente, se estrelló contra el asfalto de su propia estupidez. Para colmo, el castigo que se le vino encima fue de órdago a la grande.

Los *Talentos,* está claro*,* son los *"bienes"* que Dios, por Cristo, ha dejado a su Iglesia, como son: el Evangelio, los sacramentos, y la capacidad y responsabilidad, desde el amor cristiano, para atender a los pobres, a los enfermos y necesitados. Y ahí tenemos, esas miríadas y miríadas de misioneros y misioneras, esparcidos por el mundo entero llevando la Buena Nueva.

Los misioneros nos son ONGs que trabajan por un tiempo y con un salario asegurado, sino seguidores de Cristo que se han tomado en serio el mandato: *"Id y proclamad el Evangelio"* (Mc 16,15). Son los *siervos*, nosotros, depositarios de esos bienes, que hemos de hacer producir en la medida de nuestras posibilidades. Bienes que redundarán en beneficio de los más necesitados, como pueden ser los emigrantes, la gente en el paro y sin subsidios, los marginados y parias de una sociedad más carente cada día de sensibilidad.

Guardar el *talento* en el colchón de las clásicas abuelas, es encadenarse a un egoísmo sin sentido. Es olvidarse del hermano necesitado. Es, en definitiva, *pasarse de frenada* al poner la directa del orgullo y la soberbia. Pero el Señor nos advierte que tenemos que *ser sencillos como palomas* (Mt 10,16). De este modo, y puestos en las manos seguras de Cristo, se hará realidad aquello de: *"Al que tiene se le dará y le sobrará, pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene"* (Mt 25,29).

16
CLUB DE LOS DESAGRADECIDOS

"¿No fueron diez los curados?
¿Dónde están los otros nueve?"
(Lc 17,17)

Es de bien nacidos ser agradecidos. Esta frase debió ser acuñada hace muchos siglos. Constantemente se repite. Desde muy pequeños se nos inculcó que hay que ser agradecidos. Es cuestión de educación elemental. De este modo, la palabra "gracias" la tenemos a flor de labios a todas horas.

Y bien, el dolor, la desgracia, unen por encima de categorías sociales y de nacionalidades. Una muestra de esto la tenemos en el Evangelio. Lo cuenta san Lucas. Iba Jesús camino de Jerusalén. En esto, un grupo de leprosos comienzan a llamarle de lejos: *"¡Jesús, maestro, ten compasión de nosotros...!"* (Lc 17,13).

Los leprosos no podían convivir con los sanos, por razones obvias. La lepra es contagiosa. La sociedad necesita protegerse. Así que tenían que vivir fuera de los poblados. Vida más triste, imposible. El único consuelo, si acaso, vivir ellos juntos y poder consolarse mutuamente de su desgracia compartiéndola. Triste situación, a todos los niveles. Soledad amarga, y sufrimientos físicos en abundancia. Gente marcada de por vida.

Siendo prácticamente incurable la letra en aquel entonces, alguna curación debía producirse. De hecho, como cuenta el capítulo 14 del Levítico, Moisés había establecido que aquel que quedara libre de la lepra se presentara al sacerdote, y que le diera un acta de curación. Sólo así podían reintegrarse a la sociedad normal.

San Lucas dice expresamente que el grupo que sale al encuentro de Jesús estaba formado por diez leprosos. A gritos le piden ser curados. Estaban, pues, enterados de que Jesús hacía milagros, realizaba curaciones. Tienen fe y esperanza de que los va a

curar. Y así sucede. Jesús se *"compadece"* y les manda, como es de rigor, que se presenten a los sacerdotes. Son ellos quienes deben certificar que están curados. Y los responsables de que puedan volver a vivir en sociedad.

Sin chistar, sin decir ni mus, emprenden el camino para cumplir la orden de Jesús. Se sienten curados. Notan la transformación efectuada en ellos. Podemos imaginarnos la escena. Más que caminar, corren. Saben que cuanto antes el sacerdote les dé el acta de curación antes podrán ver y reintegrarse a sus seres queridos. Anhelan, y necesitan tanto, estar con la familia.

Resulta que, en el grupo de los diez no todos son judíos. Hay también un samaritano. Es que, las desgracias propias se hermanan con las desgracias ajenas. El dolor suprime fronteras. De pronto, este samaritano, dándose cuenta de que está curado, y antes de presentarse al sacerdote, vuelve donde Jesús. Ahora no se queda a distancia. Va directamente a donde está el mismo que les ha dicho que se presenten al sacerdote. No cabe de gozo al sentirse curado de tan cruel enfermedad. Ha venido a dar las gracias a Jesús. Con gozo. Con efusión. Que lo cortés no quita lo valiente.

Habría que ver en ese momento el rostro de Jesús. Lleno de cariño, sonríe al ex leproso, por su gesto educado y bienagradecido. Que a todos nos gusta, en definitiva, que nos den las gracias. A Jesús, también. No se trata de que nos recompensen por un favor hecho. Ni que nos devuelvan con otro favor. Simplemente, que se agradezca. De pronto, el rostro de Jesús cambió, se volvió serio. Miró a la lejanía. Y exclama: *"¿No fueron diez los curados? ¿Dónde están los otros nueve?"* (Lc 17,17). Y es que, la ingratitud molesta. También a Jesús le molestó que los otros nueve no se mostraran agradecidos. Volvió a mirar, con infinito cariño, al recién curado, arrodillado a sus pies, y le dice: *"Levántate y vete. Tu fe te ha salvado"* (Lc 17,19).

No tiene desperdicio este entrañable episodio. Sirve para reflexionar sobre la fe. Una fe que se convierte en esperanza. Una esperanza que se convierte en gozosa realidad. Una realidad que devuelve la vida a quien prácticamente la tenía perdida. Es terrible la lepra. Como lo es el cáncer. Pero siempre queda un resquicio a la esperanza. Pero la obediencia a la Palabra de Jesús debe transformarse en la gratitud.

¿Dónde están los nueve?, pregunta Jesús, no sin cierta desilusión. ¿Dónde…? La respuesta al canto, sería: inaugurando el club de los desagradecidos. Sólo uno volvió. Y era samaritano. Sólo que éste quedó reintegrado en la familia de los hijos bienamados de Dios, y en la comunidad de los hombres que, además del don de la salud recobrada, tienen también el don de la gratitud. Nunca nos cansaremos de agradecer a Dios el don inestimable de la vida, tanto física como espiritual.

El leproso curado reconoce a Jesús como liberador y está dispuesto a seguirlo. "*Tu fe te ha salvado"*. La fe de los otros nueve llegó hasta la curación. La del samaritano, el extranjero, hasta la Salvación. Que la gratitud tampoco sabe de fronteras. Ennoblece a la persona humana. El agradecimiento brota del corazón de quien se siente amado de Dios.

El club de los desagradecidos va siempre en aumento. Cuánta gente de espaldas a Dios. O que lo niegan directamente. Pero, ¿acaso porque se le niegue, Dios va a dejar de existir? ¿O de amarnos?

17
NADIE SE MUERE DE VÍSPERA

"Esta enfermedad
no acabará en muerte,
sino que servirá para
la gloria de Dios"
(Jn 11,4)

Esta vez éramos menos que el año anterior. Pero los mismos que habíamos comenzado por Turquía a hacer la Ruta de san Pablo, en plan bíblico. Nos encontrábamos ahora en Grecia. Desde la distancia contemplábamos la agreste hermosura del Olimpo, inmortalizado por la mitología griega como casa de todos los dioses griegos. La vista espectacular. El reverbero de los rayos solares entre las nubes, magnificaban la belleza de la deífica montaña. Abajo, al fondo, sobresalía el color plateado de los olivos mecidos por el suave ondular de la brisa. Resultaba un conjunto majestuoso. Tesalia, Macedonia, el mar Egeo, eran una página abierta e inacabada de la Historia antigua y moderna, al conjuro de los dioses.

¿Dónde estaban aquellos dioses? No quedaba ni uno. O por mejor decir, permanecían todos, encerrados en las más bellas páginas de la literatura universal. La mente es creadora. La imaginación al poder, se ha dicho. Pero siendo producto de la mente humana, de haber existido, todos habrían perecido ya.

Este pensamiento me recordó la fugacidad de la vida. Todo empieza, todo acaba. Y a mi mente acudió el dicho popular: "Nadie se muere de víspera". Y es verdad. Pues bien, haya sido quien haya sido la ocurrente persona que acuñó esta frase, posiblemente no haya caído en la cuenta de que más que un chascarrillo es una verdad con base en el Evangelio. Como suena, con base en el Evangelio. Y si alguien lo duda, que acuda, por favor, al capítulo 11 del Evangelio, en la versión de san Juan.

Resulta que Cristo, entre los muchos amigos que sin duda tenía, una familia le era entrañablemente querida. En esa familia eran tres hermanos: María, Marta y Lázaro. Un día, el bueno de Lázaro cae enfermo. Muy mal debieron ver la situación sus hermanas, que envían recado a Jesús: *"Tu amigo está enfermo"* (Jn 11,3). Cristo se da por enterado, pero no da mucha importancia al asunto. Aparentemente no se preocupa. Por el contrario, contesta: *"Esta enfermedad no acabará en muerte, sino que servirá para la gloria de Dios"* (Jn 11,4). Ante la extrañeza de los discípulos, dice: *"Nuestro amigo Lázaro duerme, pero yo voy a despertarlo"* (Jn 11,11).

A continuación, acude, sin prisa, a la casa de sus amigos. Cuando llega, se encuentra con que Lázaro lleva ya cuatro días de estar enterrado. La escena que ve, desoladora. Marta llorando a lágrima viva. Jesús, a su vez, también se emociona. Se conmueve. Es profundamente sensible al sufrimiento de la gente. En este caso le toca de cerca. Se trata de sus amigos del alma. No es un llorar desesperado, sino de afecto y de solidaridad. Marta le reprocha: "Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto" (Jn 11,21). Jesús la consuela: *"Tu hermano resucitará"* (Jn 11,23). Marta, mujer de fe, contesta: *"Sé que resucitará en la resurrección del último día*" (Jn 11,24). Es decir, al fin del mundo. Jesús insiste en que resucitará. Y añade: *"Yo soy la Resurrección y la vida… ¿Crees esto?"* (Jn 11,25). Marta responde que sí. ¿Con qué grado de convencimiento? Con muy poco, a juzgar por la reacción que tiene cuando Cristo dice: *"Quitad la losa"* (Jn 11,39).

En el ínterin, Marta manda avisar a su hermana María que, ¡al fin!, Jesús ha llegado. La reacción de María, como la de su hermana: *"Si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto"* (Jn 11,32). Lágrimas, nervios. Todo a la vez. Desconcierto total. Todos lloran. También quienes han venido a dar el pésame a las dos hermanas. Y Jesús. También Jesús (Jn 11,35).

Cabe preguntarse: ¿Lloró Jesús por la muerte de su amigo, o lloró pensando en su propia muerte que acontecería no mucho después? Él había afirmado que Lázaro estaba dormido: *"Nuestro amigo Lázaro duerme, pero yo voy a despertarlo"* (Jn 11,11). Pensaron sus discípulos que hablaba del sueño natural (Jn 11,13). Sin embargo, añadió a continuación: *"Lázaro ha muerto"* (Jn 11,14). ¿Es

un juego de palabras? ¿Se cumple el dicho popular de que nadie se muere de víspera?

"Quitad la losa" (Jn 11,39). Y Marta, que poco antes había hecho un acto de fe en la resurrección, se derrumba. Su fe debió de ser de piel para afuera: *"¡Señor, huele mal, ya hace cuatro días que ha muerto*!" (Jn 11,39). Y Jesús, tras recordar a Marta las palabras habidas con ella poco antes, y luego de dar gracias al Padre, exclama con calma, pero con palabras llenas de cariño y voz fuerte: *"¡Lázaro, ven afuera!"* (Jn 11,43). Y Lázaro recupera la Vida.

¿Fue una *resurrección*, en toda regla, o más bien una *resucitación*? ¿Había entrado ya Lázaro en la eternidad? ¿O, por el contrario, había quedado a las puertas de la misma? Esta segunda posibilidad concuerda mejor con las palabras pronunciadas por Jesús: *"Esta enfermedad no acabará en muerte, sino que servirá para la gloria de Dios"* (Jn 11,4). Más allá de toda elucubración mental, la muerte es un misterio que nos desborda. Pero como cristianos, es una prefiguración de nuestra propia resurrección, tras la Resurrección de Cristo. Lo acontecido en Betania es también una invitación a creer en la Vida. La Vida es Cristo.

18
CANTOS DE VENDIMIA

"Un hombre poseía una tierra
y allí plantó una viña"
(Mt 21,33)

Es fácil de entender que hubo momentos en que Cristo tuvo que ponerse serio, y hasta enfadarse, necesariamente. Que, lo cortés no quita lo valiente. Pero su porte natural no era el de un hombre serio. Ni mucho menos. Una persona, como él, que alterna con todo hijo de vecino, dicho sea, coloquialmente, no puede ser ni tener un porte serio. Si le invitan a un banquete, sea quien sea el anfitrión, un fariseo, o un recaudador de impuestos, da igual, él acepta. Y digo yo, a un banquete no se va a estar serio, con cara de viernes santo, sino a disfrutar, alegrarse y alternar cordialmente con los comensales.

Cristo era alegre. Que nadie lo dude, pues no vino al mundo a aguar la fiesta a nadie. No me puedo imaginar de otra manera a quien ha venido a proclamar la Vida y llamarnos bienaventurados, y a decirnos que el Reino de los Cielos es como un banquete. Por lo mismo, tampoco me cuadran esos cuadros, valga la redundancia, acaramelados, donde Cristo aparece con cabellera, más "femenina" que masculina, y rostro que se parece a cualquier cosa, menos a él.

A Cristo me lo imagino también, sobre todo en tiempo de vendimia, cantando a media voz. Como hacen los vendimiadores hoy y, sin duda, lo han hecho en todos los tiempos. La época de cosechar la uva es tiempo de alegría. La campiña se llena de cantos. El mismo clima, tan delicioso, de finales de verano y comienzos del otoño, invita a cantar. Además, las viñas están en sazón. Y los vendimiadores, felices y contentos.

Hay en la Biblia un pasaje precioso. Se llama el *"Cántico de la Viña"*. El título no deja de ser poético, pero el contenido, dando un salto de siglos, llega hasta Cristo. Está en Isaías 5,1-7. Comienza, *"Mi amigo tenía una viña"*. Ese poema narra la Historia del amor de Dios,

de un lado, y la infidelidad de su Pueblo, de otro. Significativo poema, en época de vendimia, cuando la gente canta con alegría. Con razón el profeta lo titula el *"Cántico de la Viña"*. Es que, en esa *Viña* estaban las mejores cepas. Pero un día…

Un día, Cristo retoma este poema de Isaías y lo actualiza en una de sus parábolas más sentidas y que calan profundamente en nuestra conciencia. El *"Cántico de la Viña"* lo traslada casi literalmente a la parábola dándole un toque de tinte dramático. Ahora no se va a llamar *"El Cántico de la Viña",* sino parábola de *"Los viñadores homicidas"*. Y con qué razón. Podemos imaginar el momento. Han desaparecido los cantos en la campiña. Se masca la tragedia. Cristo ya no sonríe. No canta, imitando en su alegría a los hombres y mujeres que andan racimando entre las cepas.

Esta parábola, presentada por san Mateo en el capítulo 21, versos 33 a 43 de su Evangelio, nos dice que un Señor plantó una viña. Lo hizo con esmero, con todo el cuidado y los medios necesarios para que diera buenas uvas. Incluso construyó una casa para los viñadores, expertos en su profesión, que, a su vez, debían cuidar la viña. Que nadie la saqueara. Pero al llegar el tiempo de la vendimia, y mandar a buscar la cosecha, sin duda ubérrima, se llevó el fiasco de su vida. La sorpresa fue tan grande como la tragedia que sobrevino a continuación. Los viñadores, no solo se negaron a entregar los frutos, sino que incluso molieron a palos a los enviados, armando la de san Quintín.

Entonces el dueño, más bueno que el pan, optó por mandar a su propio hijo, pensando que por ser el hijo del amo le tendrían respeto. Al revés. Todo lo contrario. Que ni pintarrajeada vieron la ocasión para quedarse con todo. Y así lo hicieron, matando al hijo.

Consumada la tragedia, el amo no tuvo más remedio que echar fuera a aquellos energúmenos y poner otros inquilinos para cuidar la viña.

Termina esta parábola diciendo que los fariseos se pusieron furiosos porque se dieron cuenta que iba por ellos. Efectivamente, la parábola es una relectura de la Historia de la Salvación: refleja el rechazo que Israel hace al proyecto de salvación de Dios. Con lo cual, queda claro que la *Viña* es el Pueblo de Dios. Que el *Dueño* es Dios.

Que los *viñadores* son los líderes del pueblo judío. Los *enviados*, los profetas. Y, por último, el *Hijo*, es el mismo Cristo.

A la hora de aplicar la parábola a la realidad personal, queda en el aire una pregunta: ¿Quiénes son aquellos últimos a los que se entrega la Viña? La respuesta es obvia: nosotros mismos. Es decir, nosotros como nuevo Pueblo de Dios. Nos incumbe la misión de producir frutos buenos y abundantes. Ubérrimas uvas de donde se extrae el mejor vino de solera para el banquete de la Vida.

Queda, no obstante, añadir un detalle importante. Es éste: la gente del tiempo de Jesús era gente piadosa. Guardaban los ayunos, hacían limosna, iban al templo, o a la sinagoga, respetaban el sábado, en fin, gente buena de la que nunca ha roto un plato. Pero, hay una queja, y viene directamente de Dios, que es el Dueño de la Viña. El profeta Isaías la resume en esta frase: *"Esperó de ellos equidad, y hay efusión de sangre; esperó justicia, y hay gritos de angustia"* (Is 5,7).

¿Y hoy? En la Iglesia hay abundantes grupos religiosos, gente piadosa. A veces hay más apariencia que realidad. Árboles de hermosas hojas, pero desprovistos de auténtico compromiso cristiano, es decir, de frutos sazonados, y no agrios. Los buenos frutos son, entre otras cosas: la justicia, la paz, la fraternidad. Y la alegría de ser hijos de Dios. Necesitamos volver a entonar cantos alegres de vendimia.

19
MÁS PASTOR QUE REY

"Venid benditos de mi Padre.
Heredad el Reino
preparado para vosotros
desde la creación del mundo"
(Mt 25,34)

Verdad es que Cristo vino a anunciar el Reino de Dios. Verdad es que cuando Pilato le preguntó si era rey contestó que sí. Y verdad es que en la escena del *juicio final* se presenta como Rey y dice: *"Venid benditos de mi Padre y heredad el "Reino" preparado para vosotros"* (Mt 25,34). Todo eso es verdad. Sin embargo, cuesta imaginar a Cristo como *Rey* desde los parámetros de hoy. Quizá porque el péndulo de la mente se va hacia los tiempos actuales y, ahí, las cosas chirrían. Los tiempos han cambiado. Y el papel de los reyes, también. Ningún parangón, pues, entre un tiempo y otro. Hoy, los mismos conceptos tienen connotaciones distintas y no significan lo mismo que ayer.

Entre las distintas atribuciones que Cristo se aplica a sí mismo, las más familiares resultan las de un Cristo, pongamos por caso, *Sembrador*. Deliciosa la *Parábola del Sembrador,* en el capítulo 13 de san Mateo. Y más deliciosa aún la *Parábola del Buen Pastor*, en el capítulo 10 de san Juan. Cristo *Pastor,* le queda como un traje hecho a la medida. Es la imagen bucólica, preciosa, más familiar, y fácil de asimilar. La más atrayente.

No obstante, y sin que sirva de precedentes, en esta ocasión vamos a imaginarnos a Cristo como *Rey*. Para eso, nos dirigimos al capítulo 25 de san Mateo, disfrazados de turistas veraniegos y mirones, para no llamar la atención. Veamos lo que se desarrolla ante nosotros, sin ser vistos. La escena es colosal. Resulta que se ha acabado el mundo. Como suena. Se ha terminado el mundo. El de los

vivos, se entiende, que el cosmos universo ahí seguirá, porque Dios no es un destroyer. Dios es el *Creado*r, no el *Destroyer*.

Y bien, ha llegado el fin del mundo. De golpe. ¿Cómo? ¿Qué ha ocurrido para que el mundo se haya acabado? A saber. Nadie sabe lo que ha pasado, porque a todos les ha tomado de sorpresa. Ha podido deberse a una conflagración mundial, por culpa del obsesivo deporte de hacernos la guerra unos a otros. O sea, la puñeta, todos los días. O por un meteorito que se salió de madre e impactó contra la tierra, haciéndola polvo, nunca mejor dicho. Vaya usted a saber. La cosa es que no ha quedado ni el apuntador. Todo mundo ha muerto. Hombres y mujeres. Incluidos los demás animales. Y de esta manera, los habitantes del universo mundo han sido llamados, de la noche a la mañana, a presentarse al examen del llamado *Fin del mundo*. Ha llegado, pues, el gran Día: el del *Examen final*. Día de recibir premios, o calabazas. Según lo que cada quién haya hecho en vida.

Ya se entiende que esta escena no es una descripción fotográfica del juicio final. Y sí una de las Catequesis maravillosas, a las que Cristo nos tiene acostumbrados. En este caso, el tema de la catequesis consiste en una pregunta que versa sobre el amor. *Qué hemos hecho del amor a los hermanos*.

Es la pregunta del millón. La más difícil de responder. ¿Qué hemos hecho del amor? Responder atinadamente es esencial. Nos jugamos el aprobado o el suspenso. Aprobar es la condición esencial para poder entrar en el Reino de los Cielos. Si suspendemos, todo está perdido. Sanseacabó.

Cristo, revestido de Rey, es el examinador. Pero, como que el subconsciente siempre está en su sitio, como que le traiciona. Y aparece entonces revestido también con su atuendo más familiar: de pastor. Comienza por hacer una selección natural. Separa las cabras de las ovejas, porque, en vida, todas andaban revueltas. Igual que el trigo y la cizaña. Pero ha llegado el momento de la verdad.

Y, ahora, en medio de un silencio sepulcral, el Pastor, en su papel de Rey, comienza dirigiéndose a los de su derecha: *"Venid, benditos de mi Padre. Heredad el Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo"* (Mt 25,34). El silencio corta el aire. Prosigue: *"Porque tuve hambre y me disteis de comer…"* (Mt 25,35). La sorpresa

se refleja en todos los rostros. Alguien se atreve a romper el silencio: *"Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer?"* (Mt 25,37). Entonces Cristo, abarcando con su mirada todo el Valle de Josafat, se vuelve hacia su derecha y fija sus ojos en los más pobres de los presentes: *"Cada vez que lo hicisteis con el más pequeño de mis hermanos, conmigo lo hicisteis"* (Mt 25,40). De pronto, estalla una ovación cerrada, incontenible, que abarca la eternidad.

Momento que los turistas infiltrados aprovechan para largarse, antes de que el Rey se dirija a los de la izquierda y comience el segundo acto de la representación. Por si acaso. Han visto suficiente. Eso, sí. Prefieren ver a Cristo más como *Pastor* que como *Rey*. Mientras tanto, han quedado convencidos de que es mejor alinearse del lado de las *ovejas*. También, por si acaso.

20
EL MIEDO ANDA SUELTO

"No tengáis miedo,
yo he vencido al mundo"
(Jn 16,33)

Por muy valiente que una persona pueda ser, no está exenta del miedo. El miedo anda suelto y va por libre. Nadie está libre de él, en más de una, y de dos, y de tres ocasiones, y de…, vaya usted sumando. En mayor o menor proporción, el miedo es como la sombra: que siempre nos acompaña. Está pegada a nosotros más que una estampilla postal, antes de que la electrónica lo modernizara todo.

Esa sensación tan desagradable llamada miedo, la tiene el niño, por ejemplo, de quedarse solo. Miedo, lo tiene el adulto ante determinadas situaciones que debe afrontar. Y miedo es lo que tiene todo hijo de vecino, por ejemplo, a la hora de afrontar el enigma de la muerte. En fin, que, si nos pusiéramos a enumerar los momentos y situaciones de miedo que se nos presentan en la vida, no terminaríamos hasta después del día del juicio final por la tarde.

Hay miedos y miedos. Cristo, que también tuvo miedo, nos dice, curiosamente, que no tengamos miedo. Sí, Cristo tuvo miedo, por ejemplo, ante la muerte que se le venía encima. Tanto que, la noche del jueves santo, en oración en el huerto de Getsemaní, le pide al Padre que *si es posible pase de él este cáliz* (Mt 26,39; Mc 14,36; Lc 22,42). Que, por cierto, no pasó. Y tuvo que afrontar su trágica muerte en la cruz.

Otras veces, se trata de miedos más asequibles. Más que miedos son preocupaciones. O ambas cosas a la vez. Por ejemplo, cuando Cristo envía en misión a los discípulos, les hace una serie de recomendaciones. Fundamentalmente, les dice que no tengan miedo ante lo que puedan encontrarse. Por cierto, de esto saben mucho los misioneros. Para comenzar, desconocen las gentes a las que van a llevar el mensaje del Evangelio, y sus reacciones. Desconocen los peligros que encontrarán en las selvas y desiertos. Peligros, por

ejemplo, de serpientes. Que no es poco. Todo eso causa preocupación.

Existe también el miedo al fracaso, a hacer el ridículo. Miedo y, más que miedo, pánico, si estalla una guerra, pongamos por caso. Incluso, el miedo puede llegar en forma de abierto obstáculo ante cosas buenas, como es la predicación del Evangelio. No en todas partes son bien recibidos los mensajeros de la Buena Nueva. Ni el Mensaje mismo. Pensemos en las enormes dificultades que encuentra el cristianismo, y los cristianos como personas, en los países islamistas.

Pero también se puede pasar del miedo a la alegría. Me quedó muy grabada aquella *misión popular* en una aldea de las selvas centroamericanas. Había caído la tarde ya. De pronto viene alguien, corriendo, en busca del misionero. Por lo visto, una serpiente había mordido a una señora. Y lo más llamativo. Se me informó de que la señora no era católica, sino protestante. "¡Y eso qué importa!", contesté. "Vamos, rápido, ¿dónde vive?". Lo pobre señora se debatía entre el dolor de la mordedura del reptil y el miedo a morir. Le coloqué sobre la mordedura, bien amarrada, la famosa *"piedra negra"* que los Padres Blancos habían descubierto en África. Por si acaso, siempre la llevaba conmigo. Dándole una palmadita en la frente, le dije: *"Señora, tendrá que seguir aguantando el dolor un buen rato, pero morir no se va a morir. Mañana regresaré a ver cómo sigue. Trate de descansar"*.

Al día siguiente, aun con algún rastro de dolor, pero fuera de peligro, la buena mujer no sabía cómo agradecerme. Le habían informado que yo era el misionero católico. Ella, protestante. No pensé, para nada, hablarle de religión en esos momentos. Simplemente, le di un apretón de manos. Y, un: *"Que Dios la bendiga"*. El bien hay que hacerlo sin mirar a quién.

A la distancia del tiempo, pienso en otro miedo más: que la gente pueda morirse en cualquier aldea perdida de la selva por falta de medios. Aldeas sin un triste puesto de salud. Tanta gente, como se dice, dejada de las manos de Dios. Pero, sigamos.

Cristo también advierte que lo fundamental no es perder la vida física, sino la eterna (Mt 10,28). Esto nos lleva a pensar que debemos

tener una confianza total en la Providencia de Dios, que cuida de los pájaros del cielo (Mt 6,26). Cuánto más, de nosotros, sus hijos.

Otro aspecto a tener en cuenta: miedo a que la gente se encierre dentro de su pequeño mundo, sin querer saber nada de los demás. Miedo a que se levanten muros que nos aíslen unos de otros, rompiendo todo sentido de solidaridad, tan necesaria siempre, y hoy más que nunca, cuando abunda el desempleo, la soledad, las brechas entre generaciones, o la ignorancia religiosa que aboca a una ausencia notable de esperanza. Miedo o vergüenza, en muchos que se dicen cristianos, para proclamar su fe, y llamar públicamente pecado a lo que es pecado: el aborto, los matrimonios entre el mismo sexo. Etc. El respeto humano, es también uno de los miedos posibles. Y aquí se aplica el eslogan: quien calla, otorga. Pero Cristo advierte: *"Si uno me niega ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre del cielo"* (Mt 10,33). El Evangelio es siempre audaz.

21
DE PAN Y ALGO MÁS

"El hombre no vive solamente de pan"
(Mt 4,4)

Que el ideal del hombre, varón y mujer, es ser feliz, no hay duda. Que el hombre, varón y mujer, busca en consecuencia ser feliz, no hay duda. Y que la felicidad a tiempo completo no existe, tampoco hay duda. Sin embargo, el hombre, varón y mujer, nació para ser feliz. De esto tampoco hay duda. ¿Entonces?

El Hombre, aunque de divina hechura formado, está hecho de tierra. Dios insufló en él *aliento de vida*. Pero sigue siendo tierra. Bueno, a partes aparentemente iguales: tierra y espíritu. Pero realmente desiguales. La tierra es caducidad. El espíritu, inmortalidad. Vital conjunción, sin embargo, por la que el hombre, varón y mujer, entra en comunión con Dios, su Creador. Todo su ser, sin diferencia de varón o mujer, aspira a ser feliz. Su media mitad, tierra, busca la felicidad. Su otra media mitad, espíritu, también. ¿Entonces? ¿Cuál es, dónde está, el desajuste por el que el hombre, varón y mujer, no es feliz?

No es necesario ir muy lejos para encontrar la respuesta. La Biblia da la explicación. Dice que Dios creó al hombre, varón y mujer, insistamos en esta matización para que ni uno ni otra se crean con más ni menos exclusivos protagonismos o derechos, para ser feliz. Dios le indica que el camino de la felicidad es la inmortalidad, y que la inmortalidad consiste en estar en plena comunión con su Creador.

En la espléndida catequesis que de la Creación nos da el Génesis, vemos que el hombre, varón y mujer, hace una elección equivocada, al hacer mal uso de su inteligencia y de su libertad. Mientras Dios es un Constructor, el Hombre, varón y mujer, es vuelve un Destructor. Destruye la armonía consigo mismo y con la Historia. Y entra el Mal en el mundo. Se acabó la felicidad. *Adiós, para siempre, adiós*. Adiós al Jardín del Edén. Adiós, desde la nostalgia y el recuerdo

al *qué verde era mi valle*. Adiós, con palabras de Machado al: *"cuando miro los frescos naranjales cargados de perfume, y el campo enverdecido, abiertos los jazmines, maduros los trigales, azules las montañas y el olivar florido…"*

Y así, en un amargo despertar, el hombre, varón y mujer, pasa del Jardín florecido al Desierto árido y dolorido.

Pues vayamos al desierto, de soledad transido. Y de pronto, en otra de las magistrales catequesis que el Evangelio presenta, nos encontramos con Cristo. ¿Qué se le ha perdido a Cristo en el desierto? Perder, lo que se dice perder, nada. Pero algo busca. Y mucho. Busca su propia identidad. Y se pone a pensar. Entra en retiro consigo mismo, para hacer una reflexión a fondo. También a él le preocupa el tema de la felicidad. También él busca la felicidad. Porque también él es mitad tierra y mitad espíritu. Es Dios, sí. Pero es hombre al mismo tiempo. Con todas las consecuencias, como cualquier otro ser humano. La pregunta sobre la felicidad toma en él la dialéctica de *las tentaciones*.

La primera pregunta, es al mismo tiempo una tentación. Siguiendo el Evangelio, la *primera tentación,* en busca de la *felicidad*, tiene una respuesta: mandar todo a paseo. Así como suena. ¿Qué significa mandar todo a paseo? Significa abandonar el plan de Dios y buscar otros caminos alternativos. ¿No se es más feliz yendo por libre? Y puesto a ir por libre, ¿no se es más feliz nadando en la abundancia? *"Que estas piedras se conviertan en pan"* (Mt 4,3). Tentación tremendamente halagadora. ¿A quién amarga un dulce? Cristo se lo piensa bien. ¿La felicidad? No está en el tener. Incluso se puede pasar bien, incluso mejor, con menos. ¡Fuera! Y, a quien manda entonces a paseo es a la riqueza misma. *"El hombre no vive solamente de pan"* (Mt 4,4). Tentación vencida. Respuesta acertada.

Pasamos a la *segunda tentación*. ¿No estará la felicidad en el prestigio? Que la gente te estime, te siga, te aplauda. Hacerte famoso. Salir en todos los telediarios. Interesante pregunta. El prestigio. La fama. Tiene gancho. Y a él no le iría mal. La gente comienza a seguirle. Está en boca de todos. Hace curaciones portentosas. Toda una vida fácil por delante. ¡Viva el éxito!, ¡viva la felicidad! *"Si eres Hijo de Dios, tírate abajo"* (Mt 4,6). Espectáculo circense. Éxito asegurado. Ovación atronadora bajo la carpa. Cristo se lo piensa. Felicidad

efímera. No me sirve. ¡Fuera! Así que, responde tajante: *"No tentarás al Señor tu Dios.* (Mt 4,7). La felicidad no viene a base de actos mágicos. Tentación vencida. Respuesta acertada.

Y llega la *tercera tentación.* Peliaguda. Enormemente tentadora. Es la pregunta sobre el poder. Cristo se cuestiona su propio poderío. ¿No estará la felicidad en el poder? Ser el más fuerte, el más famoso. Estar por encima de todos. Ser amo del mundo entero. Todo eso suena bien. Aprovechemos, pues, los cuatro días que vamos a vivir. Y ese diablo solapado que llevamos en nosotros mismos, le dice: *"Todo esto te daré si te postras y me adoras"* (Mt 4,9). Es el colmo de la desvergüenza. Cristo se lo piensa. ¿Es eso la felicidad? ¡Vamos hombre! Encima, suena a sarcasmo y a humillación. ¡Fuera! Y su respuesta al canto: *"¡Retírate, satanás! ¡Solo a Dios adorarás!"* (Mt 4,10). Tentación vencida. Respuesta acertada.

En realidad, todas las tentaciones se reducen a una sola: ignorar a Dios. Cristo, al enfrentarse a sí mismo en el desierto de la vida, nos da la gran lección: Solo una cosa es verdaderamente decisiva y fundamental: Estar en comunión con Dios.

Conclusión: La felicidad no existe a tiempo completo. Se nos da solo por raciones. Pero el hombre, varón y mujer, necesita volver al primer jardín bíblico, del que nunca debió salir. Pero como eso es imposible, el hombre, varón y mujer, ha de esforzarse por llegar y entrar felizmente al Jardín de la Eternidad.

22
PONER EL CASCABEL

"Si tu hermano peca,
ve y corrígelo en privado"
(Mt 18,15)

Cristo Jesús, pacífico hasta decir basta, nos dice en el Evangelio: *"No hagas frente al que te hace mal; al contrario, si alguien te da una bofetada en la mejilla derecha, preséntale también la otra"* (Mt 5,39).

Comentando este pasaje, decía un amigo cubano, con su proverbial acento y gracia: "Pues si presento la otra, seguro que me quedo sin muelas". ¡Hombre, no será para tanto! Aunque, vaya usted a saber. El caso es que, bromas aparte, debemos optar por la paz. De eso, no hay duda.

Sin embargo, nada hay más frágil que la paz. Se quiebra con suma facilidad, comenzando por la que nos une a quienes tenemos más cerca. Para colmo, solemos preguntarnos: ¿Qué hago yo si el vecino se porta mal conmigo? Craso error. ¿Cuál? Pensar, como suele ser habitual, que el culpable siempre es el vecino. Qué casualidad. El que se porta mal es el otro, o la otra. Porque, claro, nosotros nunca hemos roto un plato. Pero cuando nos damos la media vuelta, la vajilla hay que tirarla al contenedor de los vidrios rotos, botellas y compañía.

El bien y el mal suelen repartirse a partes iguales. No suelen pasar del empate. Bien decían, *in illo témpore*: "Dos no riñen si uno no quiere". Gran verdad. Pero, y sin que sirva de precedentes, vamos a suponer que, en efecto, subjetiva y objetivamente, el equivocado es el otro. Vale, al menos por una vez. ¿Qué actitud debemos tomar entonces? ¿Hablar? ¿Callar?

En la vida religiosa, más antes que ahora, era de regla la llamada *corrección fraterna*. Mal que bien, funcionaba. Esto no fue invento de

monjes, frailes, ni monjas, sino del Evangelio. Es el Evangelio el que sugiere cómo hay que proceder con el vecino, llamémosle más acertadamente *hermano*. Demos por hecho, objetivamente, que se ha equivocado, que ha cometido una falta que amerita corrección. No entremos en detalles. Tampoco entendamos por falta cualquier niñería, sino algo más serio, algo que rompe la armonía entre las personas. Y, una vez más, es Cristo el que nos presenta una buena catequesis sobre la *corrección fraterna*. *"Si tu hermano peca, ve y corrígelo en privado"* (Mt 18,15).

Y es que, los cristianos somos, valga la comparación, como guardias de tráfico. Ellos están para advertirnos cuál es la dirección correcta a seguir. Nos indican si estamos o no en el camino correcto. Incluso si tienen que multarnos por haber cometido una infracción, como es ir contra vía. Nunca falta algún kamikaze cansado de vivir.

En la catequesis citada, Cristo señala varios pasos a dar. El primero: Que tengamos un encuentro personal, *a solas*, con la otra persona. Visto así, y a primer golpe de vista, parece fácil. Pero no lo es. Porque, ¿*quién le pone el cascabel al gato*? ¿Quién tiene la suficiente humildad para acercarse al hermano y hacerle una corrección sin creerse más, o por encima de él? ¿Acaso son siempre los demás los equivocados? Cuando nos sentimos molestos porque se nos ha faltado al respeto, pongamos por caso, aunque haya sido realmente así, lo primero que solemos hacer es cacarearlo a los cuatro vientos y poner verde al otro. Y encima, metemos más ruido que una gallina ponedora. Es decir, nos damos al chismorreo. Salsa que no falta en ningún guiso de comadres y compadres. Y, por supuesto, no damos ese primer paso. Pero Cristo nos indica que, lejos de airear la falta, lo primero es ir al otro y aclarar las cosas por las buenas. Y a solas. *"Si te escucha, habrás ganado a tu hermano"* (Mt 18,15). Que, hablando se entiende la gente. Y el bien no es exclusiva de nadie. Se reparte a partes iguales. Un apretón de manos, es el modo mejor de proceder, y de solucionar los pleitos.

Puede ocurrir, no obstante, que el horno no esté para bollos, que no se nos escuche. Viene entonces el segundo paso: *Pedir la ayuda de otras personas*, que tengan sensibilidad, sabiduría y prudencia. (Mt 18,16).

Ítem más. Hasta es posible que haya que dar un tercer paso. Si lo anterior falla, en tal caso, Cristo dice que acudamos y *llevemos el asunto a la comunidad*. (Mt 18,17). Lo cual, nos está indicando que no se trata de cosas baladíes, sino de cosas serias que afectan a los demás. El camino del cristiano tiene sus exigencias. Lo mismo que no se puede ir por libre y saltarse las leyes de circulación, esto mismo es aplicable al comportamiento cristiano. Solo que todo este proceso debe realizarse bajo la norma básica del cristianismo y del cristiano: el amor.

Puede ocurrir, por último, que persista en el error. En tal caso, dice Cristo: *"Considéralo como un pagano"* (Mt 18,17). ¿Por qué? Por ser el infractor quien por su cuenta y riesgo rechaza la propuesta del Reino y se coloca al margen de la Comunidad.

La corrección fraterna no es cosa de frailes y monjas, sino de todo cristiano.

23
OFTALMOLOGÍA EN EL BARRO

"Ni este pecó
ni sus padres"
(Jn 9,3)

Había una vez. Clásico modo de comenzar a contar una historia, una verdad, o un cuento. ¿Qué es lo que había? Es lo primero que quiere saber el niño a quien se le ha comenzado a contar un cuento. En esta ocasión, no es un cuento lo que sigue, sino una página del Evangelio, llena de luz para ver.

Había una vez, sí. Había una vez unos cuantos personajes en torno a dos coprotagonistas. Estos eran Jesús y un ciego. Y otros, para hacer quorum. Como son: los discípulos de Jesús, unos vecinos, unos fariseos, y los padres del ciego. ¿Les parece poco? Vamos con ellos.

Todo comienza con una pregunta: *"¿Por qué este hombre ha nacido ciego?"* (Jn 9,2). La pregunta es directa. No lleva segunda intención. Son los discípulos quienes han lanzado la pregunta. ¿Será un castigo? ¿Entonces? Completan la pregunta: *"¿Quién ha pecado, él o sus padres, para que haya nacido ciego?"* (Jn 9,2).

¡Qué ganas de marear la perdiz! ¡Qué corto alcance de vista, ellos, lo discípulos, que sin duda tendrían buena vista ocular! ¡Qué manía de unir enfermedad y pecado! Jesús responde tajante: *"Ni este pecó ni sus padres"* (Jn 9,3). Y añade, para que se enteren de una vez por todas: *"Nació así para que se manifiesten en él las obras de Dios"* (Jn 9,3).

Y como del dicho al hecho, aquí no hay gran trecho, Jesús pasa de inmediato a los hechos. En ese momento, y ante la admiración de los presentes, Jesús hace un poco de barro con su saliva y la aplica a los ojos del pobre ciego. Oftalmología y barro en funcionamiento. ¿Fue un acto original de Cristo o lo copió del Mar Muerto? Es sabido que el barro del Mar de la Sal, o Mar Muerto, tiene propiedades curativas. ¿Conocía Cristo el poder curativo del barro oscuro del Mar

Muerto? Sin duda. De todos modos, Cristo no necesitaba acudir a otras fuentes curativas, como el citado caso del Mar Muerto. No se sabe cuántas veces visitaría el Mar Muerto. Posiblemente más de una y más de dos. Varias veces se desplazó a Jericó, que está a un paso. Así que, saquemos deducciones. Pero el poder de curar lo posee él mismo. Manda al ciego a lavarse en la piscina de Siloé. *"Anda y ve a lavarte a la piscina de Siloé"* (Jn 9, 7). No porque aquella agua también tuviera poderes curativos, para nada, sino porque era la que más a mano había para que el pobre ciego se lavara y quedara como un sol. Así ocurrió.

El ciego regresó con vista. Veía perfectamente. No necesitó colirios, que ya eran conocidos en la antigüedad. Su visión era perfecta. Hay que anotar que Cristo buscó la cooperación del ciego. Antes que con los ojos del cuerpo Cristo deseó que viera con los ojos de la fe. Y vaya que si vio. La disponibilidad que mostró el ciego denota al mismo tiempo su adhesión hacia y con Jesús.

De este episodio, protagonizado por Jesús y el ciego, habrá que escribirlo en adelante con mayúscula, Ciego, conviene que saquemos alguna aplicación práctica. En primer lugar, el agua. Nos recuerda el Bautismo. De él salimos limpios de pecado, y con la Luz de la Fe en el alma.

Pero echemos un vistazo también a los otros personajes de este episodio narrado por san Juan. Los vecinos. Han visto. Han percibido el don y la fuerza de la vida que vienen de Jesús, mas no son capaces de dar el paso definitivo para acceder a la Luz. No están dispuestos a salir de su vida vulgar. No están dispuestos a encontrarse con la luz. Tienen cataratas en los ojos del alma.

Los fariseos. Estos conocen, aunque tal vez sea arriesgada la afirmación, conocen digo, la Luz. Eran los entendidos. Conocían las Escrituras. Teólogos sesudos y experimentados. Pero no hay que confundir teología y fe, conocimiento y fe, sabiduría y fe. Rechazan igualmente la Luz. Incluso toman represalias contra el buen ciego al enterarse de que ha sido Jesús quien lo ha curado. ¡Y encima en sábado! ¡Qué escándalo! Y, terminan "armando la de Dios es Cristo" porque lo ha curado en sábado. Ellos sí que son ciegos. Ciegos del alma. Enclaustrados en una teología miope terminan por expulsar del templo al ciego que acaba de recobrar la vista. Gente si alma.

Abanderados de la ignorancia ilustrada, dicen conocer la verdad, pero la Verdad no ha entrado en ellos.

A continuación, tenemos a los padres del ciego. Han visto el panorama y, pobrecitos ellos, les ha entrado el miedo en el cuerpo. ¿Quién puede enfrentarse a los poderosos, cuyo poder no está basado en la ética ni en la moral ni en la dignidad, sino en la prepotencia que da el poder? Ante el miedo, evitan comprometerse. Pero también a ellos, es el miedo el que les impide dar el salto a la Luz. Prefieren la seguridad del orden establecido, tan socialmente extendido.

El único que se siente libre es el ciego. Y dice lo que piensa. Con sinceridad y valentía. Le preguntan los fariseos: *"¿Qué dices del que te abrió los ojos?"* (Jn 9,17). Y él, responde llanamente: *"Es un profeta"* (Jn 9,17).

Cuando va pasando todo el tumulto que se ha armado, Jesús y el Ciego vuelven a encontrarse. Con todo cariño, Jesús le dice: *"¿Crees en el Hijo del hombre?"* (Jn 9,35). Responde: *"Señor, ¿quién es, para que crea en él?"* (Jn 9,36). *"El que te está hablando"* (Jn 9,37). Y la respuesta contundente: *"¡Creo, Señor!"* (Jn 9,38).

Ha habido, pues, un avance progresivo hacia la Luz. De las tinieblas que limitaban su vida, teniendo que optar por pedir limosna para poder sobrevivir, hacia la luz de los ojos. Eso lo primero. Pero gran avance. Significa la libertad de poderse mover y actuar por sí mismo. Qué importante es no tener que depender de los demás. Y a continuación, el encuentro definitivo con quien es la Luz y nos da la libertad.

24
COMENZAR POR CASA

"Id a las ovejas
descarriadas de Israel"
(Mt 10,6).

Jamás nunca, ningún sociólogo ha tenido una visión de la sociedad tan precisa y clara como la tuvo Jesús de Nazaret. Que se sepa, y se sabe, no estudió en ninguna universidad. De hecho, cuando en cierta ocasión llega a su pueblo y predica en la sinagoga, todos quedaron admirados. Es decir, extrañados. Se preguntaban que, de dónde había sacado tanta sabiduría. San Mateo lo recoge en el Evangelio: *"¿De dónde le vienen esa sabiduría y ese poder de hacer milagros?"* (Mt 13,54). También san Marcos: *"¿Qué sabiduría es esa que le ha sido dada y esos grandes milagros que realiza con sus manos? ¿No es este el hijo del carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago, de José, de Judas y de Simón?"* (Mc 6,2-3). Y añade: *"Y Jesús era para ellos un motivo de tropiezo"* (Mc 6,3).

Un pueblo, puede ser analfabeto, pero no tonto. Saben quién es Jesús. Lo conocen desde niño. Saben que no ha tenido más estudios que los que ellos mismos hayan podido tener. De ahí su extrañeza. Y su cortedad de miras. Cosa lógica, por otra parte, pues nunca, por nada del mundo podían imaginarse que Cristo es el Hijo de Dios, además del *hijo de María*. Pero sigamos. Que la reflexión va por otro camino.

Tampoco ningún sociólogo hubiera sido capaz de resumir en tan pocas palabras la realidad social. Cristo ve con toda claridad la situación, la realidad de las gentes: *"Estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas sin pastor"* (Mt 9,36). Si las ovejas no están atendidas por el pastor, se descarrían. Y el lobo se las come. Esto ocurre con cualquier sociedad carente de líderes auténticos. ¡Cuánto daño hacen a los pueblos los trepas de turno!

Cristo no fue ningún trepa. Por eso, no se contenta con ver la realidad. Busca soluciones. Y pide: *"Rogad, pues, al dueño de la mies que envié trabajadores a su mies"* (Mt 9,38). Sabe que él solo no puede con toda la tarea. Y pide que todos tomemos conciencia de la realidad, que nos impliquemos, que echemos una mano. El mundo avanza con el esfuerzo de todos. Los malos líderes destrozan los pueblos. Es claro. Pero también es claro que un buen líder no puede hacer nada si el pueblo no le secunda. Somos como una colmena donde todos trabajan por el bien de todos.

Y se pone manos a la obra. No se trata de teorizar. De poco sirve una oración de este estilo: *¡Oh, Dios! ¡Haz esto, o aquello!,* si no arrimamos el hombro. A Dios hay que dejarle los *imposibles*. Pero los *posibles* nos corresponden a nosotros. De lo contrario, todo quedará en agua de borrajas. Y no están los tiempos para agua de borrajas. Cristo se pone *manos a la obra*. Llama y envía a los apóstoles. En el envío y misión les confiere el poder sobre los demonios y los enfermos. Es decir, contra todo aquello que destruye la vida y la felicidad del hombre.

La llamada es personal y, al mismo tiempo, comunitaria. La Iglesia es una Comunidad de Salvación formada por individuos. Es decir, lo mismo que la Sociedad humana en general. La diferencia está en que la Iglesia de Cristo busca no solo la felicidad de la gente en general, sino la salvación. No podemos olvidar que somos cuerpo y alma.

Cristo comenzó la Misión por la propia casa. Los destinatarios fueron los de la propia casa: *"Id a las ovejas descarriadas de Israel"* (Mt 10,6). Con un mensaje concreto: *"El reino de los cielos está cerca"* (Mt 10,7). Con unas señas inequívocas: *"Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios"* (Mt 10,8). Y con una exigencia de gratuidad: *"Gratis habéis recibido, dad gratis"* (Mt 10,8). La Salvación es gratuidad. Por eso, una Iglesia pobre es más creíble. Porque está más cerca del Evangelio.

Hay gente que, sociológicamente hablando, no son cristianos. No están bautizados. Sin embargo, aun sin ser conscientes de ello, puede que, de hecho, y sin duda, estén mucho más cerca de Cristo que muchos de los que nos llamamos cristianos, pero que, a la hora

de la hora nos quedamos en enunciados teóricos. No solo de pan vive el hombre. A Dios rogando y con el mazo dando.

Una pregunta flota en el ambiente: ¿Tenemos conciencia los cristianos de que también somos enviados en misión? ¿De que tenemos que luchar contra todo lo que esclaviza al hombre, varón o mujer, y le impide ser feliz? Esta segunda pregunta implica también a quienes no son cristianos, sean o no creyentes. Porque la sociedad, en cuanto tal, tiene que velar por el bien de todos. Y hoy, hay estructuras que generan guerra, violencia, terror, y muerte. La sociedad en general, no solo los cristianos, tiene que descubrirlas y desmontarlas. Una sociedad que no denuncia la opresión y el sufrimiento demuestra carecer de sensibilidad. Una sociedad que no defiende los valores de la persona humana, que mata a sus hijos antes de nacer, termina por ser esclava de su propia ruindad moral. Todos estamos llamados a rechazar y combatir el mal.

25
DE DISTINTA MADERA

"El que quiera venirse conmigo
que se niegue a sí mismo,
que cargue con su cruz
y me siga"
(Mt 16,24).

¡Ha sido un milagro…!, decía la gente. Y repetían: ¡Ha sido un milagro…! No hubo tal milagro. Y sí una escena conmovedora en su desarrollo y sencillez. Se me quedó muy grabada. La Misión parroquial había resultado extraordinaria. Entusiasmo y fervor a raudales. Tanto que, toda la población estuvo de acuerdo para que la clausura no fuera en la iglesia, sino en el monte. A sus faldas queda el poblado, Tupátaro, en el Bajío mexicano. Para tal evento plantaron en una esplanada a mitad del monte una enorme cruz de madera de mezquite, resistente a todas las intemperies. También pusieron una mesa, como altar. Y toda la población alrededor. Al terminar la homilía, alguien soltó una paloma, símbolo de paz. La humilde avecilla ascendió en blancura de color y belleza. Dio unas vueltas por encima de la multitud. Luego descendió y se posó suavemente en el altar junto a las ofrendas. No se movió de allí en lo restante de la misa.

Esa escena y esa cruz me retrotrajeron la mente a otro tiempo y otra cruz. A Jesús, prefigurado en Isaías, se le llama *"Príncipe de la Paz"* (Is 9,5). Fue el mismo Jesús el que dijo: *"Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo"* (Juan 16,33). Vino, pues, a la tierra como garante de paz: *"A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Jefe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de los pecados"* (Hech 5,31). Una paz, como se ve, no carente de aflicción. Pero garantía de perdón. Y una paz que a él no le concedieron. Por el contrario, le cargaron una cruz. Para Cristo no hubo palomas de paz.

Cuando Cristo anuncia a los apóstoles cómo va a terminar, es el apóstol Pedro quien muestra su discrepancia. Pero Jesús responde a Pedro con palabras duras: *"Apártate de mí, Satanás. Tú piensas como los hombres, no como Dios"* (Mt 16,23) Y añade: *"El que quiera venirse conmigo que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga"* (Mt 16,24).

Pero quien cargó la verdadera cruz fue Cristo. De distinta madera. No fue una cruz de madera noble como el mezquite, o como los cedros del Líbano. A buen seguro que fue una cruz de humilde pino. Ni romanos ni judíos estaban dispuestos a gastar dinero en madera cara para crucificar a la escoria del mundo, como eran los malhechores, ladrones, asesinos, adúlteros, sediciosos y demás. Cristo no fue ninguna de estas cosas. Pero lo trataron peor que si hubiera sido todo esto, y más. Esas cruces quedaban impuras por la sangre de asesinos. Por lo mismo, había que destruirlas o echarlas al fuego.

Ante esta realidad de lo *"impuro",* tan meticulosamente tenida en cuenta en toda la Biblia, y puesto que las cruces quedaban impuras, cabe un serio interrogante. Es el siguiente. Cuando santa Elena, madre del Emperador Constantino encontró, según la tradición, ojo al detalle *según la tradición*, encontró digo, *la verdadera cruz* de Cristo, allá por el siglo cuarto, que ya es decir en cuanto al tiempo transcurrido, ¿esa cruz era realmente la Cruz de Cristo? *"Doctores tiene la santa Madre Iglesia que sabrán responder",* decía el catecismo. Y añadimos: Y *arqueólogos, según la ciencia*.

Nadie ha afirmado *ex cathedra* que ese hallazgo case con la historia. Siempre se ha dicho que es una *tradición*. Pero la tradición ha servido, eso sí, para acentuar la devoción a la santa Cruz. Y tantos trozos, a veces minúsculos, existen de la *verdadera* Cruz en el mundo entero que, juntándolos todos dan para varias cruces. Saque cada quien la conclusión que quiera. Pero no es éste el tema de esta reflexión. El tema es, que la humilde cruz que llevó Cristo nos remite a la *cruz* que cada uno debemos llevar. Como es la renuncia a nuestro egoísmo y autosuficiencia. Hemos de saber negarnos a nosotros mismos para llevar una vida acorde con Dios.

De otro lado, la cruz es al mismo tiempo expresión del amor que debemos a Dios y al prójimo. En el sacrificio de la Cruz es donde

centró Cristo todo su amor a la humanidad. Voluntariamente dio su vida por los demás. He ahí la verdadera paz. He ahí por qué Cristo es el Príncipe de la Paz. Y he ahí por qué la Cruz de Cristo es de distinta madera.

26
TIERRAS DIFERENTES

"Salió el Sembrador
a sembrar..."
(Mt 13,1-23).

Decir que el ser humano es voraz, no es una exageración ni una temeridad. El ser humano es insaciable. Y no me refiero a la cuestión alimenticia. Para nada. Me refiero a la voracidad que existe por disponer de más tierra. ¿Para qué? Sobre todo, para seguir construyendo enormes ciudades. Megaciudades. La megápolis está pasando a ser una enfermedad acelerada de ingenieros y arquitectos constructores. Una muestra al canto es que están desapareciendo los cementerios. Los camposantos, como se les denominaba. Cada persona que fallecía se le enterraba en una tumba excavada bajo el trozo de tierra correspondiente. En el camposanto. De este modo, cada tumba se convertía en algo sagrado. El respeto a los muertos es sagrado. Pero, ¿qué sucede? Sucede que la población mundial crece de día en día. Y a la gente, ¡qué casualidad!, le da por morirse. Con lo cual, el espacio de tierra que los muertos ocupan es cada vez mayor. ¿Solución? Se inventó la cosa esa de incinerar a los muertos. Santo remedio. Así, no ocupan lugar, y esa tierra sirve para seguir edificando edificios. Si al menos el terreno sobrante se empleara para la agricultura. Pero no. Son más rentables los pisos que las cebollas.

Commented [p1]:

En tiempo de Cristo no tenían este problema. A todo mundo se le daba *cristiana sepultura*, como se decía casi hasta hoy.

Dejemos de lado el tema de los muertos, que hoy no toca. Y quedémonos con la tierra, que sí toca. El Evangelio habla de un sembrador. Figura entrañable. Sale temprano a sembrar. Se cruza sobre el hombro una especie de alforja y va sembrando a voleo. En aquel entonces no habían inventado aún las sembradoras ni las cosechadoras. Era cuestión de tiempo. Trabajo duro el del campo. Cierto. Pero trabajo que humanizaba. Las familias eran campesinas, aunque vivieran en ciudades. El campo era su vida. El ciclo de la naturaleza marcaba los ritmos vitales de cada familia.

Y bien, el fruto esperado de la siembra dependía en gran parte de la calidad de la tierra. Esto lo expresa admirablemente Cristo en una de sus magistrales parábolas: *"Salió el Sembrador a sembrar…"* (Mt 13,1-23). Este esparció el trigo sobre la tierra ya preparada. Ahora era cuestión de esperar las lluvias. Las tempranas y las tardías. *"El dará a vuestra tierra la lluvia a su tiempo, lluvia temprana y lluvia tardía, para que recojas tu grano, tu mosto y tu aceite"* (Dt 11,14). Mientras, la nueva cosecha se irá gestando bajo la buena tierra. La madre tierra.

El labrador sabe perfectamente que su parcela no produce una cosecha pareja. Hay trozos más arcillosos, otros más pedregosos. Y los hay de excelente calidad. A Cristo no se le pasa por alto este detalle. Sabe que, al sembrar a voleo, es decir, lanzando la semilla con la mano, una parte irá a parar al camino: *"Vinieron los pájaros y se la comieron"* (Mt 13,4). Que también los pajarillos tienen derecho a vivir. *"El Padre celestial los alimenta"* (Mt 6,26). Otra parte de la semilla fue a parar al terreno pedregoso. Brotó enseguida, pero se secó muy pronto. Lo mismo la que cayó entre zarzas. Las zarzas se merendaron los nutrientes de la tierra y ahogaron la semilla.

Ahora viene lo bueno. La semilla que cayó en tierra mejor. Produjo, dice el Señor, el 30, el 60, o el 100 por 100. Naturalmente que cuando Cristo exponía esta parábola no estaba haciendo poesía. Conocía perfectamente a la gente. Sabía que muchos encontraban dificultades para aceptar su mensaje. Unos porque, abiertamente, no creían. Otros aceptaban el mensaje, pero luego se desinflaban. Otros porque, eso de tener que cambiar de vida, dejar el apego a la riqueza, llevar una sana moral, y tal, no iba con ellos. Y estaban los rematadamente malos, los que atentaban contra la vida de Jesús.

Pero había también gente buena. Los que no estaban satisfechos con la vida que llevaban. Querían cambiar, querían mejorar. He ahí la tierra buena. Ahora bien, aun siendo tierra buena no toda produce lo mismo.

A la hora de aplicar el Evangelio a nuestra vida, cada quien tendremos que preguntarnos: ¿Yo, qué tierra soy? ¿Me contento con ser *tierra buena*? No es suficiente. Porque si puedo producir el ciento por ciento, no debo contentarme con producir el ochenta, o el cincuenta, etc. Dios lanza su semilla en todas las direcciones. No

rechaza a nadie. Ocurre, no obstante, que el hombre, varón y mujer, puede cerrarse a la Palabra de Dios, rechazarla. No es cuestión de la semilla, ni del sembrador, sino del oyente.

Hoy, lo mismo que en tiempo de Cristo, hay quien tiene el corazón duro, tierra pisada del camino. Quien es inconstante, fácil al entusiasmo, pero de poco carácter, fácil al desaliento. Quien tiene el corazón apegado a lo material, en su vida prima lo material, pero tiene ausencia de valores que le garanticen una vida digna. Y está también quien tiene su corazón abierto de par en par a Dios. Ese da fruto abundante.

Siendo Cristo el Sembrador, vale la pena ser tierra de su parcela. Y, también, convertirnos nosotros mismos con él en sembradores. Ahí está la semilla, ahí está la tierra preparada. Se necesitan obreros. Y más hoy, que vivimos horas bajas en cuestión de fe y de seguimiento de Jesús. Igual que se levantan grandes edificios, grandes ciudades, y la tierra se cubre de cemento, hay que levantar también el edificio de la fe, que siempre será humilde, pero lleno de esperanza. Para eso, necesitamos tomar muy en serio la labor evangelizadora mediante una catequesis que nos cuestionen la clase de tierra que somos.

27
PACIENCIA E IMPACIENCIA

"Señor, ¿quieres que arranquemos la cizaña?"
(Mt 13,28)

Cuando dos personas se llevan mal, suele decirse que andan como el perro y el gato. Comparación que muchas veces claudica. Cuántos vídeos circulan por las redes que desmienten la tradicional enemistad entre felinos y mascotas. Incluso hay escenas que aleccionan a los humanos. Muestran más ternura que la que solemos tener los humanos. Todo tiene una explicación. El bien y el mal caminan juntos.

Esto de que el bien y el mal caminan juntos lo ilustra requetebién, una vez más, una parábola de Cristo. Allá por el capítulo 13 de san Mateo tenemos la parábola de la cizaña. El amo había sembrado trigo bueno en su campo. Inexplicablemente, cosa que no ocurría antes, los peones se dan cuenta de que algo anda mal. Que, a la par del trigo, está creciendo cizaña. Lo peor que podía ocurrir. La cizaña tiene fuerza, el mal siempre tiene mucha fuerza, y va a mermar considerablemente la cosecha de trigo.

Peones y amo, amo y peones, contemplan con preocupación el panorama. Habrá que poner remedio a la situación. Habrá que tratar de salvar la cosecha. Uno de los peones: *"Amo, ¿quieres que arranquemos la cizaña?"* (Mt 13,28). Mejor no, no vaya a ser que con la mala yerba arranquemos también el trigo. *"Dejadlos crecer juntos hasta la siega"* (Mt 13,30). De este modo aseguraba al menos una parte de la cosecha.

La actitud del amo se traduce por paciencia. La actitud del peón se traduce por impaciencia. Ambas son contradictorias en sí. Pero como en el dicho del perro y el gato, a veces hasta pueden llevarse bien. De todos modos, hay algo que es evidente y no tiene solución: el bien y el mal caminan juntos. Y siendo ésta una realidad

irremediable, no queda más remedio que armarse de paciencia. Y de prudencia.

Es obvio que es Dios quien tiene paciencia con lo que pasa en el mundo entre los humanos. Pasa que muchas veces nuestra relación es como la del perro y el gato. Aunque esta relación tenga también sus excepciones. Mayor paciencia que la de Dios con los humanos, imposible. Dios nos da a todos la oportunidad de crecer y madurar juntos.

Para paciente, Cristo. No ocurría lo mismo con algunos de sus apóstoles. Por ejemplo, con los hermanos Santiago y Juan. Según se dirigía con el grupo a Jerusalén, y teniendo que pasar por Samaría, Cristo envió a los dos hermanos por delante para que prepararan alojamiento. *"Pero no los recibieron"* (Lc 9,53). Les dieron con la puerta en las narices. Así que, podemos imaginar el enfado que traían al regresar y contar su fracaso. No sé si está tan claro aquello de que *"la paciencia todo lo alcanza"* (santa Teresa). Pero sí queda muy claro que la paciencia no era virtud predilecta de Santiago y Juan. Sueltan adrenalina: *"¿Quieres que mandemos que baje fuego del cielo para destruirlos?"* (Lc 9,54). Cristo tuvo que llamarlos al orden. *"Se dio la vuelta y los reprendió"* (Lc 9,55).

Pero sigamos con el trigo y la cizaña. Dios no quiere la muerte ni destrucción de nadie. Por malo que sea. Dios nos pide paciencia. Ya llegará la hora de separar el separar lo bueno y lo malo, el trigo y la cizaña. Hay que aguardar hasta la siega.

Seguramente, la paciencia no parece ser virtud muy practicada por los humanos. En cambio, ocurre todo lo contrario con Dios. Él sí es y sabe ser paciente. Dios nos pide rechazar las actitudes de intolerancia, de incomprensión, o de venganza. Nos invita a ser comprensivos y pacientes.

A continuación de ésta, Cristo expone otra parábola. La del grano de mostaza. Es una semilla pequeña, sabrosa y picante, usada como especia en algunas gastronomías. Lo interesante es que, cuando va exponiendo al público estas parábolas, lo hace para hablarles del Reino de Dios. Un Reino que no nació ya hecho, sino que hay que construirlo entre todos. Un Reino en crecimiento. Crece a la par que nosotros. Aplicado a nuestra realidad: en la medida que

nosotros crecemos en santidad, crece también el Reino de Dios. Poco a poco. Sin prisas, pero sin pausa. Y añade Cristo: *"Cuando crece es la más grande de las hortalizas, y se convierte en un arbusto, de tal manera que los pájaros del cielo van a cobijarse en sus ramas"* (Mt 13,32). En el Reino de Dios hay lugar para todos. Por lo mismo, es importante que, como el gato y la mascota, tan de moda hoy, sepamos aparcar diferencias y hacernos amigos.

28
ORACIÓN DEL FANFARRÓN

"¡Dios mío!, ten piedad de mí,
que soy un pecador"
(Lc 18,13)

La vanagloria y la chulería humana se meten hasta en la sopa. Es un decir. Pero antes se han metido en el templo. Como suena, en el templo, en forma de oración.

Con su manera magistral de decir las cosas, Cristo lo cuenta en el Evangelio. Esta parábola, a buen seguro que no se la inventó, como solía hacer, para ilustrar y que entendieran su mensaje. Debió captarla en directo. De haber tenido un móvil hubiera grabado la escena. Digna de contemplarse. Pero no hizo falta. Ha quedado muy clara para la posteridad.

Esta vez es san Lucas quien nos la transmite. Jesús, que era hombre de oración, nos dijo que también nosotros debemos orar: *"Es necesario orar siempre sin desanimarse"* (Lc 18,1). Incluso nos enseñó la oración del *Padrenuestro* (Lc 11,2-4), para que no se nos quedara la mente en blanco cuando hacemos oración. Pues bien, resulta que dos hombres subieron al templo. Era la hora de la oración y fueron a cumplir con el ritual. Cristo, que a buen seguro estaba en el templo, vio la escena en directo al amparo de la semioscuridad. Dos hombres entraron al templo casi al mismo tiempo. Bueno, lo de entrar, hay que matizarlo. Porque mientras uno se fue directo hasta el altar, el otro apenas quedó asomado a la puerta del templo.

Resulta que uno era un fariseo, el otro un publicano. El fariseo, hombre "bueno" donde los haya, se plantó en medio del altar. Su oración consistió en una solemne acción de gracias a Dios. No era para menos. Él no era como los demás. ¿Los demás? Ya ves, Señor, son unos tales por cuales: pecadores empedernidos, empecatados hasta las cachas. Yo, en cambio, no soy como los demás. Por eso vengo a darte gracias. Yo rezo, yo pago el diezmo, yo doy limosna…, En fin, Señor, ya ves. Yo soy más bueno que el pan. No como aquel que está en la puerta. ¿Cómo no voy a darte gracias, Señor?

Yo, yo, yo. Más inflado que un pavo. Su oración de acción de gracias fue, más que nada, una solemne exhibición de estúpida vanidad.

El de la puerta era un hombre conocido por su vida un tanto licenciosa. Un publicano. Un pecador, en suma. Sin atreverse ni a levantar los ojos del suelo implora a Dios perdón y misericordia. Era consciente de su mala conducta. Y, ora: *"¡Dios mío!, ten piedad de mí, que soy un pecador"* (Lc 18,13). Sabía que sus manos estaban vacías. No cumplía con Dios ni con los demás. Era consciente de su situación. Y pide perdón. Implora misericordia al Misericordioso. No trae buenas obras que presentar ante Dios. Solo su pecado y su miseria.

Seguro que Jesús, viendo la actitud de ambos, debió conmoverse profundamente. Lamentando la arrogancia del fariseo, y enternecido por la sincera humildad del publicano. Tanto que añade, tras describir a los dos personajes: Éste, el pecador, se fue a su casa reconciliado y perdonado por Dios. El otro, el fariseo, se fue dejando un tufo nauseabundo de pedantería y soberbia.

Qué distinto modo de hacer oración. La arrogancia, la exaltación de uno mismo, no es oración. En cambio, la humildad, sí. El arrogante piensa que su salvación no depende de la misericordia de Dios, sino que es conquista de sus "buenas obras". Lo dicho, un pavo inflado. El pecador, por el contrario, es consciente de que solo Dios es quien salva.

Qué lección de humildad nos da el Señor con esta parábola. Nos habla de la oración. Y nos dice cómo y cuándo es oración. Y cuándo no. La del fariseo fanfarrón es todo lo contrario a la oración.

Al mismo tiempo nos advierte Cristo que no nos dejemos llevar de las apariencias. Porque, a primera vista, da la impresión de que el fariseo podía presentarse como un modelo a seguir: cumplidor de todas las leyes, su vida era impecable. Nadie puede acusarlo de malas acciones, ni contra Dios, ni contra los demás. Está contento. Está feliz. Hoy diríamos: va a misa todos los domingos, no defrauda a Hacienda, da limosna, se confiesa de vez en cuando… Aunque, ¿para qué?, si no tiene pecados. Solo tiene obras buenas. Habría que

ponerlo en un altar y encenderle unas velas. Pero resulta que su oración, lejos de alabar a Dios, es una alabanza de sí mismo. Olvida que no son las prácticas religiosas las que garantizan la salvación, sino solo Dios.

Por eso, Cristo quiere una religión donde se adore a Dios en *espíritu y verdad* (Jn 4,23). Y se practique el *mandamiento del amor a Dios y al prójimo* (Mt 22,34-40).

Estos dos personajes de la parábola son modelo de lo que no se debe hacer: el fariseo. Y de la actitud que debemos tener: la del publicano arrepentido. Éste, es modelo de hombre humilde. Se reconoce pecador. Siente la necesidad de Dios, a él acude, y se confía plenamente a su misericordia.

29
EL TESORO FALTANTE

"El Reino de los Cielos
se parece a un tesoro
escondido en un campo"
(Mt13,44)

El Reino de los Cielos. Tema tan querido y proclamado por Cristo. Cuántas veces alude a él en el Evangelio. En esta ocasión, para compararlo a un tesoro oculto en el campo. Nadie lo ha descubierto aún. Ahí sigue. Hasta que alguien lo encuentre.

No sabría decir por qué. Pero al leer este pasaje me viene a la memoria un hecho real. Éramos 21 sacerdotes más un obispo, por cierto, ya fallecido. Se nos presentó la oportunidad de hacer la ruta de san Pablo, no en plan turístico, la gente se entera de poco, sino de estudio bíblico-arqueológico. Turquía. Tuvimos oportunidad de visitar en Estambul el *Gran Bazar*, el más grande y famoso del mundo, como de todos es sabido. Se nos informó que consta de 5.000 tiendas. Ni una más ni una menos. Confieso que no nos dio tiempo ni a contarlas ni a visitarlas todas. Ni lo intentamos. Aquello es realmente impresionante. Así que, damos por bueno el número.

Aquella visita al Gran Bazar a mí me sirvió para intercambiar algún chascarrillo con los demás sacerdotes. Les dije: -Nos han informado que son 5.000 las tiendas de este Bazar. ¡Qué barbaridad! Pero acabo de averiguar que hay un error. Hay que corregir el dato. En vez de 5.000 debe ponerse 5.001. Así que, falta una. -¡Cómo! ¿Cuál? -Lo dicho, falta la más importante. -Pero, ¿cuál? -La 5.001: *¡¡La Tienda de los Sueños…!!*

Al gesto primero de extrañeza siguió una complaciente sonrisa. Habían captado la intención del chascarrillo. Debería haber, entre tantas, una tienda donde la gente pudiera comprar lo más bonito del mundo: "sueños", ilusiones que alegren la existencia.

Por el contrario, no fue un sueño lo que le aconteció a aquel hombre que cuenta la parábola. Iba por el campo. Algo le llamó la atención. Algo que sobresalía de la tierra y brillaba al darle el sol. Se detuvo. Escarbó con el pie. ¡Anda, si esto es un tesoro…! Lo volvió a tapar con tierra. Sabía que el campo no era suyo. Por ley, todo lo que hubiera en ese campo pertenecía al dueño. Así que, se lo pensó. Ya sé qué voy a hacer: comprar el campo. Así, también el tesoro será mío legalmente. Dicho y hecho.

En realidad, el tesoro del Reino de los Cielos lo llevamos en nosotros mismos. Tierra somos, pero por el Bautismo Dios nos ha dado el tesoro de la Gracia.

A veces, nos valoramos tan poco que no advertimos el tesoro que llevamos con nosotros. Es cuestión de escarbar para sacarlo a la superficie. Y si de pronto advertimos que ese campo, que somos nosotros, está en posesión de otro, como puede ser el pecado, hay que venderlo todo para recuperarlo.

En el transcurso de la vida se imponen muchas renuncias. Despojos necesarios de cosas que nos impiden vivir una vida cristiana plena de Dios.

Cuando hacemos unos *Ejercicios espirituales*, y en otras circunstancias, bien nos damos cuenta que el tesoro más importante en nuestra vida es Cristo. Es importante entonces preguntarse: ¿en qué ha cambiado nuestra vida? ¿Hemos renunciado ya a tantas cosas que no vale la pena poseer para poder adquirir ese tesoro? Es el tesoro faltante. Y si no lo tenemos, ¿de qué sirve todo lo demás?

La parábola habla de un hombre que iba atravesando un campo. Estaba en movimiento, estaba en acción. De otro modo no hubiera dado con el tesoro. Pero, además, es evidente que tuvo el ingenio suficiente para poder adquirir el campo y quedarse con él.

Llegado a este punto, no viene mal si nos hacemos una pregunta sobre el *tiempo*. Y no el meteorológico, precisamente, sino el personal. Pregunta que podría ser de este estilo: ¿En qué y cómo empleamos nuestro tiempo? Si somos empleados de banca, por ejemplo, o trabajamos en cualquier empresa, ese es un tiempo laboral, establecido y marcado, que no va con la pregunta. La

cuestión es ¿qué hacemos con nuestro tiempo libre? Descansar. Es una opción razonable. En ese descanso puede entrar el tiempo dedicado a ver la tele, una tertulia de sobremesa entre familiares o amigos, etc. Pero, y si nuestro tiempo está bien programado, veremos que todavía nos sobra tiempo para más cosas. Creo que ahí debemos encajar, y no en último lugar, el tiempo para la cultura.

La cultura es un tesoro, porque ayuda a humanizarnos. También la cultura nos lleva hacia Dios. La ignorancia, en cambio, puede arrastrarnos a cometer muchos errores. Una vida sometida a la ignorancia es una desgracia. Se atribuye a Einstein esta frase: *"El sabio no niega a Dios; a Dios lo niega el pseudo sabio".* Es que, la ignorancia es atrevida.

Da para mucho esta parábola del tesoro que, por escondido, nos faltaba. Pero en nuestra reflexión cabe, entre tantas, una pregunta más. Inquietante. ¿Por qué hay tantos hombres y mujeres que ignoran o hasta desprecian el tesoro? Dios, ¿no cuenta en sus vidas? ¿Puede ser feliz una persona sin Dios?

30
NI CON PÉRTIGA

"Sed perfectos como
el Padre Celestial"
(Mt 5,48

Una de las cosas más bellas que ha inventado la sociedad son los Juegos Olímpicos. Cada uno de los deportes programados está lleno de belleza, de estética, de esfuerzo, de superación, de sana rivalidad. Entre ellos, hay uno que me gusta más particularmente. Es el salto con la pértiga. El listón, cada vez alto. Y cuando, por alto, parece que va ser imposible superarlo y, de pronto, un atleta lo supera, hay una exclamación espontánea de alegría. Arranca aplausos de inmediato en todo el recinto olímpico.

A diferencia de Pablo, que alude a las carreras como deporte en el estadio *"¿No sabéis que en la carrera del estadio todos corren, más uno solo recibe el premio?"* (1 Cor 9, 24), Cristo no alude en sus predicaciones a deportes olímpicos. Aunque posiblemente fueran conocidos por algún sector de la sociedad, puesto que se habían inventado ocho siglos anteriores a él, el año 776 a.C. en Grecia. Y en Palestina también había griegos.

La alusión a los Juegos Olímpicos no es por casualidad. Cristo no habla de ellos. Es cierto. Pero, metafóricamente dicho, emplea un listón muy alto, no para saltar y superarlo con la pértiga, sino con todo el esfuerzo de nuestro ser. Es cuando dice: *"Sed perfectos como el Padre Celestial"* (Mt 5,48. Como el Padre Celestial…, ¡casi ná!

De sobra sabe él que esto es un imposible. Pero de este modo nos indica que en las olimpiadas de la santidad hay que estar siempre en forma. Que no podemos dejar de entrenar a diario. La santidad es cosa del día a día. No estamos solos en este entrenamiento. Nuestro entrenador, el mismo Cristo: *"Sin mí no podéis hacer nada"* (Jn 15,5).

Para hablarnos de la santidad que pide en nosotros, Cristo se remonta al pasado. Y presenta la novedad de su mensaje en relación

con la Ley Antigua. *"Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo…"* (Mt 5,38-39). ¿Qué nos dice Cristo? Alude directamente a la Ley del Talión. Ésta, terminó siendo una ley de venganza. Pero Cristo cambia la venganza por el perdón. El odio por el amor.

Hablando de la Ley del Talión, no está de más hacer una breve puntualización. En realidad, no era una ley de venganza, sino de justicia. Porque en la práctica, la justicia, más de una vez, no existía. El Antiguo Testamento constata que había jueces corruptos cuya balanza siempre se inclinaba, ¡oh casualidad!, hacia quien más pasta les untaba. Con lo cual, llega el momento en que, dejando de lado a los jueces corruptos, cada quien tiene que tomarse la justicia por su mano. Esto no deja de ser peligroso. Porque es muy difícil ser ecuánimes cuando estamos tan enfadados que nos lleva el diablo.

Vale la pena hacer un cotejo entre el llamado *Código de Hammurabi* (hacia 1.700 a.C) y la *Ley del Talión*, de la Biblia. El Código de Hammurabi es uno de los conjuntos de leyes más antiguos que se conocen. Aparece en Mesopotamia. Se basa, precisamente, en la aplicación de la Ley del Talión. Parte del principio de *presunción de inocencia* del reo. Sugiere que el acusado o el acusador deben aportar pruebas. Y bien, tanto el Código como el Talión, pertenece a una tradición jurídica común a los pueblos del Medio Oriente antiguo. Es una legislación que, lejos de promover la venganza, trata de frenarla, ordenando que el castigo sea igual, y no mayor, que el daño recibido. Así se expresan uno y otro: *"Ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe"* (Éxodo 21,24-25).
"Si un hombre deja tuerto a otro, lo dejarán tuerto a él. Si le rompe un hueso a otro, que le rompan un hueso a él" (Hammurabi, 196-197).

Si se cumpliera esa ley de justicia, que no de venganza, posiblemente hubiera menos violencia hoy en día. Pero Cristo va más lejos. Pone la esencia de su enseñanza en el Amor. Y esto sí que es un paso gigante hacia adelante. El Amor. Para que seamos *"perfectos como el Padre"*.

Al Amor se oponen: La violencia, tanto física como moral. La injusticia económica, como pueden ser los impuestos abusivos, que lo único que hacen es crear más pobreza en general, y riqueza de

unos pocos. El abuso de poder. Los intereses abusivos a los préstamos bancarios, o personales. Y así podrían enumerarse uno cuantos ejemplos más.

Cristo nos habla también del amor a los enemigos. Cuando comparando lo que fue la situación en el Antiguo Testamento, y lo que él quiere que sea en adelante, dice: *"Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, y rezad por los que os persiguen"* (Mt 5,43-44).

En definitiva, es una de las cosas que hacen fascinante el mensaje de Cristo: lo alto que pone el listón de la santidad. Se necesita una buena pértiga impulsora. Y se necesita saber que lo que para nosotros es imposible, para Dios es posible. Ni con pértiga. Pero sí con Cristo.

31
MÁS ALLÁ DE LOS RELOJES

"Maestro, ¿dónde vives?
Venid y lo veréis"
(Jn 1,38-39)

Minuto arriba, minuto abajo, serían las cuatro de la tarde. A buen seguro que Juan no llevaba reloj de pulsera, ni de cadena, ese que nuestros abuelos se guardaban en el bolsillo interior del chaleco, y que sacaban con parsimonia para ver la hora mientras se fumaban un habano. Pero ha sabido decirnos la hora. *"Serían las cuatro de la tarde"* (Jn 1,39). Precisión de reloj suizo.

¿Por qué precisa Juan, el apóstol, la hora cuando está finalizando la redacción del primer capítulo del Evangelio? Para indicar, con la mayor precisión posible, el momento del seguimiento de Jesús de sus primeros discípulos. Resulta que estaba el otro Juan, el Bautista, con dos discípulos. En esto, ve que Jesús pasa por allí y dice: *"Este es el Cordero de Dios"* (Jn 1,36). Los dos discípulos, ni cortos ni perezosos, siguieron a Jesús. Uno de ellos era Andrés. Le faltó tiempo para ir a contárselo a su hermano Simón y llevarlo y presentarlo a Jesús. Como si de un buen entrenador de fútbol se tratara, Jesús vio en él un auténtico crac, un fuera de serie, y lo *fichó* de inmediato: *"Tú eres Simón, el hijo de Juan: tú te llamarás Cefas, que traducido significa Pedro"* (Jn 1,42). Luego seguirían más fichajes, hasta completar el equipo.

Hablando con precisión, esto es la llamada, la vocación. Dios llama lo mismo a las cuatro de la tarde que a las dos de la madrugada. Es lo que le sucedió a Samuel. Estaba la noche en calma. Samuel, apenas un mozalbete, duerme plácidamente, a pierna suelta. De pronto, siente que alguien le llama. Se levanta de inmediato y acude a la habitación donde duerme Elí, el sacerdote. *"Aquí estoy, porque me has llamado"* (1Sm 3,5). Elí le dice: *"Yo no te he llamado, vuelve a acostarte"* (1Sm 3,5). Precioso pasaje el narrado en este primer libro de Samuel. En medio del silencio de la noche Samuel se encuentra con que Dios le llama.

Y es que, la Vocación es siempre una iniciativa, misteriosa si queremos, y gratuita al mismo tiempo, por parte de Dios. De este modo, el profeta se convierte en profeta porque un día escuchó que Dios le llamaba. Y Siguió su llamada. El apóstol se convierte en apóstol porque Cristo le llama. El cristiano se convierte en un seguidor de Cristo porque Cristo le ha llamado. Dios llama, Y lo hace personalmente. Por el nombre. Ante Dios no somos números, sino hijos suyos. Para cada uno Dios tiene su hora, más allá de los relojes.

Tras la llamada se produce el encuentro. Es importante escuchar la llamada. Y levantarse de inmediato, como hizo Samuel. O seguir sus huellas, como hizo Andrés. Muchas veces la llamada nace del testimonio. Es el caso de Juan el Bautista, a partir del cual se formó un movimiento: el seguimiento de Jesús, que llega hasta nosotros. Y seguirá después de nosotros. Nadie llega a Jesús solo ni por libre.

Precisa Juan en el Evangelio que cuando Jesús vio que lo seguían, pregunta: *"¿-Qué buscáis? -Maestro, ¿dónde vives? -Venid y lo veréis"* (Jn 1,38-39). Y fueron. Vaya que si fueron. Y se quedaron con Jesús aquel día. Sintonía y empatía.

Pero incluso puede suceder que haya reticencias. Cuando Felipe dice a Natanael: *"Hemos encontrado a aquel de quien se habla en la Ley de Moisés y en los Profetas. Es Jesús, el hijo de José de Nazaret"* (Jn 1,45). El tal Natanael, es decir, Bartolomé, responde con un gesto un tanto despectivo: ¡Vahhhh…! Y dándose aires de buen conocedor de sus paisanos, dice: *"¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret?"* (Jn 1,46). ¿Qué habría visto en Nazaret? ¿Qué enganchón habría tenido con alguno de sus habitantes? Fuere lo que fuere, dijo lo que pensaba. Ante todo, sinceridad. La cosa es que cuando lo llevan ante Jesús, éste dice: *"He aquí un verdadero israelita, un hombre sin doblez"* (Jn 1,47). Buen comienzo. Inesperada alabanza. Que, además, se convierte en un brindis para los demás israelitas.

Una aplicación directa podemos sacar de este episodio. Sólo podemos encontrar a Jesús, si alguien nos habla de Él. El Bautista presentó sus discípulos a Jesús. Estos a su vez buscaron otros candidatos. Y de este modo se forma una comunión, común unión, o sintonía, entre los discípulos y Jesús. ¿Buscamos nosotros hablar de Cristo a las personas que nos rodean? ¿No nos estaremos dejando

llevar de los prejuicios, pensando que qué le vamos a decir a esa persona, o cómo va a reaccionar si le hablo de este tema? ¿No estaremos adelantando juicios de valor? ¿Por qué ese complejo, esa timidez, para hablar de lo más maravilloso que nos ha podido suceder, como es Cristo?

Los discípulos no estuvieron interesados en saber teorías sobre Jesús. Quisieron conocerle personalmente. En vivo, y a todo color. Y entablaron lazos de intimidad con él para siempre: *"¿Dónde vives?"*. Y se quedaron con él. La vocación o llamada es para quedarnos con Cristo para siempre. No importa la hora en que hemos sido llamados. Los relojes marcan otra hora. Dios tiene su propio reloj, y da la hora con absoluta puntualidad.

32
QUIÉN DIJO MIEDO

"No os alarméis cuando
oigáis hablar de guerras
y de rumores de guerras:
es necesario que esto ocurra,
pero todavía no será el fin"
(Mc 13,7)

La cosa esta de timar y engañar a la gente viene de antiguo. El timo de la estampita y otros, no son de hoy. Hay también quien se dedica a la usurpación de identidad. Lo cual es más serio. Cristo nos previene contra ese tipo de gente empeñada en meter el miedo en el cuerpo a los demás. *"Tened cuidado de que no os engañen, porque muchos se presentarán en mi nombre, diciendo: "Soy yo", y engañarán a mucha gente"* (Mc 13,5-6).

En el Evangelio, narrado por Marcos, y más concretamente en el capítulo 13, tenemos un pasaje que, descrito en lenguaje llamado apocalíptico, Cristo hace lo que podría calificarse como un juego de palabras para referirse a dos cosas bien distintas. Una, la destrucción de Jerusalén. Otra, la del fin del mundo.

La cuestión que comentamos en esta reflexión surge a partir de una curiosa coincidencia. Alguien le dice a Jesús, cuando están contemplando y admirando la belleza del Templo: *"¡Maestro, mira qué piedras enormes y qué construcción!"* (Mc 13,1). Momento que Cristo aprovecha para decir: *"De todo esto no quedará piedra sobre piedra: todo será destruido"* (Mc 13,2).

Era una época en que las comunidades cristianas estaban agitadas, o por mejor decir, asustadas. ¿Motivo? Las guerras y calamidades concomitantes. Los romanos invasores eran malos compañeros de viaje. La destrucción del Templo estaba próxima. Destrucción que, como es sabido, tuvo lugar el año 70. Ahora bien, para un pueblo creyente, como el Pueblo judío, quitarle el centro de

su religiosidad, era una auténtica tragedia de dimensión catastrófica. Es como si a una madre le arrancaran el hijo de sus entrañas. Y si a eso añadimos los rumores que alguien estaba haciendo circular sobre el fin del mundo, pues no te digo nada. Miedo por doquier.

Entonces, Cristo, a pesar de usar un lenguaje apocalíptico, trata de tranquilizar a la gente. Lo del Templo no tenía remedio. Los romanos venían en plan de implantar el miedo. Pero la cuestión del fin del mundo podía esperar. Esa, era otra cuestión. Y la espera iría para largo.

Marcos, oyente directo de la predicación de Jesús, va narrando, y describiendo, una situación catastrófica: *"El sol se oscurecerá, la luna dejará de brillar, las estrellas caerán del cielo y los astros se conmoverán"* (Mc 13,24-25). Panorama dantesco. Pero todo esto da la impresión de que se tratara de una especie de fuegos artificiales que amenizan la fiesta. Porque Jesús añade: *"Y se verá al Hijo del hombre venir sobre las nubes, lleno de poder y de gloria"* (Mc 13,26).

Es decir, Cristo no es profeta de calamidades. Ni siquiera está anunciando el fin del mundo. *"Pero antes, la Buena Nueva será proclamada a todas las naciones"* (Mc 13,10). Fin del mundo que tampoco significa destrucción o aniquilación. Como si, por un imposible e impensable, se tratara volver a la nada, a la no existencia. La nada, la no existencia, no existe. Nada se aniquila, todo se transforma. La venida del Hijo del hombre será una venida triunfal, *"lleno de poder y de gloria"* (Mc 13,26; Mt 24,30; Lc 21,27).

No sabemos, a decir verdad, si en todo este apocalíptico capítulo 13 Marcos cita literalmente las palabras de Jesús, o si se dejó llevar por su propia imaginación. El tema se prestaba a ello. De este modo, el discurso de Jesús se convierte en un discurso escatológico. Está hablando del fin. ¿Pero, de qué fin? ¿El del Templo? Sin duda. ¿El de su muerte? También. ¿El del mundo? Vemos que no. Se trata de un discurso escatológico que Jesús pronuncia antes de la destrucción de Jerusalén. Anuncio al mismo tiempo del comienzo de una nueva era que acontecerá con su venida gloriosa tras la resurrección. Curiosamente, los tres sinópticos lo reproducen casi al pie de la letra, copiado seguramente de Marcos.

Es más, no se trata de un reportaje de guerra al estilo de algunos brillantes reporteros actuales. Se trata de una de una catequesis sobre el fin de los tiempos, cuya intención es ayudar a la gente a discernir los hechos, tanto actuales como futuros, que la comunidad cristiana va a experimentar. ¿Calamidades, guerras? Las ha habido y habrá siempre. Nos guste o no nos guste. Por supuesto, las guerras no nos gustan. La violencia no remedia nada. Pero la paz se construye con la colaboración de todos.

Se trata, pues, de situarse dentro de la Historia. Con mayúscula. Porque es Historia de Salvación. No se trata, en definitiva, de un fin del mundo, sino de prepararse para dar comienzo a uno nuevo. Los sufrimientos descritos por los sinópticos, y en especial san Marcos en el capítulo 13 de su Evangelio, podemos ilustrarlo comparativamente con los dolores de parto. Una mujer sufre al dar a luz. Pero de inmediato le llega la alegría, por el nacimiento de la nueva vida que acaba de traer al mundo. El cristiano tiene que estar siempre de estreno. La vida es Cristo.

33
Y LA CASA SE LLENÓ DE MÚSICA

"Padre, he pecado
contra el cielo y contra ti"
(Lc 15,21)

Cuántas veces no habremos leído, meditado, o escuchado sermones y homilías sobre el pasaje del llamado *Hijo pródigo*, que narra san Lucas en el capítulo 15. Infinidad de veces. Permítaseme remontarme a mis lejanos años del seminario. Solían predicarnos los *"Retiros espirituales"* sacerdotes estupendos; misioneros curtidos en mil batallas. En bastantes de ellos, había una línea de predicación con tintes un tanto dramáticos. En determinados temas, más que elevar la voz, *"tronaban"*. Cargaban mucho las tintas. Demasiado. Por ejemplo, en la aludida parábola del *"hijo pródigo"*. Salíamos de esa predicación temblando, con el miedo metido en el cuerpo. Más que *parábola de la misericordia* y de la alegría por el regreso del hijo descarriado, al acentuar tanto los tintes dramáticos, el *hijo pródigo* terminábamos siendo los pobres seminaristas, aún imberbes.

Si habías entrado a los retiros con aceptable serenidad espiritual, salías convencido de ser el mayor pecador del mundo. Un pecador empedernido, necesitado de súbita conversión y urgente confesión. Eran tiempos donde se dramatizaba excesivamente el pecado. Pero la misericordia hacía mutis por el foro.

Los tiempos han cambiado. Hoy, y sin duda con más acierto, se hace hincapié en el verdadero protagonista: el *Padre*. Sin quitar el coprotagonismo de los hijos, tanto el mayor como el menor, el protagonista principal es el Padre, caracterizado por ser *misericordioso*. Es, por consiguiente, la parábola de la *misericordia*.

La narración de san Lucas (Lc 15,1-3.11-32), describe un ambiente natural judío. Nos presenta tres personajes. Los tres varones. Un padre que tiene dos hijos. No aparece una madre, tampoco hermanas. El tema no se dirige a la familia humana. El tema es Dios. No como lo entendían los fariseos, un Dios que gobierna y domina todo y al que uno se somete por el cumplimiento de unas

determinadas leyes. Sino un Dios, tal como Jesús, nos lo presenta: *Dios-Padre-Misericordioso*. Esto hace que las cosas que se vean con otra perspectiva. No bajo el prisma del miedo, sino desde una profunda esperanza cristiana; porque el amor y la ternura vencen siempre al pecado.

Vamos por partes: *El hijo pequeño*. Siempre se le dio mucho protagonismo. *Puntería torcida* en la interpretación esencial del texto, porque el protagonista no es él. Es normal que un padre quiera por igual a sus hijos; y que el pequeño, por serlo, se lleve los mimos o caricias. Pero aquel día, este muchacho debió levantarse con el pie izquierdo. O se le subieron los humos. En una actitud de orgullo y chulería, y hasta de desprecio a cuanto le rodea, pide por adelantado la herencia. A continuación, se larga de casa, lejos del Padre. se deja llevar por los sueños de una quimérica felicidad, en una vida de independencia y de libertad. Como lleva dinero, le llueven los amigos. Pero, ¡oh coincidente casualidad!, se le acaba el último céntimo al mismo tiempo que el último amigo. Menos mal, porque fue el momento providencial de entrar en razón.

El *Hijo mayor.* En dos brochazos se le puede hacer un retrato al óleo. Es un hijo bueno, obediente, trabajador. Como quien dice, nunca ha roto un plato. Pero de pronto queda al descubierto por dentro. Intransigente y rencoroso. No se alegra con la vuelta de su hermano. Y encima, se encara con su padre, dejando al descubierto su resentimiento y rencor.

Pero el centro es *el Padre*. Jesús lo presenta magistralmente. No es un padre que da miedo. Todo lo contrario. No amenaza con excomuniones o infiernos. Que no es el miedo lo que nos debe hacer cambiar, sino *la ternura y la misericordia de Dios*. Bien lo expresó el poeta: *"No me mueve, mi Dios, para quererte / cielo que me tienes prometido, / ni me mueve el infierno tan temido / para dejar por eso de ofenderte. / Tú me mueves, Señor, muéveme el verte / clavado en una cruz y escarnecido, / muéveme ver tu cuerpo tan herido, / muévenme tus afrentas y tu muerte. / Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera, / que, aunque no hubiera cielo, yo te amara, / y aunque no hubiera infierno, te temiera. / No me tienes que dar porque te quiera, / pues, aunque lo que espero no esperara, / lo mismo que te quiero te quisiera"*.

El *Padre* es el personaje central, el verdadero protagonista de la parábola. Y sale, por partida doble, al encuentro de los dos hijos. *"Movido de compasión"* (Lc 15,20). Primero, del hijo pequeño, que, por cierto, ya no era tan pequeño, bien sabía lo que se hacía. Lo abraza, lo besa... *"Padre, he pecado contra el cielo y contra ti"* (Lc 15, 21). Su padre ni le deja hablar. Manda vestirlo de arriba abajo con la mejor ropa. Y organiza un banquete por todo lo grande. Y, la casa se llena de música. A continuación, sale al encuentro del *Hijo mayor*, el "bueno". ¡Ya, ya! Le suplica que entre, le convida a la fiesta, a la alegría.

La conclusión que surge de inmediato puede ser ésta: En un momento fatídico de ceguera interior podemos olvidarnos de Dios y abandonar nuestra dignidad de hijos. Pero Dios, al que Jesús siempre presenta como Padre, no abandona su vocación de Padre. Sale a la búsqueda, tanto del hijo menor como del mayor. Los dos andaban perdidos, aunque por caminos diferentes. Eso nos puede pasar a nosotros, porque, en el fondo, todos tenemos un poco de cada hijo. Pero el Padre organiza una fiesta con la mejor música. En la Casa del Padre siempre hay buena música.

34
SOBRE VERDE MANTEL

"Dadles vosotros de comer"
(Lc 9,13).

Los cuatro evangelios narran el llamado *milagro de la multiplicación de los panes y los peces*. Milagro entre comillas, que, hoy y siempre, debería estar de moda. ¿Por qué?

Por escuchar a Jesús la gente se olvidaba hasta de comer. Pero Jesús sabía que tenían hambre. Aprovechó el momento al sentir cierto nerviosismo entre la gente, y, sobre todo, en los apóstoles. Estos habían detectado que la gente, y ellos, comenzaban a tener hambre. Se acercan y le dicen a Jesús que dé por terminada la predicación, y los mande a sus casas. Vale. Pero Jesús, sabedor de que las palabras se las lleva el viento si no van acompañadas de obras, les dice: *"Dadles vosotros de comer"* (Lc 9,13). Respuesta al canto: *"Sólo tenemos cinco panes y dos pescados"* (Lc 9,13).

¡Vaya que sí tenían! Poca cosa, sí. Pero tenían. ¡Hala, pues que se sienten en el suelo, y a merendar!

La respuesta fácil, como para escabullir el compromiso personal, consiste en decir: No hay, no tenemos. Lo de aquel: ni está ni se le espera. Pero, *¡cinco panes y dos peces!,* ¿poco? Por el contrario, una barbaridad. Si pensamos en lo *políticamente correcto*, era poco. Pero cuando se acude a eso de lo políticamente correcto, malo. Hay gato encerrado.

Jesús, que tenía el maravilloso don de la ironía, aún debe estar riéndose de la respuesta: *"Sólo tenemos cinco panes y dos peces"*. ¿Sólo? Y, ¿para qué más? Basta y sobra. A renglón seguido les dice que lo repartan a la gente. Pero, lo primero, que se acomoden, que se sienten, que no hay prisa por irse. Que primero es comer, alimentarse bien.

Luego bendijo los alimentos. Y el resultado fue que comieron todos. Hasta quedar saciados. Y eso que, de sólo hombres, *"eran alrededor de cinco mil hombres"* (Lc 9,14. ¡Oh ironía de la vida!, sobró comida. ¿Cuándo aprenderemos que siempre alcanza y sobra cuando se tiene la voluntad y la decisión de compartir? Pero para eso hay que situarse en la realidad. Y la realidad, hoy, es que mucha gente está hambrienta, necesitada, porque quienes tienen *cinco panes y dos pescados* no los ponen al servicio de los demás. Por desgracia, ante esta realidad solemos mirar para otro lado.

Cristo no mira para otro lado. Le importan los detalles. Los pocos panes para tanto comensal. Y la mucha hambre de la gente pobre. Pero cuando se entra en razón, alcanza para todos. *"Comieron todos"* (Lc 9,17). Todos. En fraterna armonía.

¡Ay que ver, qué milagro!, solemos decir. ¿Milagro?, nos preguntamos. Más que milagro, aquello pareció un sorprendente acto de magia de Copperfield. Y bien, sin quitar nada a la intervención de Cristo, hay que reseñar, no obstante, el gesto altruista de quien tuvo la generosidad de poner al servicio de los demás lo poco que tenía. Sin duda, movió a los demás a imitarle. Y hubo comida para todos. Puede que ahí esté la clave del milagro. ¡Buena lección para la hipocresía del mundo actual!

Necesitamos descubrir que el proyecto de Jesús fue hacer de toda la humanidad una verdadera fraternidad: *"Amaos unos a otros como yo os he amado"* (Jn 13,34). Al Reino de los cielos no se va por libre. Es importante saber compartir. Importante saber convivir con y como hermanos. Estamos hechos para vivir juntos, y compartir nuestra mesa con los demás.

Qué buen momento eligió Jesús para impartirnos esta lección. Que no seamos rácanos. Que compartamos. Que pensemos en los demás. Que la política de la voracidad no funciona.

Empleó la metáfora del banquete para que entendiésemos la realidad del Cielo. Lenguaje que todo mundo entiende. Porque es el lenguaje de la realidad. No valen místicas etéreas; cuenta la realidad. Y la realidad es que, quien tiene, mucho o poco, si lo guarda para sí, al fin se quedará sin nada. Se quedará solo. Pero quien comparte, participa del banquete, no sólo, en el recuerdo, del que tuvo lugar

sobre el verde mantel de la hierba, sino, en realidad, en el del Reino de los Cielos.

35
RESERVADO EL SAQUE DE HONOR

"Y tú,
¿qué dices?"
(Jn 8,5).

Lo husmeaban todo, lo fiscalizaban todo. Manía de oficio. Eran conocidos como *los fariseos*. Auténtica inquisición. Centinelas de la ortodoxia. Fieles guardianes del cumplimiento de las leyes. ¿De cuáles? Porque, resulta que aquel día, o noche, o vaya usted a saber, *pescaron in fraganti* a una mujer. La pescaron cometiendo adulterio. ¡Vaya por Dios! ¡Lo que nos faltaba! *"Según la ley de Moisés tales personas deben ser apedreadas. Y tú, ¿qué dices?"*. (Jn 8,5). Fue el argumento que le disparan a Cristo a bocajarro. En vivo, en directo y a todo color.

Ya se relamían por dentro, pensando que iban a poner a Cristo en un serio aprieto ante la ley. Pero, ellos no se lo esperaban, debieron quedar un tanto desconcertados cuando Cristo les dice que por él no hay inconveniente. Esa es la ley. Vale. Hay que cumplirla. Pues cúmplase. Por mí, no hay problema. Solo que, de inmediato, Cristo añade: *El saque de honor*, es decir, *la primera piedra*, se la va a lanzar aquel de vosotros que esté sin pecado. ¡Toma! ¡Sorpresa mayúscula! Y de pronto, un aflorar de nervios. Como si les hubiera entrado un mal de estómago, comienzan a marcharse echando chispas. Comenzando por los más viejos.

¿Dónde está la ley? ¿Y dónde los guardianes de la misma, los centinelas de la ortodoxia? ¿Dónde? ¿O es que, al cometer adulterio, peca sólo la mujer? Esperaban, sin duda, que Cristo se opusiera rotundamente al apedreamiento. Con lo cual, se oponía a Moisés, incumplía la ley, estaba contra la ley. Y cometía delito. ¡Lo hemos pillado! ¡Hay que llevarlo a juicio de inmediato!

Pero se equivocaron, los muy pardillos. Cristo tomó la sartén por el mango. Con gran sentido pedagógico, se agacha y comienza a escribir en el suelo. Luego se levanta. ¡Oh, sorpresa! No ha quedado

ni el apuntador. Les salió el tiro por la culata, como se dice vulgarmente. *"El que esté sin pecado, que tire la primera piedra"* (Jn 8,7). ¿La primera? Ni la primera ni la última. Ahí terminó el sainete de los guardianes de la ortodoxia. Lo malo es que los tiempos no han cambiado en esto. La hipocresía de ayer se repite hoy. El circo de espectáculos sádicos continúa. ¿Hasta cuándo habrá que esperar para comenzar a ejercer la misericordia?

Escribas y fariseos, de ayer y de hoy, buscan siempre una oportunidad para probar la fidelidad, o no, a las exigencias de la Ley, por parte de Cristo. Salieron trasquilados. Pero para Jesús fue una excelente oportunidad para revelar la actitud de Dios frente al pecado y frente al pecador. Dios no puede aceptar una ley que, en su nombre, o a saber en nombre de qué dios, engendra muerte. *"Dios no es Dios de muertos sino de vivos"* (Mc 12,27). Hay leyes que son intrínsecamente malas. Por ejemplo, la del aborto criminal. Las leyes son para defender la vida, no para matarla. Y les lanzó un dardo muy acerado: *"El que esté sin pecado, que tire la primera piedra"* (Jn 8,7).

Lección para ellos, gente de ayer, y lección para nosotros, gente de hoy. Cuántas veces nos contentamos con ser *cumplidores* de la ley, olvidándonos de que las leyes están al servicio del hombre, y no al revés. Y que el pecador, por pecador que sea, sigue siendo hijo de Dios, amado de Dios, y, por consiguiente, sujeto de salvación. A la mujer le dijo: *"Mujer, ¿dónde están tus acusadores?, ¿ninguno te ha condenado? Tampoco yo te condeno. Anda, pero en adelante no peques más"* (Jn 8,11). De este modo, Cristo abrió para ella un camino nuevo de libertad y de salvación.

Este episodio nos recuerda, sin duda, el Sacramento de la *Reconciliación*. Cristo continúa diciéndonos: *"Tus pecados quedan perdonados. Vete en paz, no peques más"*. Eso, *no peques más*. Porque el pecado ofende a Dios, ofende a la comunidad y ofende a la propia dignidad personal.

Las personas cambiamos, somos inestables. Dios no cambia, sigue siendo el mismo, el Dios misericordioso. No el Dios justiciero, o vengativo, que presenta el Antiguo Testamento, sino el Dios Padre revelado por Cristo. Dios es Amor.

Así que, ayer como hoy, nadie podemos hacer *el saque de honor,* lanzando la primera piedra. Estamos urgidos de conversión, porque la intransigencia, la violencia, la hipocresía, no pueden estar por encima del amor.

36
SACERDOTES, PROFETAS, REYES

"¿Es ahora cuando
vas a restaurar
el Reino de Israel?"
(Hch 1,6).

La vida, toda vida, por principio, está llamada a desarrollarse y crecer. En términos cristianos, cuando hablamos del Sacramento de la Confirmación, por poner un ejemplo, solemos decir que es la edad adulta en Cristo. Conviene matizar un poco este término. ¿Cuándo estamos maduros en Cristo? ¿Cuándo somos adultos en Cristo?

Estar maduro en Cristo es muy difícil, por no decir casi imposible. Porque de Cristo a nosotros hay una distancia infinita. Otra cosa es que nos esforcemos por ir creciendo en la fe. Es diferente. Pero siempre hay que esforzarse. Siempre.

En la naturaleza, el crecimiento acontece casi sin sentirlo. En la vida de fe, por el contrario, aunados por la gracia de Dios, que da el crecimiento, tiene que actuar también la propia responsabilidad personal. En el Bautismo, se trata de nacer para Dios. Y en la Confirmación, se trata de que la Vida divina impresa en nosotros llegue a la más alta plenitud posible. De este modo, la Confirmación es, al mismo tiempo, Sacramento de crecimiento y de madurez en la Iglesia.

De este modo, la responsabilidad que no se le puede exigir a un niño, hay que exigirla, por el contrario, al adulto. En el Bautismo, poco se le puede pedir al neófito. Mejor dicho, nada. En cambio, sí en la Confirmación.

En el modo habitual de explicar su mensaje, por medio de parábolas, Cristo habla de la fe como *crecimiento*. Y ese crecimiento lo aplica al Reino. Para eso, pone el ejemplo del *grano de mostaza*.

Semilla pequeña, pero que *"crece, se desarrolla, y hasta los pajarillos vienen a anidar en sus ramas"* (Mc 4, 31-32). Esto lo entendemos muy bien, aplicado no sólo a la naturaleza, también a la vida sobrenatural. Los Sacramentos van produciendo en nosotros una transformación continua. En este crecimiento no estamos solos. El Espíritu Santo actúa en nosotros para ir configurándonos a Cristo.

De esta manera, la Iglesia, que es como un Cuerpo, en la bella expresión paulina, cuya cabeza, la parte más importante, es Cristo, y cuyos miembros somos nosotros, los bautizados, también va creciendo. Cristo crece en nosotros, y nosotros en Cristo. Esto resulta fascinante y maravilloso. Muy atinado lo que dice el autor de la Carta a los Efesios: *"Para que no seamos ya niños, llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina, a merced de la malicia humana y de la astucia que conduce engañosamente al error, antes bien, siendo sinceros en el amor, crezcamos en todo hasta Aquel que es la Cabeza, Cristo"* (Ef 4, 14-15).

Adultos, pues, en la fe, no podemos estacionarnos o detenernos en la misma. Y, aquí es cuando Cristo tiene que hacer horas extras. ¿Por qué? Porque a veces caemos en la rutina, o en el cansancio, y nos olvidamos de que debemos ser el *"buen olor de Cristo"* (2Cor 2,15). Tampoco hemos de olvidarnos de llevar en la alcuza el aceite suficiente para que la luz de la fe nunca se nos apague. La luz de nuestra fe tiene que brillar e iluminar con potencia, porque estamos llamados a ser testigos de la Luz.

Qué hermoso resulta remontarnos al día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo inaugura oficialmente la obra de Cristo, la Iglesia. María, los apóstoles, y otros, están reunidos en comunión de oración, de fe, y de amor. A partir del momento en que reciben el Espíritu Santo, los apóstoles abren de par en par el balcón para lanzar al mundo entero el Mensaje de la Salvación.

Hasta después de la Resurrección no habían conocido de verdad a Cristo. Andaban confundidos. Quizá pensaban, desde categorías humanas, que Cristo era, o iba a ser, un líder político. Incluso, momentos antes de la Ascensión, aún le pregunta algún despistado: *"¿Es ahora cuando vas a restaurar el Reino de Israel?"* (Hch 1,6). Pero el Reino de Cristo transciende el tiempo y el espacio. Es el Reino de la Verdad, del Amor, de la Justicia, de la Santidad,

alimentado por dones del Espíritu Santo, donde los cristianos entramos a ser sacerdotes, profetas y reyes. Sacerdote: para la santificación propia y de los demás. Profetas: para difundir la Verdad del Evangelio. Y Reyes: para servir a los demás, poniendo en práctica el Mandato del Amor como Cristo ha establecido.

37
UNA BARCA EN LA ORILLA

"Hay que ser como niños
para poder entrar
en el Reino de los cielos"
(Mt 18,3).

La niñez biológica dura poco. Demasiado poco, siendo tan bonito vivir en el mundo de la fantasía cuando se es niño. O niña, que lo mismo da. Luego, pronto, muy pronto, cada quien tiene que enfrentarse con el mundo real, a veces en circunstancias muy duras. ¿Puede alguien dudar de que ese mundo real es así porque lo hemos construido los adultos? El problema no es tanto haber dejado de ser niños, sino olvidarnos de que lo hemos sido. Constructores de mundos fantásticos, ingenieros natos de fantasías maravillosas, ¿dónde quedó nuestra infancia?

Siempre hay una primera vez. Cuando, muy niño aún, pude ver el mar por vez primera, quedé fascinado. Desde entonces nunca me canso de mirar el mar. Inmenso, inabarcable, majestuoso en sus olas, y los barcos perdiéndose en el horizonte, es un descanso del alma.

Un día, en una playa inmensa del Pacífico, vi varada una barca. Mi mente voló de pronto a otro mar, pequeño, casi de bolsillo, en realidad un lago: Genesareth. El lago cuyas riberas tantas veces recorrió Jesús. Me imaginé la escena. El lago lleno de luz. Luz natural, sí; pero otra luz lo embargaba: *"El Pueblo que vivía en tinieblas vio una luz grande"* (Is 9,2). La profecía de Isaías encajaba perfectamente. La luz reverberaba en el lago. Jesús era la luz que anunciaba la llegada del Reino.

También a orillas del lago había una barca varada. Y de pronto, comenzó a llenarse de pescadores. Pero éstos, más que peces, pescaban hombres. Hombres de todas las razas y culturas. Y Jesús subido en la barca con ellos. ¿Qué hacía? Catequizar a aquellos humildes pescadores porque pronto, también ellos, comenzarían a

llevar la Buena Nueva al mundo mundial. A la actividad cotidiana de la pesca se les unía ahora un nuevo trabajo: anunciar el Evangelio. No había peligro de que ellos quedaran en el paro. Ninguno de ellos tendría que ir a registrarse en la Oficina de empleo. La labor que les esperaba en adelante era ingente.

Era el comienzo de la actividad apostólica de un puñado de hombres invitados por Cristo a seguirle. En una región pobre y oprimida, lejos de los centros económicos, políticos y del poder. El programa evangelizador de Cristo nada tenía que ver con eslóganes de los políticos de turno. La apertura del Evangelio fue muy diferente, y totalmente original: *"Convertíos, porque está cerca el Reino de Dios"* (Mt 3,2).

Eso es, para llevar a cabo su programa salvífico, Cristo eligió unos colaboradores que nada tenían que ver con el mundo de las finanzas, ni de la intelectualidad. Simples pescadores. Gente sencilla, ruda, sin estudios. Hombres trabajadores que sabían lo que es luchar por la vida. Sin más medios que una barca. Oyeron la llamada y le siguieron. *"Venid, seguidme y os haré pescadores de hombres"* (Mc 1,17).

La barca. Todo un símbolo de hondas repercusiones. El Reino de Dios comenzó en una barca. "*Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron*" (Mc 1,18). Se embarcaron en otra barca: la del Reino de Dios. Un Reino abierto a todos y para todos los hombres y mujeres. Un Reino que es voz y grito a la vez, llamada incesante a estar en comunión con el Padre Dios y entre sí. Y presencia testimonial de los creyentes en el mundo. E invitación, volvamos a nuestra niñez, a ser más auténticos, más sinceros, más niños, para soñar sueños fantásticos hechos realidad: Dios.

Qué mundo más maravilloso, del que nunca debimos salir, el de nuestra niñez. Y subir a la barca, bendecidos de años, pero sin dejar de ser niños, para seguir viendo el mundo con ojos limpios, transidos de la Luz que reverbera sobre el Lago, donde Cristo sigue invitando a subir a la Barca, al tiempo que nos dice: *"Tenéis que ser como niños si queréis entrar en el Reino de los Cielos"* (Mt 18,3).

38
ENCUENTRO AL MEDIODÍA

"Adorar en espíritu
y en verdad"
(Jn 4,23).

¿Fueron celos, o ganas sinceras de aprender? El caso es que un día los discípulos le dicen a Jesús: *"Señor, enséñanos a orar, así como Juan enseñó a sus discípulos"* (Lc 11,1). Y Jesús les enseñó el Padrenuestro. Que era mucho más que un simple rezo, o una recitación de pasajes de la *Torá* en la sinagoga. Les enseñó a rezar, primero, mediante una fórmula sencilla y preciosa, acomodada a su, todavía, corto alcance. Más adelante, les enseñaría que, además de orar, *hay que "adorar en espíritu y en verdad"* (Jn 4,23).

Pero esto de *adorar en espíritu y verdad*, se lo explicó personalmente a una persona que el Evangelio ha inmortalizado para siempre: la samaritana. Resulta magnífica la escena. Fue un encuentro, aparentemente casual, el que Cristo tuvo con aquella mujer. Tuvo lugar en el brocal del pozo de Jacob. Fue un encuentro al mediodía. Encuentro muy estudiado por parte de Jesús. Hacía calor. Ella viene con su cantarillo en busca del agua. Jesús, sediento, le pide agua. Y, ¡oh dispares acentos regionales! ¡Tan delatadores! *"¿Me pides agua tú, que eres judío, a mí que soy samaritana?"* (Jn 4,9).

Pero más allá del agua material, que también, Jesús le estaba pidiendo más honestidad de vida. La mujer intuyó que era alguien con quien se podía hablar. Y comenzó por enfocar la conversación hacia el sentido religioso. La gente, cuando no sabe de qué hablar, suele hablar de religión. O por mejor decir, de los curas. Todo lo confunden. Pero lo toman como un tema neutro, y no se sienten incómodos. *"Nuestros padres adoraron a Dios en este monte..."* (Jn 4,20). Bonito modo de tirar balones fuera. Bonita forma de evitar que aquel desconocido siguiera ahondando en su vida íntima y personal. No era tonta. Se dio cuenta de que estaba dando muestras de conocerla mejor que ella a sí misma. Y optó por la evasión. No se dio cuenta que caía en la trampa que le estaba tendiendo. Mujer: *"Llega la hora en que, ni en este monte ni en Jerusalén se adorará al Padre... Llega la*

hora, ya estamos en ella, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad" (Jn 4, 21-23).

Y por la vía de lo religioso, el que ella eligió, Jesús llegó al tema moral. Era como una espina que la samaritana tenía punzándole el alma. Era su verdadero problema. Lo que preocupaba de verdad a esta mujer. Fue un encuentro al mediodía. Y junto al brocal de un pozo de agua natural, la mujer encontró el Agua viva de la Salvación.

Y bien, Jesús dice que hay que *orar siempre* (Lc 18,1). Toda oración va dirigida a Dios. Por supuesto. A ese Dios que Cristo nos lo presenta como Padre. A ese Dios del que el Éxodo dice: *"Mi rostro no lo puedes ver, porque nadie puede verlo y quedar con vida"*. *"Podrás ver mi espalda, pero mi rostro no lo verás"* (Ex 33, 18-23). Y el apóstol Juan, en el Evangelio, añade: *"A Dios nadie lo ha visto. El Unigénito, que estaba al lado del Padre, lo ha explicado"* (Jn 1,18).

Otro momento de encuentro con Cristo es a través de la liturgia, en cuanto oración oficial de la Iglesia, pero que debe realizarse en Cristo, en él, y por él. Todo lo que está vinculado a Cristo, es aceptado por el Padre. De ahí que Jesús dijera una y otra vez: *"Lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo concederá"* (Jn 16,23).

A nivel individual, toda oración, por muy en privado que se haga, ha de estar siempre en sintonía con toda la Iglesia. Así, por ejemplo, la lectura asidua de la *Palabra de Dios* nos ayudará a sintonizar con el Padre. La Palabra es oración.

Siempre nos será más fácil aprender a orar si tenemos la idea precisa de Dios como Padre. Un Padre cercano, lleno de amor, de ternura, compasivo. Un Padre con corazón de Madre. La oración es al mismo tiempo búsqueda de la voluntad de Dios. Habrá que buscarla, pues, con el ansia con que el amado busca a la amada, en el bellísimo poema, de honda y mística lírica, del bíblico Libro *El Cantar de los Cantares.* (Cant 1,7; 3,1-4…).

39
ENVIADOS A EVANGELIZAR

"Llamó a los doce y
los envió de dos en dos,
dándoles poder sobre
los espíritus impuros"
(Mc 6,7)

Cristo, el Enviado del Padre, es al mismo tiempo su gran Misionero, pues vino a evangelizar y proclamar el Reino de Dios. Reino que es de justicia, de paz, de amor, de verdad, de libertad. Una vez cumplida su misión, no dejó las cosas empantanadas. *"Llamó a los doce y los envió de dos en dos, dándoles poder sobre los espíritus impuros"* (Mc 6,7). Es decir, nos implicó a todos en la proclamación y construcción del Reino de Dios.

En este envío subyace otra cuestión de fondo. Muy significativa. *"Los doce"* representan a todo el Pueblo de Dios. Pero el Pueblo de Dios necesita ser evangelizado constantemente para, a su vez, poder evangelizar. No se puede vivir de las rentas. Los envió *"De dos en dos"*. Esto quiere decir que la evangelización no se hace por libre ni a nivel personal, sino en nombre de la Comunidad y desde la Comunidad. Además, la evangelización tiene que ser constructora. Para construir un edificio nuevo, primero hay que derribar el viejo.

"Les dio poder sobre los espíritus impuros" (Mc 6,7). Algo que, como es evidente, no puede hacer una ONG. Las ONGs ayudan materialmente, que no es poco, y es todo. La evangelización lleva otro camino. Los llamados *espíritus impuros* son en realidad todas las situaciones de pecado. Pecado es todo aquello que ofende la dignidad de Dios o del hombre.

La evangelización tiene sus exigencias: *"Les ordenó que no llevaran para el camino más que un bastón; ni pan, ni alforja, ni dinero; que fueran calzados con sandalias y que no tuvieran dos túnicas"* (Mc 6,8-9). En resumidas cuentas: desprendimiento de los bienes materiales y de las seguridades humanas. Humanamente hablando, ¿qué seguridad puede tener un misionero o misionera que se adentra

por las selvas? Pero Cristo dice: *"Yo estaré siempre con vosotros todos los días hasta el fin del mundo"* (Mt 28,20). La eficacia de la misión depende de la acción de Dios.

Pero el evangelizador debe saber que encontrará resistencias, desinterés y rechazo muchísimas veces. No importa. También a Cristo lo rechazaron en su propio pueblo, en Nazaret: *"Y no pudo hacer allí ningún milagro"* (Mc 6,5). Continuar la misión de Jesús exige por lo menos tres cosas: Convertirse. Creer en el evangelio. Liberar a los oprimidos. Pero esa labor no la podemos realizar más que contando con Cristo y la fuerza del Espíritu Santo.

La revelación y conocimiento de Dios es progresivo. Cristo nos hizo cercano, comprensible y presente, el misterio de Dios. Nos habló del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Es decir, nos ha manifestado la realidad de Dios. Realidad que, no obstante, sigue siendo incomprensible, por inabarcable, desde nuestra capacidad limitada de entender. De ahí la importancia transcendental de la Encarnación de Cristo. Y la precisión que hace al decirnos que Dios es Padre. Mayor acercamiento a Dios, imposible.

Pero hay más. No sólo nos ha acercado a Dios. Nos ha dicho que *somos hijos de Dios*. *"A todos los que creen en su Nombre les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios"* (Jn 1,12). Esta es nuestra grandeza y dignidad. *"Somos hijos de Dios, por tanto, herederos también, y coherederos con Cristo"* (Rom 8,17). Esto es sublime. Pero es fruto únicamente del amor que Dios nos tiene. Dios actúa dinámicamente en nuestra vida. Así, de esta manera, el cristiano está llamado a ser santo, testigo de la experiencia profunda, gozosa y maravillosa del Dios posesionado de nosotros.

Quien esté dispuesto a seguir a Cristo, sabe que no estará solo. Irá acompañado de la fuerza del Espíritu. Es el Espíritu Santo quien sostiene la fe del creyente, del verdadero seguidor de Jesús. Es Jesús mismo quien impulsa nuestra voluntad de seguirle, ayudando a la indigencia personal de cada ser humano con su amor infinitamente misericordioso. Por tanto, la puerta de nuestro corazón debe estar siempre abierta a la realidad de Dios. Porque cada quien es responsable de su vida, de su actuar, de sus decisiones personales.

Para que muchos puedan conocer la maravillosa realidad de Dios, y la importancia de la evangelización para ayudar a conocerlo, es imprescindible la labor de los evangelizadores. A la vanguardia de la evangelización están los misioneros y misioneras. Y los catequistas, ellos y ellas, que bajo la guía acertada de obispos y sacerdotes realizan una labor callada, eficiente y necesaria, en la extensión del Evangelio. Los cristianos estamos llamados, y somos enviados, a evangelizar. Es cuestión de amor.

Quien se encuentra de verdad con Cristo, jamás se apartará de él. Por tanto, y desde el soneto de Lope de Vega, no podemos decirle: *"Mañana le abriremos, respondía, para lo mismo responder mañana"*. Lo dicho, es cuestión de amor.

AL CIERRE

Apenas soy lo que fui

Apenas soy lo que fui,
un muchacho,
aprendiz de hombre
que sin saber cómo ni cuándo
empezó un día a caminar
pasito a paso por la vida.

Coleccionista he sido
de lunas llenas
en noches largas de insomnio.

Condecorado cien veces fui
por el tórrido sol
en las arenas ardientes del desierto
y en los oasis tropicales de las selvas
en incesante caminar misionero.

Mi amor secreto,
fue, y sigue siendo,
la Vida, lo confieso,
desde que apenas a balbucir
comencé
palabras deshilachadas
para hilvanar con ellas
los pensamientos primeros
sobre el soporte librepensador
de hombre nacido para la libertad.

Pero al socaire del viento,
la brisa, el río, y la nieve,
se me fueron volando,
doy fe,
cientos de páginas, desprendidas
de innumerables libros
-ay, mis libros, tan amigos-
que a visitar un día vinieron
mis rastreadoras manos,
y la memoria ha olvidado.

De todos, sin embargo, uno,
intacto conservo:
es el Libro azul del Universo
en el que Dios Creador
todo su amor estampó.

Aprendí en él a deletrear
en letras grandes la palabra
de quien, siendo invisible,
lleva por nombre Dios Padre,
y es el Creador del cielo y la tierra
de los mares insondables
y de la sonrisa de los niños
y las flores.

¿Cómo no amar, pues, la Vida,
que en Cristo Dios me dio,
si por su amor y gracia,
es cuanto quiero y tengo?